

METALISTERÍA.- CERÁMICA.- VIDRIOS

METALISTERÍA

HIERROS

De todas cuantas materias ofrece al hombre la naturaleza, es el hierro, quizás, la que le presta más importantes servicios y de la que obtiene los mayores medios de acción. Mediante su auxilio ha podido contar con recursos para su defensa y ejecutar, ya esas obras que sorprenden por su grandeza, ó las que maravillan por su trascendental aplicación. De ahí el interés que en todos los tiempos ha despertado este utilísimo metal, cuyas dureza y resistencia exigen del hombre toda su energía muscular antes de prestarle sus beneficios. El artífice, el herrero, precisa hoy como ayer habilidad y destreza para la producción de esas admirables obras de cerrajería que nos sorprenden y embelesan, puesto que un martillazo dado en falso puede inutilizar la labor inteligentemente comenzada.

Tan viva como justificada es la impresión que nos produce el hierro candente golpeado sobre el yunque por grandes martillos manejados por hercúleos brazos. Parece como si se evocara el recuerdo de los mitos de la antigüedad, de aquellos cíclopes cuyas oscuras sombras debían destacarse de los vivos fulgores de la fragua, forjando el hierro destinado á los dioses.

Y preciso es convenir que la vista de estos admirables trabajos, obra de los maestros de los pasados siglos, nos sorprende agradablemente y ejerce en nosotros una impresión especial que determina el deseo de conservar lo que representa el rudo y continuo combate del hombre contra la rebelde materia. Lo mismo las gruesas barras, tan elegantemente curvadas que hacen olvidar su dureza y el esfuerzo que su forma representa, que los ligeros follajes en los que en vano se busca la huella que el martillo pudo dejar al modelar sus hojas, revelan, desde luego, el afán de domeñar la resistencia del metal y ocultar por la belleza de las líneas y de la forma la energía que el hombre ha debido desplegar para obtener un triunfo sobre una de las materias más duras de cuantas utiliza para sus creaciones. De ahí que de estas luchas en que cada primor se logra á costa de una violencia, en que cada finura de ejecución es el resultado del choque brutal del pesado martillo sobre la materia enrojecida, conserven todas las obras de cerrajería ciertos caracteres de grandeza que no llevan en sí las demás producciones de la humanidad. Energía, experiencia, fuerza y precisión ha necesitado el herrero de todos los tiempos para poder ejecutar sus obras, siendo por lo tanto justificada la respetuosa admiración que este arte especial ha despertado en todas las épocas, desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, á pesar de los mayores medios de acción de que disponen los modernos artífices.

Además de la belleza de la forma, preciso es tener en cuenta el ingenio que revela el uso y aplicación de algunas obras, y que esta industria responde asimismo á una de las más íntimas é imperiosas necesidades que el hombre experimenta, cual es la de su personal seguridad, ya que basta un sencillo cerrojo para asegurar la puerta del hogar.

Vano empeño sería el de determinar la época en que el hombre empezó á gozar de las ventajas que el

hierro podía ofrecerle, puesto que sus primeras aplicaciones datan de los períodos protohistóricos y, como todo lo que á ellos se refiere, hállase envuelto por las densas nieblas que oscurecen el proceso de las primeras edades de la tierra. Señaladísimo triunfo hubo de ser para el hombre primitivo el descubrimiento del mineral y su consiguiente fusión, ya que si su conquista representa penosos ensayos y constante labor, debió experimentar indescriptible satisfacción, á pesar de su rudeza, al reconocer su superioridad. Momento solemne para la historia de la humanidad debió ser aquel en que, al cabo de innumerables pruebas, pudo recoger el hombre entre las cenizas del rudimentario hornillo los productos de la fundición, convirtiendo sus partículas en férrea barra al solo esfuerzo de su brazo, al descargar repetidos golpes sobre un yunque de granítica roca, provisto de una maza de sílice ó de bronce. Con el hierro logró entonces medio de defensa, instrumentos con que labrar la piedra, la madera y los metales; y á medida que los siglos han ido transcurriendo, ha podido con su auxilio domeñar las fuerzas de la naturaleza, producir obras de arte, solidar su vivienda y crear, por último, la más grande de las manifestaciones industriales: la locomotora.

Los grandes servicios que el hierro prestó al hombre fueron causa para que cada tribu y cada pueblo atribuyéranle un origen divino, deificándolo, en cierto modo, ya que era el único concepto de grandeza que surgía en la imaginación de los primeros pobladores de nuestro planeta, cuando trataban de sublimar lo que no alcanzaban á comprender. A tal circunstancia débese, quizás, que los hebreos, conforme se desprende de la Biblia, consideraran á Tubal-Caín, correspondiente á la sexta generación del hijo maldito de Adán, como habilísimo herrero, en tanto que los griegos suponían á Vulcano enseñando á forjar el metal que habla de convertir en invencibles á los guerreros helenos. El mito pagano griego resulta repetido en el hebraico, y si Vulcano representó la deidad enérgica y poderosa, domeñadora del duro metal, Tubal significa escoria de hierro, es decir, fuerte, indestructible.

Si bien es cierto que las recientes investigaciones practicadas por arqueólogos eminentes han destruído por completo la clasificación adoptada para marcar las sucesivas etapas de la cultura humana, en las primeras edades de la tierra, no lo es menos que el bronce y el hierro, aunque posteriores á la piedra, no determinan períodos concretos, puesto que el hombre utilizólos casi simultáneamente, conforme lo atestiguan los útiles, armas y adornos hallados confundidos en los enterramientos de las edades protohistóricas.

Suponen algunos, entre ellos el ilustre Evans, que la circunstancia de no haber mencionado el hierro en sus obras Hesiodo, Pausanias, Virgilio y otros autores clásicos de la antigüedad, que en ellas ocúpanse de las armas y utensilios de bronce de los tiempos heroicos, demuestra, en cierto modo, la prioridad de este último metal; mas esta consideración, ya que no hipótesis, destrúyela Virgilio en la *Ilíada* (1) al cantar los funerales de Patroclo, «en cuya ceremonia — dice — se concedió como premio al vencedor en los juegos una esfera de hierro meteórico fundido.» La palabra con que en Grecia se designaba el hierro (*sideros*), demuestra el origen meteórico de la primera forma de este metal, y la *piedra del cielo* de los coptos reconoce idéntica procedencia. Remota es, ciertamente, la fabricación del bronce, pero no lo es menos la del hierro, ya que si bien es cierto que en algunas regiones de Europa no se han hallado vestigios siquiera de férreos objetos, en otras hanse en cambio descubierto armas y utensilios en cantidades considerables, debiéndose estas diferencias á las condiciones de los terrenos, que, como es sabido, producen mayor ó menor grado de oxidación en este metal. Tal acontece con los papiros egipcios y pompeyanos, que á pesar del transcurso de los siglos consérvanse en estado tal de perfección que pueden leerse sin esfuerzo.

Cuanto á la tierra de Mizraim ó de Mazor, denominada así por los hebreos, aludiendo á las dos regiones en que se dividió el antiguo Egipto que simbolizaban la flor de loto y su tallo, ofrece también noticias en extremo interesantes para el estudio del proceso histórico del hierro en la antigüedad. Durante un largo período de tiempo, Mariette y con él la mayor parte de los egiptólogos atribuyeron la escasez de obje-

(1) Canto XXIII.

tos de hierro en los panteones faraónicos á las prescripciones osirianas, ya que considerado por los egipcios este metal como un *hueso de Tifón* y esta divinidad como enemiga de Osiris, no podían utilizarse, ni para los usos más vulgares, los objetos de hierro, que llevaban en sí el concepto de la impureza. Mas las posteriores investigaciones llevadas á cabo por Maspero han destruido por su base las afirmaciones de sus antecesores, puesto que el hierro denominóse en lengua egipcia *banipit*, ó sea *substancia del cielo*, cual si se supusiera ser un don emanado del paraíso osiriano. Por otra parte, el concepto religioso de impureza no significaba para los egipcios el cumplimiento absoluto de una prohibición, conforme lo demuestra el hecho de utilizar para cierta clase de faenas agrícolas animales tan impuros como el cerdo.

Las apreciaciones de Maspero han tenido su origen en las fuentes de la historia egipcia. Algunos objetos que debieron servir á los antiguos reyes de las dinastías saíta ó diospolitana en su segunda vida en los campos de Aalu (1), y las pétreas inscripciones, los jeroglíficos grabados y pintados en las paredes de sus profanadas cámaras mortuorias robustecen la creencia del sabio director del Museo de Bulak.

Las graníticas losas que pavimentan la cámara sepulcral de la Gran Pirámide hállanse sujetas por grapas de hierro, y en ésta como en las sesenta ó setenta que se levantan todavía sobre los arenosos desiertos líbicos hanse descubierto también fragmentos ó pedazos de instrumentos de hierro, tales como piochas, cinceles, palas, etc., perdidos por los obreros durante la construcción ó arrojados de intento según práctica establecida. El hacha, *ni*, asimismo de hierro, destinada á abrir la boca y el vientre del cadáver á fin de que le fuera posible hablar, comer, beber y andar, como en vida lo hiciera, evoca el recuerdo de las creencias y ceremonias religiosas de aquel pueblo, y al igual de los objetos de uso puramente profano que enumeramos anteriormente, patentiza no sólo la existencia de la industria de hierro en Egipto, sino también la inexactitud del concepto de impureza.

Todos los pueblos de Oriente ofrécennos testimonio de la estima en que se tuvo al hierro y de las múltiples aplicaciones de que fué objeto. Únicamente el archipiélago Índico, la China y el Japón, carecen de antecedentes, y no aportan elementos para el estudio de este metal en aquellos países, ya que no hacen de él mención los manuscritos budistas, y así los hijos del Celeste Imperio como los de la misteriosa Nipón distingúense aún hoy por sus habilísimos trabajos en bronce.

Los asirios distinguieron no sólo en la fabricación de objetos de hierro, sino también por la estima en que tuvieron este metal, que empleaban ó aplicaban para la construcción de instrumentos de reconocida utilidad ó como elementos de fuerza. Tal puede observarse en los grandes martillos, picos, cadenas, puntas de flecha y lanza, etc., hallados por Víctor Place en las ruinas del palacio del rey Sargón, en Khor-sabad, cerca de Nínive. Allí y entre el considerable número de objetos — algunos de los cuales enriquecen la sección asiria del Museo del Louvre — encontráronse las ruedas de bronce de un carro ninivita, cuyo eje era de hierro, demostrando este hecho el perfecto conocimiento que los artífices asirios tenían de las condiciones de los metales, puesto que no se les ocultaba que el bronce podía resistir perfectamente el frotamiento del hierro, procedimiento hoy empleado por la mecánica moderna.

Considerado además el hierro, como metal utilísimo, superior al bronce, empleóse asimismo para la construcción de objetos de carácter suntuario, de tan extraordinario mérito como lo fueron sin duda los platos y vasos de hierro con asas de plata que adquirió en Nínive para Tutmés III uno de los oficiales de su casa. Otra particularidad merece citarse, cual es la de observarse delicadas incrustaciones de hierro en algunos ornamentos de bronce de aquella época, que ostentaron como medio de embellecimiento y fausto las mujeres orientales de la antigüedad.

Los griegos por su parte, aunque prefirieron siempre el bronce al hierro, porque el brillo de aquél hácale semejante al oro, distinguieron como habilísimos herreros y excelentes forjadores. «El hierro, de

(1) El lugar del Paraíso adonde iban los justos de la tierra á gozar, en compañía de los dioses, las delicias supremas de la eternidad.

difficil trabajo, parecía ablandarse al impulso del mismo hierro descargado por musculosos brazos,» dice Homero. La historia ha legado á la posteridad el nombre del griego Hippasis como maestro en el arte de forjar el férreo metal, y Plinio hace especialísima mención de dos magníficas estatuas de hierro, la de Aristónidas y la del Hércules de Alcón. En tiempo de Creso funcionaban fraguas tan importantes como lo fueron sin duda alguna las de Tejea en Arcadia, en las que los artistas y artífices helenos dejaron impreso el sello del buen gusto y del sentimiento artístico que caracteriza y distingue todas las producciones de aquel gran pueblo. Y tal debió ser así, que Herodoto cita algunos talleres y ocúpase de las labores que en ellos se practicaban seis siglos antes de nuestra era. No cabe la menor duda respecto del conocimiento que del hierro y de las ventajas de este metal tuvieron los griegos y los demás pueblos de la antigüedad, entre ellos los llamados entonces bárbaros. A su aplicación, generalizada y múltiple, débese que la mayor parte de ellos empleáranle para la fabricación de sus armas en vista de la superioridad de este metal, cuya adopción fué imitada por los romanos, que antes combatían con armas de bronce. Y tanto es así, que en el año 202 de nuestra era el soldado romano había proscrito por completo las armas ofensivas de bronce.

Los hebreos distinguieronse como hábiles forjadores, haciendo Job especialísima mención del hierro en el capítulo XXVIII de su libro, al citar las cuatro materias preciosas entonces conocidas: la plata, el oro, el hierro y el cobre. En el *Deuteronomio* ampliáanse los antecedentes, puesto que se citan los hornos en que se afinaba este metal, cuyas aplicaciones debieron ser muy generales, ya que entró como importante elemento en la construcción del templo de Salomón, levantado en el año 830 antes de J. C., coincidiendo con la institución en Esparta de monedas de hierro en vez de las de oro y plata, decretada por Licurgo.

Cuanto á los pueblos primitivos de Europa, aparte de las noticias que en forma de leyendas nos han suministrado las razas del Norte, existe, como hemos ya dicho, el testimonio irrecusable que suministran las recientes investigaciones y descubrimientos llevados á cabo en todas las naciones. Está, pues, fuera de duda que en aquellas primeras edades realizó la metalurgia verdaderos progresos, y que á falta de la cantidad que no podía suministrar el elemento meteórico, procuró el hombre obtener de la naturaleza el metal destinado á prestarle los mayores servicios. Para ello, y como es de suponer, tras penosos ensayos, bastábale la pendiente de una colina en donde establecer el horno, practicar en ella un hoyo, en cuyo fondo colocaba gran cantidad de leña, y sobre ésta el mineral, que á su vez quedaba cubierto por otra capa de combustible. Encendida la hoguera, el viento hacía el oficio de fuelle y convertía la leña en carbón, hallándose entre sus cenizas las partículas del metal. Tal es el tipo del horno primitivo, del que con las variántes de mayor ó menor capacidad de la cubeta, hállanse todavía importantes vestigios en Suecia, Francia, Austria y Suiza. Otros más perfeccionados consérvanse asimismo en distintas regiones, robustecidos con piedras ó arcillas refractarias y provistos de una canal en su parte inferior para recoger el metal con mayor comodidad; tras esta operación era preciso separar de él los cuerpos extraños y condensarlo reduciéndolo á barra, forma á propósito para que los herreros pudieran forjar las armas, útiles é instrumentos.

Las representaciones de las tres edades en que se supuso por algunos dividido el período protohistórico, hállanse comprendidas no sólo en los enterramientos, sino también en las fuentes de la historia. En aquéllos las armas de hierro con empuñaduras de bronce y objetos de uno y otro metal patentizan su uso y simultánea aplicación, y los primeros historiadores citan en sus libros diversidad de armas usadas por los ejércitos en los pueblos de la antigüedad. Tal puede notarse al leer á Herodoto, quien describe con admirable minuciosidad el armamento del gran ejército de Jerjes. Si bien los persas, medas, asirios, iridios y arios llevaban armas de hierro y de bronce en el año 480 antes de J. C., los árabes utilizaban para la punta de sus armas arrojadizas y de tiro aguzadas piedras y los libios lanzas de madera endurecida.

Las regiones esencialmente mineras y forestales son las que ofrecen hoy mayores elementos para el proceso histórico del hierro, ya por notarse en ellas grandes cantidades de escorias reunidas en puntos determinados y á cierta profundidad, pues las capas superiores al descomponerse hanse transformado en

abono, ó bien fragmentos de piezas forjadas, atestiguando la existencia de hornos y por ende de grandes centros manufactureros.

Si se tienen en cuenta los limitados medios de acción de que pudieron disponer los iniciadores de las grandes industrias, ha de sorprender su perseverante esfuerzo y su varonil energía, porque á la posesión de estas cualidades, aguijoneadas por imperiosas necesidades, débense los sorprendentes trabajos practicados para la obtención del mineral extraído, cual puede observarse en algunas minas de Bretaña, correspondientes á aquel período, cuyas galerías ó pozos alcanzan hasta veinte metros de profundidad. Y tan cuantiosa y múltiple debió ser la producción en la época del mayor desarrollo de esta industria, que aun hoy hállanse engravados con escorias procedentes de los hornos primitivos los caminos vecinales de algunos departamentos franceses.

Los *tumulus* galos han guardado durante muchos siglos variadísimos objetos de hierro y especialmente espadas de este metal, á cuya superioridad sobre las de bronce, usadas por el ejército romano, atribúyese la victoria obtenida por aquéllos en Allia, en el siglo IV antes de nuestra era.

Austria, en los enterramientos de Hallstadt, ofrece también testimonio, por medio de los objetos en ellos descubiertos, tales como armas y ornamentos diversos, de que las razas pobladoras de aquel país conocían las ventajas que ofrecía el hierro, al igual de las que formaron las poblaciones lacustres de Suiza y las de algunas comarcas ibéricas.

Los objetos descubiertos en distintas localidades ofrecen todos idénticos caracteres, que informan plenamente los rasgos distintivos de aquella civilización. Ya procedan de Neuchatel, Hallstadt, Alise, Belleville, Lombardía, etc., etc., presentan un solo tipo, afectan la misma forma y ostentan semejantes motivos ó conceptos de ornamentación. Las espadas son rectas y muy delgadas, sin cubremano ni cruz, ofreciendo la particularidad de estar construído el cuerpo de la hoja con un hierro sumamente duro y poco flexible, en tanto que los cortes constitúyenlos dos láminas de hierro dulce, soldadas á golpe y remache de martillo. Esta clase de fabricación ofrecía grandes ventajas para los ejércitos de aquel tiempo, que hay que suponer no llevaban consigo en sus expediciones repuesto de armamento, puesto que el guerrero podía por sí mismo reparar los desperfectos observados en sus armas.

Las vainas de las espadas de esta época tienen ya grandísima importancia, así por su aplicación como por los adornos que las embellecen, y sus motivos de decoración son verdaderamente originales y distintivos de aquellos primeros pueblos, cuyos diversos caracteres, motivados por su respectiva situación, no determinaban más diferencias que las producidas por la variedad de conceptos y los resultantes de la mayor cultura, del progreso de sus industrias y de sus relaciones con otros pueblos más adelantados y de espíritu eminentemente comercial. Así vemos que los botones rodeados de círculos concéntricos que decoran las vainas de las espadas en toda su extensión, grabadas al buril con notable habilidad, forman el motivo, el concepto ornamental utilizado á la vez por todos los pueblos célticos, tanto los que poblaban las regiones montañosas de Iberia, cuanto los que se albergaban en las llanuras galas y en las suizas estaciones lacustres. Las únicas diferencias que pueden observarse existen en los emblemas característicos de cada pueblo, que constituyen un sello peculiar, cual acontecía con los galos, que en el unicornio simbolizaban su nacionalidad.

Los hierros de lanza son grandes y afectan rara y caprichosa forma, que recuerda en cierto modo la alabarda de los tiempos medios. Como objetos destinados á utilizarse una sola vez, las puntas de dardo no tienen tan esmerada construcción, siendo su forma la de la hoja de laurel, perpetuada asimismo, ya que la vemos reproducida en las armas arrojadas y en algunas de asta de las posteriores centurias. Las hachas, hoces, bocados, pinzas, navajas, tijeras, anillas, broches muy semejantes á las fibulas romanas, brazaletes, etc., demuestran el ingenio de aquellos pueblos, siendo de notar las escasas diferencias existentes entre los instrumentos de aquel período y los utilizados por los pueblos modernos, hasta tal punto, que

puede afirmarse, al observar la identidad de caracteres de las obras de hierro de todos los siglos, que la forma ha tendido á perpetuarse, hecho que se comprueba en todas las producciones de la humanidad.

Poco menos que imposible es consignar antecedentes respecto de la clase é importancia de las obras de hierro que pudieron ejecutar los pueblos que primitivamente poblaron las regiones ibéricas, ni de las razas invasoras que fueron avanzando y extendiéndose, al ser rechazadas en el Pirineo catalán, por la gran meseta castellana, Aragón y cuencas del Guadiana y Guadalquivir; pero si tenemos en cuenta los caracteres distintivos de la raza céltica y las condiciones de los éuscaros, iberos, etc., hemos de suponer que, al igual de lo practicado por los demás pueblos de otras comarcas, utilizaron el hierro para atacar y defenderse, para conquistar el país invadido ó para defenderlo de los conquistadores. Cierto es que posesionados los éuscaros de una región de gran riqueza minera, debieron conocer más que los celtas y los iberos la fabricación de objetos y útiles de hierro; pero una vez establecida la concordia que reunió bajo una sola denominación las diversas razas peninsulares, especialmente á los celtas é iberos, constituyendo un solo pueblo, los conocimientos debieron vulgarizarse y las manifestaciones todas se ajustaron al carácter general, conforme puede observarse en los escasísimos restos de objetos de hierro que la acción del tiempo no ha destruído por completo y que han podido llegar hasta nosotros.

«Con el fuego trabajamos aquel metal tan útil y bello» – dice el bardo éuscaro, – y por medio de las armas de hierro conquistaron sin duda los celtas, cántabros, galaicos y lusitanos el dictado de bravos que les reconoce Estrabón, quien al ocuparse de Iberia, en su *Geografía*, dice: «Si en todos los puntos de Iberia abundan las minas, no todos, sin embargo, tienen igual fertilidad é igual riqueza de producción minera: hasta puede decirse que son menos fértiles á proporción que son más ricos en minas, ocurriendo rara vez que un país posea en igual grado una y otra ventaja, así como que se encuentren reunidas en los estrechos límites de una sola comarca las diferentes especies de metales. La Turdetania, no obstante, lo mismo que el país que le está adjunto, disfruta de este doble privilegio, hasta tal punto que no hay expresión ninguna, por ponderativa que sea, que no esté por debajo de la realidad. En ninguna parte, hasta el día, se han encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro al estado nativo en condiciones tales de abundancia y de pureza.....» «De hecho, los metales en Iberia son generalmente preferidos,» agrega en otro párrafo, y consigna en otro que «los turdetanos sacan de sus minas enorme provecho.»

Las páginas en blanco que resultan al hojear el libro de la historia de los primeros pueblos, determinan lagunas difíciles de salvar, sin que para vencer los obstáculos que se ofrecen baste el interés que despierta todo cuanto recuerda su vida, su organización. Tal acontece con cuanto se relaciona con la raza céltica, que «encierra – conforme atinadamente dice Cailleux – un principio tal de vitalidad, que no le permite morir y se sostiene latente á través de los siglos.» A semejantes consideraciones préstanse los iberos y los turdetanos, poblando ciudades populosas y entregados, por efecto de su mayor cultura, á los goces de una vida pacífica y regularizada. De sus condiciones, de sus industrias, de sus antiquísimos poemas y de su carácter humano hizo cumplidos elogios Polibio, que reconoce en todos ellos amor á la independencia y especialmente en los celtas y éuscaros, caracteres más selváticos.

«La garra del águila es fuerte – canta el bardo éuscaro, – terrible y real la garra del león; pero la mano del hombre, ya rompa con el arado el seno de la tierra, ya agite en los combates el hacha ó la espada de hierro....., es un instrumento perfecto, un arma invencible.»

No en balde se ha dicho que el hogar de la moderna civilización ha mudado de sitio únicamente, puesto que la verdadera historia de Europa arranca de aquel pueblo, de aquella raza, madre de todos los pueblos europeos, la primera por su extensión, por su gran instinto y por el calor de nacionalidad que ha transmitido cual vigorizadora savia á través de las edades.

Los pueblos del litoral mediterránico fueron los que primero perdieron el carácter propio y tipo de su nacionalidad por su mayor contacto con los colonos y conquistadores. Modificados por el continuo roce de

fenicios y griegos, cartagineses y romanos, perdieron sus rasgos distintivos, que sostuvieron durante mucho tiempo los habitantes del Norte, defendidos por las murallas que la naturaleza les ofrecía en las escabrosas cordilleras pirenaica y cantábrica, que tardaron en transponer los invasores. Y que tal debió acontecer resulta comprobado, no sólo por las manifestaciones de aquel período, algunas de las cuales, como se observa en las espadas, ostentan motivos de decoración de carácter griego, sino también por el respetable testimonio de Estrabón, que á tal propósito consigna en su ya citada *Geografía*: «La sujeción de esta parte de Iberia á los fenicios fué tan completa que, aun hoy día, en la mayor parte de las ciudades de la Turdetania y del campo que las rodea, el fondo de la población es de origen fenicio. Paréceme igualmente cierto que Ulises llevó hasta allí sus belicosas correrías, y que Homero, que debió rebuscar en la historia todo lo que á su héroe se refería, tuvo de esto conocimiento y de ello tomó pretexto para transportar la *Odisea*, como había hecho con la *Iliada*, del dominio de la realidad pura al de la poesía y de los mitos ó ficciones familiares á los poetas; es seguro, en efecto, que no es tan sólo en las costas de Italia y de Sicilia y parajes circunvecinos donde pueden descubrirse vestigios de toda esta historia; la misma Iberia nos muestra hoy día una ciudad con el nombre de Odisea, un templo de Minerva y mil y más indicios de las aventuras del héroe y de los que, como él, sobrevivieron á la guerra de Troya, á esa guerra tan funesta, así puede decirse, para los vencedores como para los vencidos. Abdera, que le sigue, es igualmente de origen fenicio. Más arriba de esta villa, hacia la montaña, dícese que se encuentra actualmente Odisea, la ciudad de Ulises, con el templo de Minerva, que de ella depende. Posidonio afirma el hecho, como lo afirman también Artemidoro y Asclepiades de Mirlea, gramático conocido por haber ejercido su profesión entre los turdetanos y por haber publicado, en forma de relación de viaje, una descripción de los pueblos de estas comarcas. Este último autor añade que en las paredes del templo de Minerva, en Odisea, se hallan colgados todavía los broqueles y espolones del navío, que en ellas se fijaron antiguamente en conmemoración de las aventuras de Ulises. Pretende también que hubo entre los galaicos un establecimiento formado por algunos de los compañeros de Teucer; y al propio tiempo recuerda que en este país veíanse no ha mucho dos ciudades, llamadas *Hellenes* una y *Amphilochi* la otra, lo que tendería á probar que Amfiloco habría venido á morir aquí, y que sus compañeros, continuando errantes á la ventura, habían ido más lejos hasta penetrar tierra adentro. Según otra tradición recogida por el mismo autor, algunos de los compañeros de Hércules habrían fundado igualmente un establecimiento en Iberia. También había llegado á ella una colonia maseniense. Por último, Asclepiades y otros autores nos hablan de una partida de lacedemonios, que debió ocupar una parte de Cantabria. Añadamos que existe en la misma comarca una ciudad de nombre Opricella ú Ocela, que pasa por haber sido fundada por Ocelas, uno de los héroes que acompañaron á Antenor y sus hijos cuando su paso por Italia.....»

Resulta, pues, que lo mismo en Iberia que en los demás países, los colonizadores ó conquistadores, á la vez que su dominio ó influencia importaron sus costumbres, artes é industrias, que modificaron ó transformaron el modo de ser de los pueblos indígenas, cuya evolución fué más ó menos sensible, más ó menos rápida, según fuese su situación. Esto no obstante, preciso es admitir, puesto que así lo atestiguan los objetos de diversas clases y formas que han llegado hasta nosotros, que los pueblos que primitivamente poblaron nuestra península cultivaron las artes industriales, distinguiéndose por la fabricación de sus armas y de otros objetos y útiles de hierro que embellecieron con labores tan distintivas como lo son las dobles líneas en zizás marcadas á punto, los pequeños círculos concéntricos y las series de puntos en una sola línea, que exornan los anillos, torques y demás objetos de oro ó bronce con que se ataviaban las mujeres celtas.

«De igual modo que cada revolución geológica profunda — dice Taine — lleva consigo su fauna y su flora, así cada grande transformación de la sociedad ó del espíritu produce sus figuras ideales.» Tal se observa con la invasión romana. Habitados los españoles á la rapacidad y crueldad de los cartagineses,

aceptaron el protectorado de los romanos, que á cambio de ejercer su influencia política ofrecíanles protección contra los espoliadores de Cartago, respeto á su religión, leyes y costumbres y medios para el fomento de su industria y comercio. Presto convirtiéndose Iberia en Hispania, las colonias y pueblos en provincias romanas y la península pasó á manos de otros señores. Roma, más enérgica, más paciente, más hábil y más capaz de subordinación y de mando que su rival africana, acabó después de cien años de lucha por conservar bajo su dominación toda la cuenca del Mediterráneo.

Cuatro siglos de paz, después de tan continuas guerras, fomentaron la riqueza y la cultura, de tal manera que España fué uno de los países más prósperos del inmenso imperio romano, siendo estimadísimas en Roma las producciones de su fértil suelo y las de la industria, especialmente los finos lienzos de Seta-bis, los artísticos vasos de Sagunto y las armas de las regiones central y del Norte. Roma, á pesar de su indiscutible superioridad sobre los demás pueblos, fué la última en establecer forjas y talleres, si bien utilizó los ricos veneros existentes en Etruria, Estiria, Austria, Baviera, España, Bretaña, etc. La apremiante necesidad de dotar de buen armamento á sus numerosas legiones motivaría, sin duda, la adopción de iguales medios que los empleados por los pueblos tributarios, cuyas industrias fomentó notablemente, perfeccionando los primitivos procedimientos utilizados tan luego como sus artífices lograron elevar la nueva industria al nivel de las cultivadas por el pueblo-rey. La acción del óxido ha destruído gran parte de las piezas de hierro que se han descubierto en distintas épocas; pero aun así, todas ellas revelan el grado de adelanto que alcanzó la cerrajería entre los romanos y la rara habilidad de sus herreros. Las frecuentes excavaciones practicadas en la ciudad de los césares y en todas aquellas localidades que han perpetuado el recuerdo de la dominación romana, han puesto de manifiesto ejemplares que determinan las múltiples aplicaciones y la indiscutible utilidad que del férreo metal se obtenía. Pompeya, la interesante ciudad, vuelta á la vida al cabo de dieciocho siglos de haber lamentado Plinio su enterramiento por la candente lava del Vesubio, suministra elementos para enriquecer los museos de Italia, revelando el modo de ser, las costumbres y hasta las ideas de un pueblo que pereció en la plenitud de su vida. Útiles y aperos de labranza, herramientas de todos los oficios, efectos, enseres, armas, instrumentos de cirugía tan precisos como los empleados actualmente, llaves, clavos y todo cuanto puede construirse con el hierro ha guardado la ciudad enterrada. Casi todas las piezas ofrecen semejanza con los productos de la industria moderna, pudiendo afirmarse que no ha variado la forma esencial de cada una de ellas, perpetuada quizás por la identidad de la aplicación. Tal acontece con las llaves, en las que se nota únicamente la diferencia de conceptos artísticos en los motivos que las decoran, que no influyen, sin embargo, en sus funciones, ni como manifestación industrial. La llave, propiamente tal, presenta gran semejanza con la del período gótico, empleándose para cerrar las puertas de las ciudades y las de los edificios, provista de guardas dentadas. De más pequeñas dimensiones era la llavecita que llevaba consigo la dama romana, *mater-familias*, que cerraba el cofrecito, armario ó mueble en que guardaba sus joyas, el dinero ó los documentos de interés para su esposo é hijos; y mucho más sencilla, pero también ornamentada, la *clavis clausa* cerraba pequeñas cajitas ó arquillas destinadas á contener las mil nonadas á que tan aficionadas eran las romanas.

Cuanto á España, continuó facilitando á Roma los tesoros de sus minas y los productos de su industria, amoldada al gusto romano. Atestígualanlo los numerosos y curiosos ejemplares de armas é instrumentos, aunque en su mayor parte en estado de completa oxidación, hallados en varias comarcas de la península, especialmente del Mediodía. Entre las armas merecen citarse hierros de lanza, el *pilum*, la terrible arma de los legionarios, *falcatas* ó espadas cortas de corte curvo á modo de sable, rejas, hoces, azadones, palas, etc. Nuestro Museo Arqueológico Nacional posee espadas, hierros de lanza é instrumentos de labranza procedentes de Fuentetojar y Almedinilla, en los que pueden estudiarse no sólo su analogía con las obras de este género de otras regiones de Europa sometidas al imperio, sino también el alcance y progreso de esta industria en nuestro país durante aquel período.

Llegó el día en que la victoriosa enseña que guiaba á las legiones imperiales hundióse en el polvo. Roma, la dominadora del mundo, entregada á la molición, enervadas sus fuerzas, puestos sus destinos en manos de patricios disipadores y de sofistas leguleyos, no pudo oponer diques á la formidable avalancha que, desbordándose desde las selvas germánicas y escitas, asoló la Europa. Hordas errantes, razas en fermentación, naciones embrionarias, gentes incultas, indómitas y fieras, más varoniles que los corrompidos pueblos latinos, avanzaron en confuso tropel. Su huella sentábase funestamente, dejando tras sí ruinas, incendio y desolación. Pueblos exterminados, monumentos destruidos, campos devastados, ciudades arrasadas. Roma fué saqueada, destruidas sus estatuas y obras de arte, profanados sus templos y sujeta como las demás ciudades á los horrores de la invasión.

La oleada continuó á través de Italia y de la Galia, y los vándalos, suevos y alanos, transpuestos los Pirineos, extendiéronse por toda la península. Los horrores se repitieron y, según el cronicón de Idacio, despobláronse los lugares, quedaron desiertos los campos y llenos de bestias feroces, llegando á tal punto la ruina, que los mismos invasores se vieron obligados á llamar á los fugitivos para que poblasen de nuevo la tierra, ofreciéndoles previamente amistoso tratamiento.

Contúvose por fin la avalancha bárbara ante el poder de los visigodos, sin que á pesar de haber pretendido, al caer sobre la ciudad imperial, destruir y hasta borrar el recuerdo de la dominación romana, lograran realizar su enérgico propósito. Inferiores en cultura á los vencidos romanos, deslumbráronse ante las bellezas creadas por la civilización latina y, aun odiándola, no tardaron en sustituir sus edificios de madera por las construcciones romanas, y los mármoles, jaspes, taraceas, esmaltes, pinturas, arqueados herrajes, vidrios de colores, pedrerías y tejidos preciosos embellecieron sus palacios y templos. El tesoro de Guarrazar demuestra la rara habilidad de los artífices visigodos, cuyas producciones admiran y sorprenden. Aparte de la marcadísima influencia latino-bizantina, débese también á la Iglesia la rápida evolución que lograron las artes industriales, ya que es innegable la regeneradora empresa que con gran fruto emprendieron los ilustres sucesores de los Leandros é Isidoros. Las escasísimas producciones de aquel tiempo consérvanse en los templos ó éstos á su vez representan aquella civilización.

Gala Placidia trajo consigo, al unirse á Ataulfo, el fausto del imperio y Bizancio los principales elementos artísticos. Si se recuerdan ó examinan las obras arquitectónicas y se analizan y estudian sus detalles, no cabe dudar que los círculos combinados, las cruces griegas, los cuadrifolios, impages, visantes, ventanas gemelas, etc., tienen marcado su origen oriental. A tales formas, pues, sujetáronse todas las producciones artísticas é industriales y entre ellas las obras de hierro, que tan dignas son de estudio, aun aquellas en que infelizmente se representa la forma humana. Cierto es que los códices góticos iluminados procedentes de San Millán de la Cogolla, la gema descubierta en Guarrazar y algún otro notable ejemplar constituyen preciosas manifestaciones, aunque bárbaras, del arte gótico; pero aun así, preciso es consignar que mientras florecían la arquitectura y la orfebrería, la pintura y la escultura no lograron representar gallardamente la forma humana. Así puede observarse en las figuras que exornan algunas cruces parroquiales, que á la inversa de lo que acontece con los herrajes que decoran la puerta de un santuario románico, hoy derruido, no pudo el artífice ocultar la condición del metal. Los ángeles, que sujetos á los brazos griegos de la cruz velan el cuerpo de Cristo; las figuras de San Juan y de la Virgen, que al pie de ella velan también su sagrado cuerpo, y la escalera, martillo y tenazas y aun la misma paloma que extiende sus alas sobre el crucificado en lo alto de la cruz, están forjados ruda y bárbaramente (fig. 1). Nótase la dureza y resistencia del metal y la impotencia del herrero para convertirlo en materia dúctil, en tanto que

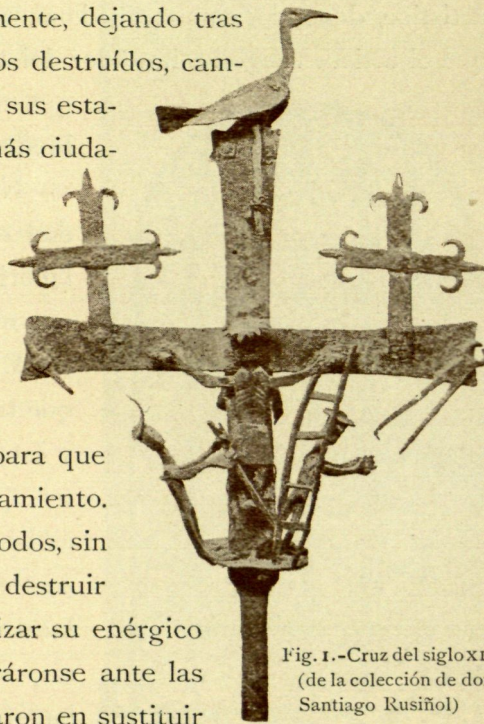


Fig. 1.—Cruz del siglo XI
(de la colección de don
Santiago Rusiñol)

en los herrajes de la puerta, en sus dobles espirales que parten del que pudiéramos llamar tallo, destinadas á robustecerla y decorarla, olvídate la tosquedad del hierro, y admírase al artífice que tan hábilmente logró vencer la materia: hasta los pequeños clavos que sujetan el herraje á la madera casi desaparecen adaptados al nervio central que robustece la pieza, surcada á los lados por una canal que se extiende en toda su longitud. Esta diferencia que se advierte entre las producciones industriales y las de carácter esencialmente artístico, depende, como atinadamente afirma D. Pedro de Madrazo en uno de sus notables estudios, de que el artista visigodo, imitador del arte del Bajo Imperio, no alcanzaba á comprender la belleza de lo

que copiaba, marcándose en sus obras la huella de la aplicación servil y la ausencia completa del sentimiento.

No en balde se ha dicho que el pueblo visigodo fundióse en la sociedad romana, constituyendo la base de una nueva civilización, que tras laboriosas evoluciones presentóse gallarda, pujante y genial en los tiempos medios para completarse en la edad moderna.

El arte románico ó latino-bizantino entrañó elementos fecundísimos, que tras las regulares evoluciones de los siglos engendraron el arte ojival y éste el gótico. Unos y otros hallaron en España inteligentes intérpretes, que identificados por completo en sus grandiosos conceptos diéronle carácter propio, genuina y marcadamente nacional. Aún llegó á más el sentimiento artístico, puesto que lograron singularizarlo dándole carácter local. De ahí que las obras y producciones de un mismo siglo sean distintas, aun dentro del mismo orden ó estilo, según sea la región en que se hayan producido. Y que esto es así no cabe dudarlo. Atestíguelo los monumentos y las producciones artístico-industriales. Santa María de Naranco nada tiene de común con Santa María de Ripoll, la catedral burgalesa con la de Barcelona, ni San Juan del Duero con el cenobio de San Cugat

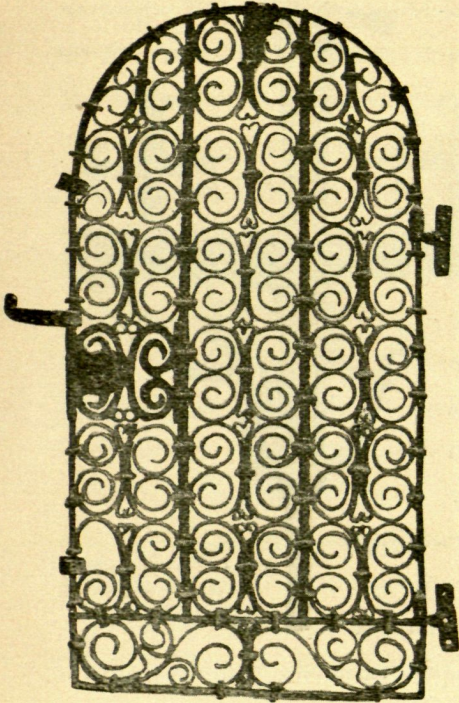


Fig. 2. — Reja catalana del siglo XIV
(de la colección de D. Santiago Rusiñol)

del Vallés. Y si en los monumentos arquitectónicos obsérvanse tales diferencias, determinadas por las condiciones especiales del país en que se erigieron, informadas asimismo por la diversidad de conceptos y aun de aspiraciones, que si bien iguales en la forma, difieren en el fondo, nótanse también en todas las creaciones y especialmente en aquellas en que el concepto artístico aporta elementos de embellecimiento.

Cada uno de los antiguos reinos que formaron la península, cada provincia, región y aun ciudad, ofrece períodos verdaderamente luminosos que determinan movimientos evolutivos, fases de cultura, conjunción de elementos, que no sólo dan á conocer el espíritu que informaba todas las producciones, sino también la influencia de conceptos extraños. Tal se observa en todas las manifestaciones artístico-industriales de nuestra patria, en donde, á medida que los nacientes Estados iban ensanchando sus límites, obligando á replegarse á los invasores, creció la influencia de la cultura árabe sobre los cristianos, de manera que así como en el lapso que media del siglo VIII al XI se desarrolló y acrecentó la influencia de los árabes, empezó á crecer del XI al XIII la importancia de la sociedad cristiana, que recogió la tradición artística de sus enemigos para amoldarla á su creencia y constitución. Así vemos que llegó un período en que se acuñaron monedas con leyendas árabigas y latinas, redactáronse instrumentos públicos en ambos idiomas, muchos vocablos árabes entraron á formar parte del romance vulgar, y por último, las joyas, armas y tejidos de carácter oriental sirvieron de atavío á castellanos, catalanes y aragoneses, cual si fuera el gusto dominante á cuya influencia debieran doblarse.

Si bien es cierto que la robustez de la forma románica, la pureza de líneas con que en su profusión de adornos se enriqueció el arte gótico y la elegancia del estilo del Renacimiento y de su derivado en España, el plateresco, son únicas, todas las producciones, ya sean arquitectónicas ó artísticas, difieren,

repetimos, en cada región, tanto cuanto se distinguen los toscos sepulcros de San Juan de la Peña, en donde descansaban los restos de los primeros monarcas aragoneses, y los soberbios mausoleos de Poblet.

De ahí que las obras de cerrajería no se eximan del sello ó carácter que imprime la localidad en que se produjeron, aun ajustándose á su proceso histórico. Así vemos que aun acusando tosquedad en el primer período, vacilación después y ostentando lozanía espléndida, virilidad y sorprendente fantasía en la época de su florecimiento, no son iguales los canecillos, rosetas, lacerías, follajes, animales, flores, filetes, etc., que ejecutaban los alarifes y cerrajeros, ya en las construcciones ó en las obras de hierro, puesto que en ellas imprimían unos y otros sus aspiraciones, los ideales de su raza, sus creencias, y aun hallaban medios para expresar sátiras sangrientas ó acerbas censuras contra los vicios de la época. Tal puede observarse en los llamadores, que ofrecen vasto caudal de observación, ya que sus aldabas ó aldabones en forma de leones heráldicos, quimeras y dragones, alternando con las imágenes de los santos, revelan las dos preocupaciones dominantes en los tiempos medios.

En España revistió la cerrajería grandísima importancia en el transcurso de varios siglos, ejecutándose obras, á juzgar por las que han llegado hasta nosotros, que sorprenden y admiran, dándose al hierro forjado, limado, cincelado, repujado y grabado múltiples y variadas aplicaciones, atestiguando las puertas, rejas y verjas de nuestras catedrales y señoriales mansiones, así como los herrajes que decoran algunos muebles, el gran desarrollo que alcanzó este arte durante los siglos XIII, XIV y XV.

La simplicidad de algunas obras de carpintería, cual las puertas que se construían de tableros lisos, exigía la aplicación de ciertas labores de hierro en forma de bisagras, aldabones, clavos y pernios, ya que hasta mucho después no las embellecieron los carpinteros con moldurajes y embutidos. De ahí que sean más importantes los progresos realizados por la cerrajería en la Edad media que los adelantos de las demás industrias, y que, especialmente en la parte que se refiere á Cataluña, revistan mayor interés los dise-

ños conservados en los libros de Pasantía del gremio de cerrajeros barceloneses, que aquellos que pudieran servir para atestiguar la pericia y maestría de los artífices de las demás agrupaciones.

Las verjas y pernios que prolongaban elegantemente los goznes de las puertas, aparte de otras obras no menos interesantes correspondientes á la oncena y duodécima centuria, atestiguan el gran progreso alcanzado por la cerrajería durante aquel glorioso período, siendo más dignas de encomio por la falta absoluta de medios mecánicos, puesto que entonces el cerrajero no poseía las máquinas ó aparatos que abrevian su acción, ni contaba con el hierro en forma de barras de variadísimas dimensiones que simplifican la labor del cerrajero moderno. Entonces era precisa toda la energía muscular que suple hoy la fuerza mecánica. El artífice veíase obligado á domeñar habilidosamente el metal, y á tal grado llegó su maestría, que á juzgar por las

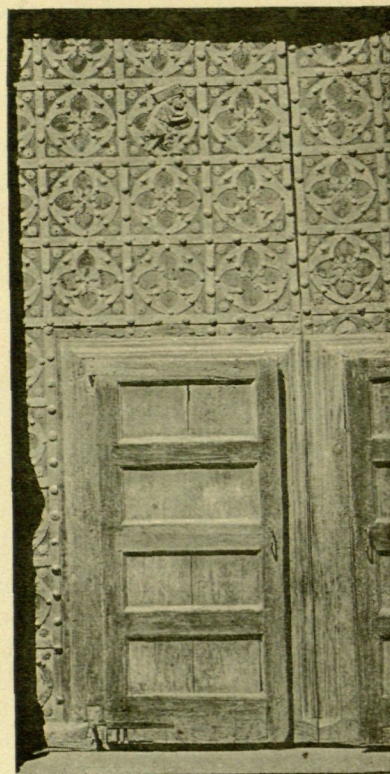


Fig. 3. - Herrajes de la puerta de la iglesia de Santa María del Mar, Barcelona; siglo XIV

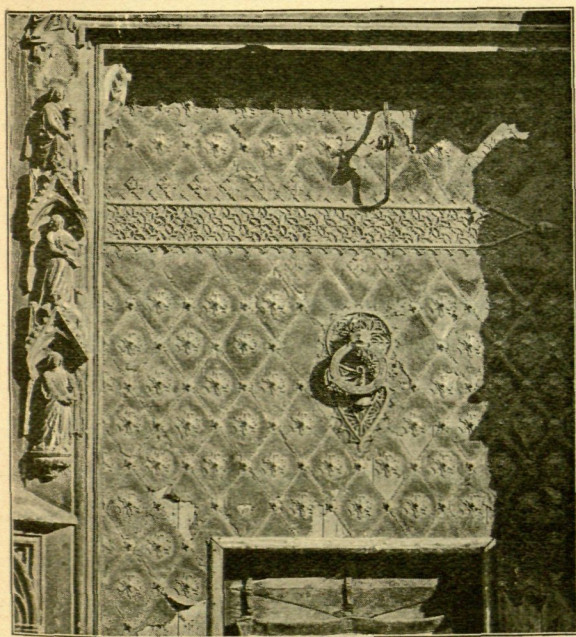


Fig. 4. - Herrajes de la puerta principal de la catedral de Tarragona, siglo XIV

obras que nos legaron aquellos inteligentes obreros, alcanzó completa victoria en la lucha entablada; de tal manera, que ante los primores, los verdaderos prodigios de ejecución, cuesta trabajo darse cuenta de las condiciones de dureza y resistencia que ofrece el metal. La simplicidad del procedimiento á que debieron ajustarse los cerrajeros al construir las primeras verjas sorprende é interesa. Ejecutaban uno ó varios bastidores ó marcos, á los que sujetaban por medio de remaches las barras previamente forjadas, que embellecían después con una suerte de cintas entrelazadas, unidas por medio de soldaduras ó abrazaderas (figura 2). Posteriormente idearon el medio de obtener piezas ya ornamentadas y más uniformes, valiéndose de un á modo de troquel, en el que las planchas laminadas en el yunque afectaban la forma de las hojas, cintas, etc., abreviando la labor y perfeccionándola.

Los herrajes de las centurias á que nos referimos, al igual de las producciones de las demás industrias, afectan el mismo gusto que inspiró las obras arquitectónicas, sirviendo de motivos de decoración los pináculos, cresterías, macollas, tracerías, etc., ejecutadas con rara habilidad y obteniendo todo el partido posible de las condiciones especiales de la materia empleada. Las verjas especialmente destinadas á servir de cierre en las capillas y coros de las catedrales son muestra de cuanto apuntamos, puesto que figuran en ellas como elementos decorativos los pináculos, ojivas, tréboles, etc., propios y exclusivos de aquella época. Las cerraduras y cerrojos están embellecidos con artísticas labores y primorosas tracerías, y las puertas hállanse cubiertas de planchas de hierro con delicados adornos y sujetas á la madera por grandes clavos ó chatones, ostentando herrajes admirablemente forjados (fig. 3). Los pernios, aldabones y cerraduras contribuían al embellecimiento, ya que muchos de estos objetos pueden considerarse como verdaderas obras de arte.

Como modelo en su género hemos de citar las puertas llamadas de la Virgen y de Santa Ana de la iglesia de Nuestra Señora de París, primorosamente exornadas con florones, follajes y animales, labrados por el maestro parisiense Biscornet en el siglo XIV, y las de la catedral de Tarragona (fig. 4), obra de la misma centuria, en las que los cerrajeros obraron verdaderas maravillas. Parece como si el hierro hubiese perdido su dureza al pasar por las callosas manos de los maestros para transformarse en verdadera joya, en una obra artística de inestimable valor, fuente de estudio y manantial inagotable de elementos para la cerrajería moderna. Hállase la madera cubierta de planchas rectangulares fijadas por medio de preciosos clavos y dobles pernios de elegantes líneas, formando, en unión de los sendos aldabones, un conjunto grandioso, rico y esencialmente artístico (fig. 5).

A juzgar por las obras que podemos admirar todavía en los museos y en las catedrales españolas, y las ordenanzas gremiales que se conservan en los archivos, no cabe dudar que España, y de ella Cataluña, es la que cuenta con más glorioso abolengo y la que sin duda figuró, por el gran desarrollo de la cerrajería y la pericia de sus maestros, á la cabeza de todos los Estados constituídos en los tiempos medios. «Entre los sujetos que en 1257 formaban el gran Consejo Municipal de la ciudad de Barcelona — dice Campmany en su *Colección Diplomática*, — se hallan inscritos los nombres de cuatro maestros herreros. En los libros de *Ordenaciones Consistoriales* de los años 1316 y 1319 cuéntanse otros gremiales de dicho oficio que ocupaban varias plazas en el Ayuntamiento, cuya representación tuvo también el gremio en los siglos posteriores, en tanto que los cerrajeros de París no constituyeron corporación hasta el año de 1411.»

Lisonjero debió ser el estado de esta industria en Cataluña y universalmente reconocida la pericia de sus herreros; pues aparte de que en una sola ciudad, Perpiñán (1), existían en el siglo XIII «veinte industrias distintas de trabajadores de hierro, entre las cuales se contaban los fabricantes de armas blancas, cascos, corazas, lanzas, espadas, etc., á cuyo progreso contribuía la riqueza que en sus minas de hierro atesoraba el Rosellón,» la circunstancia de haber llamado la ciudad de París á Blay y Suñol, los más há-

(1) Balaguer: *Historia de Cataluña*.

biles artífices barceloneses, para la construcción de las admirables verjas de la iglesia de Nuestra Señora, robustecen nuestras afirmaciones, pues no es lógico admitir que, arrostrando las dificultades que esta clase de obras habían de ofrecer en aquellos tiempos, buscara el municipio de la ciudad del Sena en extranjero suelo lo que podía hallar en su propio país.

Italia, región siempre abonada para producir obras artísticas, distinguióse también por la importancia de sus trabajos de cerrajería. Brescia, Milán, Serravalle y Fisterre, en donde funcionaban las forjas del célebre armero Andrea de Ferrara, produjeron piezas de relevante mérito y el ingenio de sus artífices fué reconocido por todos los Estados europeos. Mención especial merece Venecia por la delicadeza y buen gusto de las obras que salían de sus talleres, protegidos por sus Dux y patricios, quienes procuraban fomentar tan interesante industria que inspiraba á los venecianos particular interés. Dividido el gremio en tres grupos, de coraceros, espaderos y cerrajeros, produjeron ejemplares notabilísimos, convirtiendo en obras de arte el hierro que les suministraban las minas de Brescia, Verona, Bellune, Estiria y Carintia.

Aparte de la que pudiéramos titular cerrajería arquitectónica, ó sea aquella que tenía por objeto completar la decoración de las construcciones, ejecutaron los cerrajeros de la Edad media un considerable número de objetos de puro ornato ó de práctica aplicación y reconocida utilidad, tales como aldabones, cofrecillos, candelabros, coronas de iluminación, morillos de chimenea, cerraduras, hacheros, enseñas, palomillas, cruces parroquiales y utensilios que rivalizan por su belleza y ejecución con las más delicadas obras de orfebrería. Cada una de estas piezas, cada objeto marca el proceso de esta industria y sus diversos usos y aplicaciones. Los morillos de chimenea, de los que existe bellísima y variada colección en la que posee el distinguido pintor catalán D. Santiago Rusiñol, ofrecen particularidades muy dignas de tenerse en cuenta. Su forma revela, como todas las producciones de la época gótica, la influencia románica, el período de fijación y el de su completo florecimiento, que se distingue por la fantasía decorativa, traducida en alicatadas hojas de cardo y en los fantásticos grifos que terminan el pie derecho del morillo. Estos se diferencian notablemente según el servicio que debieran prestar, ya que los destinados á completar el hogar hállanse desprovistos



Fig. 5. - Puerta alemana con herrajes, siglo xv

de adornos y terminan en forma de plato para sustentar las vasijas cuyo calor debía mantenerse para la condimentación de los manjares, en tanto que los destinados á completar las chimeneas de las mansiones señoriales eran objeto de prolijas labores. En donde los artífices de los tiempos medios dejaron inde-



Fig. 6. -Aldabón de la puerta de honor del castillo de Foix, siglo XV (de la colección de Leseq, París)

lebles muestras de su pericia é inagotable fantasía es en los llamadores. En ellos puede leerse perfectamente la historia de nuestras transformaciones sociales, las preocupaciones de la humanidad, los ideales perseguidos por aquellos obreros. Las sencillas argollas ó anillas, ó bien el martillo destinado á golpear y el asimismo simple chatón, fueron paulatinamente transformándose por efecto de la decoración, ya por los calados fondos de los círculos ó fondos sustentadores de la aldaba, ó por la forma de ésta, que afectaba la de animales quiméricos, leones heráldicos, dragones, imaginarios reptiles, bustos ó figuras, ó bien imágenes de santos, síntesis de las preocupaciones que indican los tiempos medios. Gran importancia y significación tenían los llamadores, ya que hasta en cierta clase de actos oficiales regulábanse los golpes que la aldaba debía descargar en la puerta del palacio, castillo ó iglesia. Así podemos leer en una crónica de la época, que al hacer entrega en 1360

Sancho Martínez de Echevelza, por comisión del infante D. Luis, del castillo de Maya, en Navarra, llegóse á la puerta mayor Martín García de Veraiz, *feriéndola por tres veces con el anillo de fierro*, á cuyo llamamiento acudió seguidamente el alcaide Sancho Sánchez Linzarazu.

Numerosos ejemplares podríamos citar, todos ellos admirables obras de cerrajería, que á la circunstancia de ser piezas de gran interés débese su conservación y que figuren en las más notables colecciones. Nos limitaremos á mencionar algunos aldabones que pueden considerarse como tipos. En la valiosa colección que ha llegado á reunir M. Leseq, de París, descuella el magnífico aldabón que embellecía la puerta de honor del histórico castillo de Foix (fig. 6), obra



Fig. 7. -Aldabón del siglo XV (de la colección de D. Santiago Rusiñol)

maestra de cerrajería de la décimacuarta centuria, en la que la hermosa combinación formada por un león heráldico y un grifo en actitud de acometerse constituyen el martillo. Del mismo carácter, aunque distinto el concepto, es el llamador de una casa particular de Vich. Representa el martillo grosero y toscamente la figura de Jesús, cuyos pies al golpear el chatón hieren á un reptil, que á modo de dragón enróscase en la base, cual si fuera la imagen del mal (fig. 7). Es obra del siglo XIV, y en ella obsérvase ya el idealismo religioso, la piadosa concepción del artífice. Siguen á éstos los tipos de argolla y calados fondos, entre los que debemos mencionar particularmente los que exornaron el demolido palacio de Mosén Sorell, de Valencia, cuya aldaba muy prolongada ostenta una cabeza; los existentes en el antiguo palacio de los Condes de Barcelona, hoy Archivo de la Corona de Aragón, en cuyo fondo de bellísimos motivos ornamentales destacan cuatro cruces de San Jorge, así como los no menos interesantes del cenobio de San Cugat del Vallés y las catedrales de Tarragona y Pamplona, obra probablemente los de esta última del maestro Guillermo Ervenat, y el nunca bastante ponderado de la casa del Arcediano de Barce-

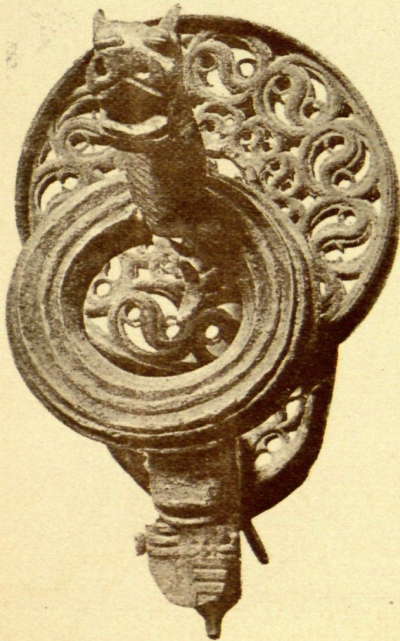


Fig. 8. -Aldabón de la casa llamada del Arcediano, siglo XV (de la colección de D. Santiago Rusiñol)

lona, que forma parte de la valiosísima y tantas veces repetida colección del Sr. Rusiñol (figuras 8 y 9).

Varias formas afectan los candeleros, candelabros y arañas ó coronas de iluminación del período gótico. Unos y otros marcan también el proceso industrial y la fantasía é ingenio de los maestros cerrajeros. Los candelabros utilizados para sustentar grandes cirios ó blandones en las grandes fiestas y solemnidades religiosas, contribuían á la ornamentación litúrgica de los templos, conservándose en la mayor parte de iglesias catalanas, cuya fundación se remonta al período gótico, estos ejemplares tan dignos de estudio. Diversos tipos ofrécnese al examen del artista y del arqueólogo, tan perfectamente determinados que no cabe abrigar la menor duda respecto de la época en que se construyeron. Hay que advertir que las líneas, la forma general, la parte esencial de la obra, no presenta diferencias, notándose éstas únicamente en sus complementos decorativos. Todos constan de un sustentáculo ó base constituída por un trípode, del que arranca un árbol ó fuste generalmente estriado ó bordonado, que

termina en un plato sobre el que descansa el hachero, consistente en un gollete destinado á aprisionar el cirio ó blandón, ó bien en una punta para clavarlo y sostenerlo.

Este es el tipo primitivo, simple, representante del primer período gótico (figs. 10 y 11). A medida que el buen gusto se depuraba y que las artes todas recibían nuevos elementos aportados por los constructores, enriqueciéronse también con primorosas labores las obras de cerrajería, aplicándose á los candelabros motivos de decoración. El cerrajero trató de embellecer el árbol ó fuste, que presentaba una prolongada línea vertical fría y escueta, teniendo por compañeras otras casi paralelas que partiendo de su base (fig. 12), en igual número que los sustentáculos, alcanzaban hasta su mitad, inclinándose graciosamente en forma de cardinas, con las que se enriqueció asimismo la parte superior del candelabro (fig. 13). Nuevos detalles, nuevos primores fueron agregándose hasta tanto que las macollas y demás motivos que caracterizan y distinguen el estilo de aquella época convirtieron en obra admirable, en preciadísima labor de hábiles artífices lo que por su estructura originaria resultaba falto de condiciones decorativas (fig. 14).



Fig. 10. - Candelabro del siglo XIII (de la colección del señor Rusiñol)

Análogas observaciones pueden hacerse respecto de las arañas ó coronas de iluminación que suspendíanse de la bóveda de las naves de las iglesias ó de los techos de los salones señoriales. Formadas de un aro primero, que sustentaba varias boquillas para sujetar las velas de cera distribuídas equidistantes, no tenía más adornos que algunos rosetones á modo de flores ó chatones trifoliados, ó bien escudos sujetos por medio de remaches intercalados en los espacios destinados á las luminarias (figs. 15 y 16). Agrandóse después la corona, sobreponiéndose otra de menos diámetro (fig. 17), agregando por último una tercera, que fué el complemento de la araña, lográndose embellecerla con la riqueza ornamental que tanto caracteriza las creaciones de los tiempos medios y especialmente la fantasía y buen gusto de los maestros cerrajeros. Muchos ejemplares podríamos citar, pues por fortuna abundan en nuestra patria, siendo dignos de notarse, aparte de los que avaloran algunas colecciones particulares, los que continúan prestando el servicio á que respondió su construcción y que complementan el decorado, grandioso y severo, de nuestras góticas catedrales.

La necesidad de proveer á la seguridad y defensa del hogar, en épocas en que los

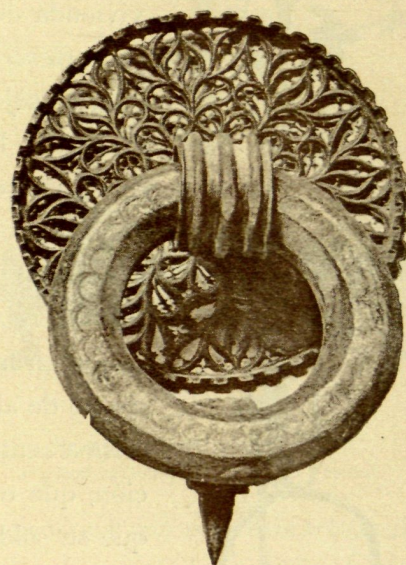


Fig. 9. - Aldabón catalán del siglo XV (de la colección de D. Santiago Rusiñol)

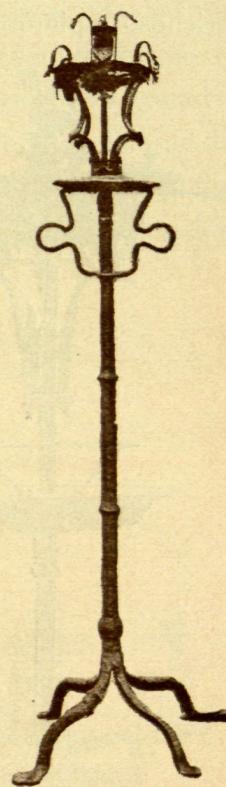


Fig. 11. - Candelabro catalán, siglo XIV (de la colección del Sr. Rusiñol)

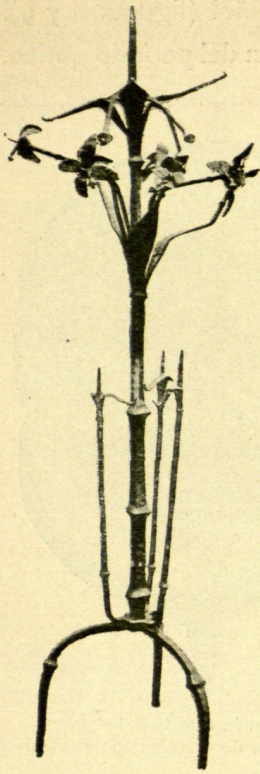


Fig. 12. - Candelabro del siglo XV (de la colección del Sr. Rusiñol)

formar parte de interesantes colecciones ó de los principales museos de Europa.

Peregrinos engendros de la fantasía, de las preocupaciones ó del concepto imperante son los grifos ó animales quiméricos, que, utilizados en la decoración, aplicáronse como principalísimo elemento por los cerrajeros de aquellas centurias en las palomillas, veletas, grúas, enseñas, saledizos, etc. Constituyeron caprichoso y pintoresco elemento decorativo arquitectónico utilizado por los fran-

cos albañiles, que emplearon asimismo los demás artífices. Su fantástica sombra, destacándose de los robustos y severos edificios de los tiempos medios, sintetiza la época, recuerda el contraste que ofrecía

aquella sociedad, verdaderamente híbrida por el conjunto de pasiones y virtudes, violencias y caballerosidad, cultura y barbarie, tan impetuosamente expuestas, que las creencias y la superstición, la hidalguía y la ruindad, engendraron un arte grande, exuberante, que hoy cautiva y maravilla. España, rica en obras de cerrajería, conserva ejemplares de extraordinario mérito, ya enriqueciendo colecciones ó prestando todavía igual servicio que al ser aplicados.

Las cabezas de los clavos ó chatones sirvieron para formar, como elementos de ornamentación, bellas y artísticas combinaciones que completaban la decoración de los tableros de las puertas, ventanas, arcones, armarios, cofres, etc. De ahí las variadísimas formas que presentan y las delicadas labores que en ellas ejecutaban los maestros cerrajeros. Todos ó la mayor parte de los edificios que se conservan de aquella época, especialmente las catedrales, ostentan preciosos ejemplares, cual acontece con las de Barcelona, Tarragona (fig. 18) y Gerona,

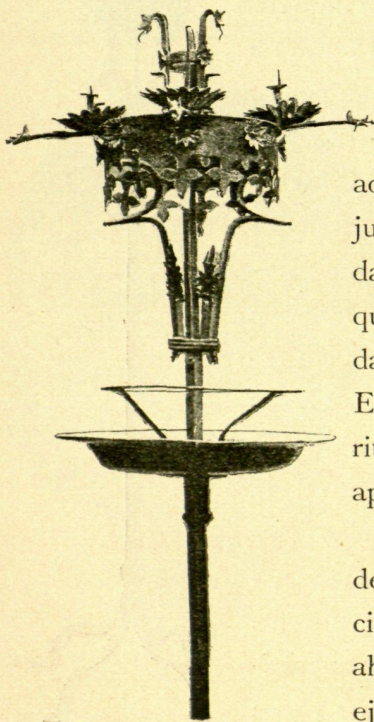


Fig. 14. - Candelabro del siglo XV. Estilo florido (de la colección del Sr. Rusiñol)

pueblos atravesaban los difíciles y calamitosos períodos de su constitución, en que afanosamente perseguían la conquista de sus derechos y libertades, aspirando el pechero á la ciudadanía, todas las casas debían ofrecer garantías á sus pobladores y la vivienda de la familia había de construirse de manera que en determinados casos pudiera ser seguro baluarte para su personal defensa. De ahí que se chapearan las puertas sujetas por robustos chatones ó clavos y que las escasas aberturas de las fachadas se hallaran defendidas por caprichosas rejas, en cuya construcción tantos prodigios realizaron aquellos inteligentes artífices, que al igual de lo que practicaban los maestros armeros, á fuerza de prodigios de arte y de ingenio lograban ocultar la materia y el objeto á que se destinaba la pieza construída. En el siglo XII fabricáronse rejas profusamente decoradas, consistiendo sus principales motivos de decoración en follajes cuyos encuentros soldábanse y manteníanse contra los hierros por medio de abrazaderas contorneadas en saledizos. Posteriormente, ó sea á fines de la misma centuria, construíanse las rejas yuxtaponiendo recuadros de rica ornamentación, que recibieron en el siglo XIV láminas ó planchas recortadas y contorneadas, que se soldaban á los hierros ó barras de gran diámetro. La imperial Toledo, Burgos, Soria, Tarragona y algunas otras antiguas ciudades de la península española conservan preciosos ejemplares de dichas rejas, que al destruir la moderna piqueta demoledora los vetustos palacios señoriales en que se hallan fijados, pasan á

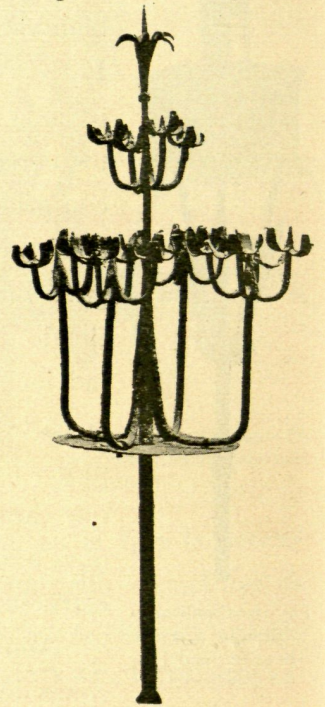


Fig. 13. - Candelabro del siglo XV. Estilo florido (de la colección del Sr. Rusiñol)

el cenobio de San Cugat del Vallés, la puerta de la antigua fachada de las Casas Consistoriales de Barcelona y un número considerable de antiguos palacios, que desafían arrogantemente la acción de los siglos en todas las históricas ciudades españolas, entre ellas Soria, que cuenta la casa solariega de los Castellones, llamada de los clavos, por los que decoran su puerta de honor, consistentes en unas medias esferas de hierro atravesadas por unas á modo de espigas que los sujetan remachadas sobre la gruesa madera.

Merece mención especialísima la valiosa colección de D. Nicolás Duque, de Segovia. Es quizás entre las españolas la que cuenta con mayor número de ejemplares de clavos ó chatones, ofreciendo la particularidad de haber pertenecido la mayor parte de ellos á las casas que sirvieron de vivienda á personajes que figuran de modo preferente en las páginas de la historia patria y comprender un período tan extenso

cual es el que abraza desde el siglo x al xviii. En la colección figuran variadísimos tipos calados, huecos, repujados, bullonados, chapeados y con roeles de tres, siete y nueve piezas, de origen hebreo ó mudéjar, procedentes de la mansión de don Juan Bravo, de la reina doña Juana, del célebre regidor Tordesillas, etc., siendo admirables las delicadísimas labores que ostentan, la mayor parte ejecutadas con singular habilidad con el cortafrío, ó bien artísticamente repujadas por maestros tan peritísimos como lo fué Cristóbal de Andino.

Verdaderos prodigios de ejecución realizaron los artífices en la construcción de arquetas y cofrecillos destinados á guardar joyas y preseas (figs. 19 á 21), pues ante las delicadísimas labores que los decoran, ante aquellas artísticas filigranas, piérdese hasta la noción del metal, olvídase la rudeza de la materia, examínase el trabajo con igual interés, con igual atención que si se tratara de una obra de orfebrería. Difícil es describir un tipo de esos preciosos cofrecillos cubiertos de primorosos calados ejecutados en el hierro, que se destacan sobre el fondo de cuero ó tejido de diversos colores. Los museos de Cluny y el Louvre guardan algunos

ejemplares notables, que no aventajan, sin embargo, á los que poseen en sus colecciones los señores Miquel y Badía y Santiago Rusiñol. Las ciudades italianas, y entre ellas Venecia, distinguiéronse también en la construcción de artísticos cofrecillos, conforme lo demuestra, entre otros, el que se conserva en el Museo Municipal de la reina del Adriático, en el que se hallan reproducidas delicadas ojivas y cresterías, semejantes á las que decoran el frontal de Canozzi, obra maestra de talla, que decora la mesa del altar de la iglesia de Santa María *dei Frari*.

En los cerrojos, pestillos y cremones (fig. 22) nótase asimismo á cuánto llegó la cerrajería en los tiempos medios, que, conforme hemos dicho al referirnos á otras producciones, logró monopolizar por completo la construcción de todo cuanto utilizaba el hombre, ya se destinase á su seguridad, á su inmediato uso, castigo ú ostentación. Así vemos que en el simple mecanismo

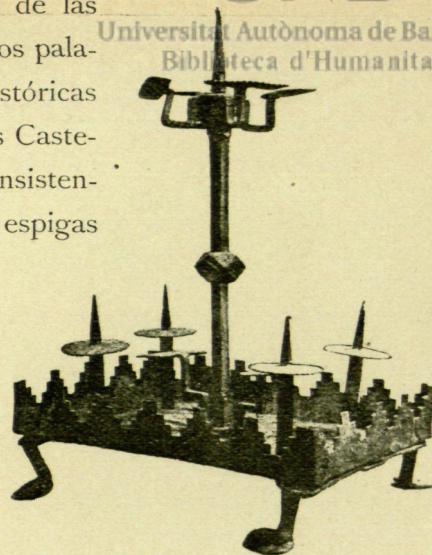


Fig. 15. - Candelabro del siglo XIV
(de la colección de D. Santiago Rusiñol)

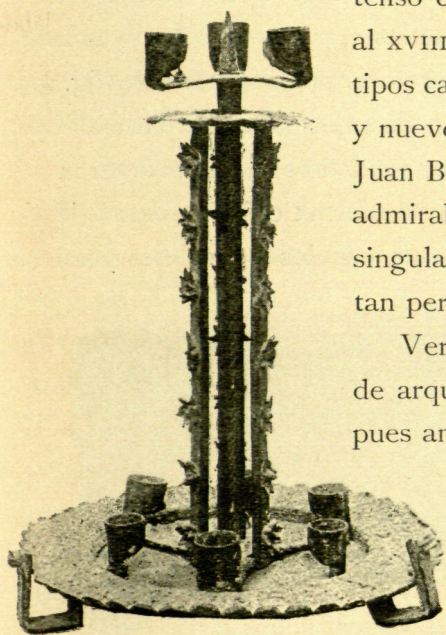


Fig. 16. - Candelero del siglo XV
(de la colección de D. Santiago Rusiñol)

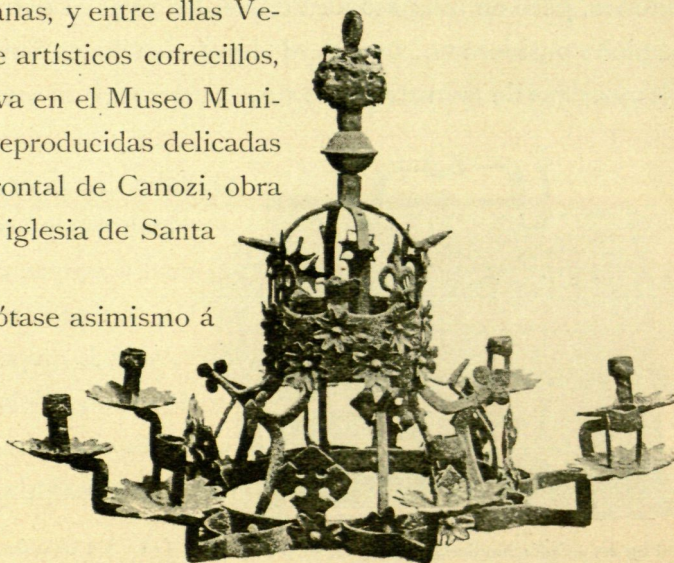


Fig. 17. - Corona de iluminación, siglo XV (colección del Sr. Rusiñol)

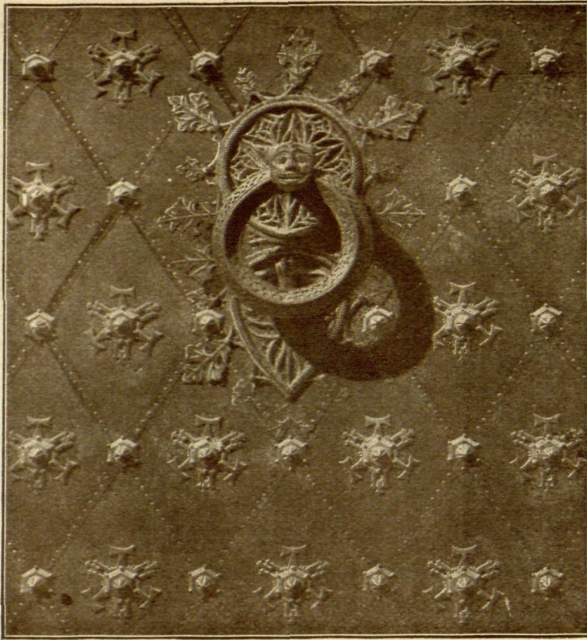


Fig. 18. - Aldabón y chatones de la puerta principal de la catedral de Tarragona, siglo XIII

empleado para cerrar las verjas ejecutaba iguales primores que se observan en los trípticos, remates de facistol, braseros, candiles, faroles, hacheros, tederos, etc. Suma importancia revisten las cerraduras, en las que los artífices parece como si las construyeran aguijoneados por noble emulación. Aplicábanse sobrepuestas en las puertas, verjas y muebles, decorándolas con follajes y calados. La entrada ó agujero destinado á recibir la llave ocúltabase por medio de una figura ó animal fantástico que se movía por medio de un resorte (figs. 23 á 26). La caja que contenía el mecanismo, las más de las veces harto complicado, pues existen cerraduras compuestas de más de cien piezas (1), se construía de una sola profusamente decorada. Cuanto á las llaves, preciso es hacer constar que ostentan el mismo arte y buen gusto que las cerraduras, con cuyas labores é índole de trabajo se armonizan perfectamente (fig. 27). No menos interés ofrecen las cajas para guardar caudales,

en cuya construcción procuraban los cerrajeros aunar la resistencia y la seguridad con la belleza en la decoración. Cerrábanlas comúnmente una cerradura ó dos fuertes candados de forma esférica, consistiendo sus adornos en cresterías, escudos nobiliarios, figuras cobijadas por airosos pináculos y doseletes y animales quiméricos. Los pestillos exornábanse también con delicadas labores.

Es evidente que en todos los países conociéronse los medios de aislar ó custodiar las personas ó cosas, y que por lo tanto las rejas no fueron especiales aplicaciones verdaderamente privativas del nuestro. En todos los pueblos de aquel período existieron conventos y cárceles, y en todos ellos debióse experimentar la necesidad de proveer á la defensa y á la seguridad, empleando cerramientos que permitieran el paso á la libre circulación del aire y á la luz, sin quitar la vista ni la comunicación con el exterior, pero en ninguno alcanzaron las rejas el extraordinario desarrollo que en España, ya que algunas pueden considerarse como verdaderas creaciones artísticas. Todos los Estados europeos conservan preciosas muestras de la maestría de sus cerrajeros; Italia posee admirables obras de sus hábiles rejeros que rivalizan y compiten con las que guarda Francia y Alemania; mas todos deben inclinarse ante la extraordinaria ejecución de los cerrajeros españoles, puesto que las más notables obras con que se envanecen, cual acontece con las verjas de la iglesia de Nuestra Señora de París, son producto del ingenio de rejeros españoles.

Vano empeño sería el nuestro si tratáramos de fijar la causa que determinó ó favoreció el perfeccionamiento de las rejas ó verjas hasta el punto de representar su construcción una indiscutible prueba de maestría, ya que hasta el presente no han logrado los arqueó-

(1) En la colección de D. Nicolás Duque, de Segovia, existen varias cerraduras del siglo XV, cuyo mecanismo constitúyenlo más de cien piezas.

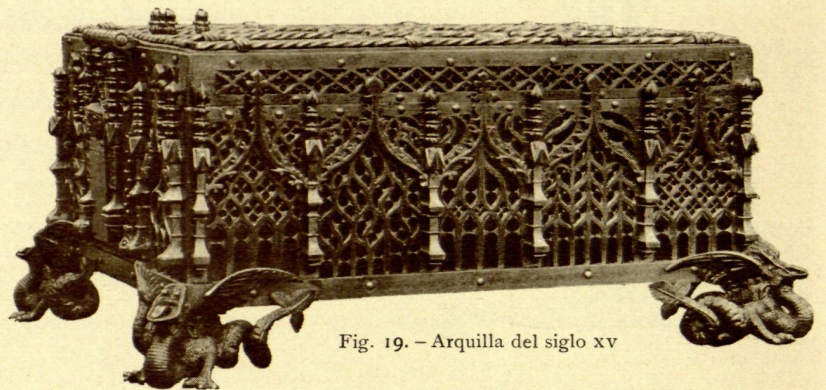


Fig. 19. - Arquilla del siglo XV

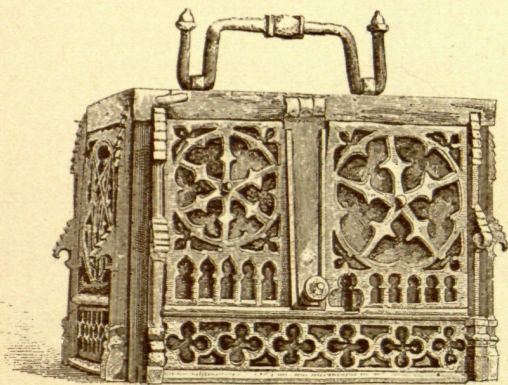


Fig. 20 - Cofrecillo de hierro calado, siglo XV (de la colección de M. Lesecq, París)

logos explicar satisfactoriamente los motivos que pudieron informar su multiplicidad y el empeño de los constructores en producir obras que pudieran considerarse como indiscutible testimonio de su maestría y de su buen gusto artístico. Esto no obstante, no titubeamos en suponer que las necesidades del culto influ-

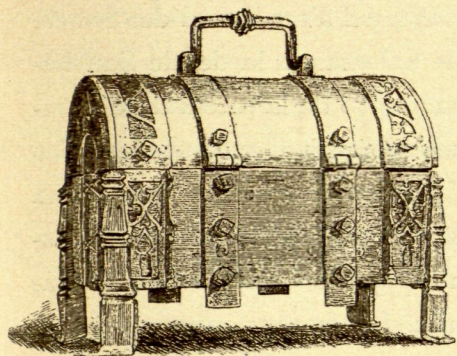


Fig. 21. - Cofrecillo de hierro forjado, siglo xv
(de la colección de M. Leseq, París)

yeron en gran manera para producir semejante progreso, no debiendo sorprender que así sucediera, si se tiene en cuenta la especial significación que para aquellas sociedades tenían los templos, que constituían sus principales monumentos y en los que se condensaban las más selectas obras de la fantasía y todos los primores de las artes, cuyos modernos productos en vano intentan competir, á pesar de los mayores elementos de que disponen. La traslación del coro desde el ábside al cuerpo de la iglesia, frente al presbiterio, motivada tal vez por el considerable número de capitulares (1), dió un nuevo carácter á aquel departamento y ocasión por su emplazamiento para enriquecer su decoración. El mobiliario sufrió una completa transformación. El arte suntuario predominó en todas las producciones, y lo mismo las sillas de coro que los vasos sagrados, tejidos y obras de cerrajería, convirtiéronse en manifestaciones artísticas y fastuosas. Separado el coro del altar mayor, instalado en el centro de la nave, precisaba aislarlo asimismo, al igual que el presbiterio, ideándose entonces el cerramiento de los dos recintos, conforme se observa en todas las catedrales, ofreciendo algunas la particularidad de estar cerrado el altar mayor por grandes verjas de hierro en tres de sus frentes, con el fin de permitir divisar el altar desde varios puntos, conservando únicamente el muro de piedra en el que se halla adosado el retablo. A tal propósito responde probablemente la instalación de verjas en las capillas, que ofrecen al artista y al arqueólogo singular interés en lo que respecta á España, puesto que, sin negar la perfección con que se labró el hierro en otros países, en ninguno de ellos, incluso Alemania, existen ejemplares tan maravillosamente ejecutados como en nuestra patria. En Italia, en donde los anales de la cerrajería registran los nombres de ilustres maestros, es limitadísimo el número de rejas que existen al modo de las españolas, y todas ellas de menor importancia que las monumentales de nuestros templos, ya que deben considerarse como simples pretilos, si bien tan soberbios é interesantes como los que cierran el enterramiento de Scalígero en Verona y el oratorio del palacio del Podestá de Siena. Merece, sin embargo, especial mención la maravillosa verja, verdadera construcción arquitectónica, del Tesoro de San Marcos, de Venecia, cuyo sistema recuerda en cierto modo nuestros trascoros y particularmente el precioso cancel del presbiterio de la basílica toledana.

Los ejemplares que más interés ofrecen en nuestra patria no son anteriores á los comienzos de nuestra arquitectura ojival, ó sea al período de transición de la románica, y correspondientes por lo tanto á los primeros años del siglo XIII, distinguiéndose todos ellos por constar de cintas arrolladas y combinadas con barras prismáticas, ge-

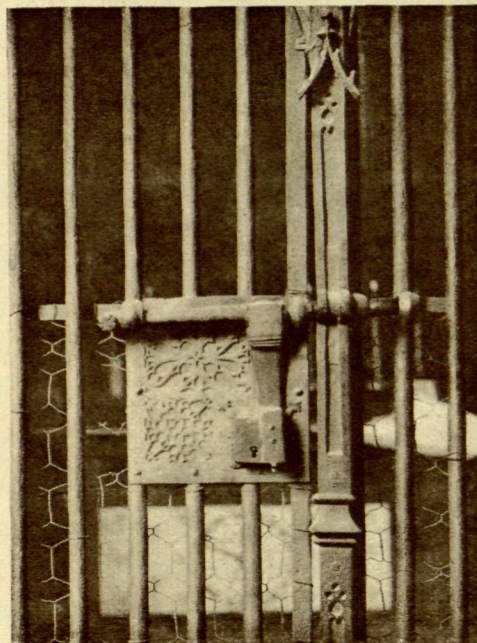


Fig. 22. - Cerradura de verja. Catedral de Barcelona,
siglo xv

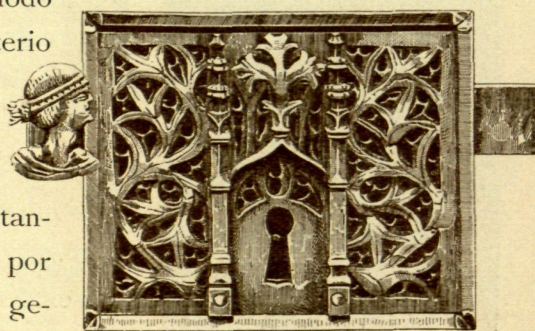


Fig. 23. - Cerradura francesa del siglo xv
(colección de M. Leseq, París)

(1) En el coro de la catedral de Toledo existen 140 sillas.

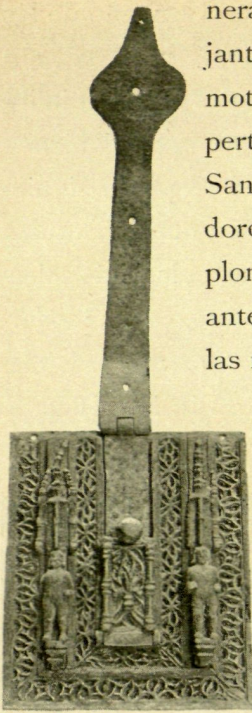


Fig. 24.-Cerradura de arcón, siglo XV (de la colección del Sr. Rusiñol)

neralmente muy aplastadas, para formar un motivo de decoración de hojas y flores semejante á los de las antiguas filigranas bizantinas y árabes, repetido indefinidamente, y cuyo motivo las más de las veces afecta la forma de una especie de flor de lis. A este período pertenecen las verjas de la capilla del Sagrario de Palencia; la del altar lateral del Sur de San Vicente de Avila; la del ábside de la catedral vieja de Salamanca; la del de San Isidoro y de la iglesia del Mercado de León, así como la del claustro de la catedral de Pamplona, que tal vez aventaja á todas en mérito. Las del período gótico, que suceden á las anteriores, distingúense porque su decoración afecta la forma arquitectónica, compuesta las más de las veces de un zócalo, el cuerpo de la reja y su remate ó coronamiento, cons-

tituído por grupos de hojas ó flores, recortadas y aun repujadas, colocadas en las claves de una calada arquería ó sobre una simple cornisa. Los barrotes verticales que forman el cuerpo de la verja afectan diversas formas; ya son cilíndricos, prismáticos, rectos, ó están retorcidos, solos ó combinados con otras piezas curvas interpuestas, terminando en la parte inferior en forma de basas de planta poligonal, enlazados por medio de traviesas horizontales, á modo de sustentáculos, que se convierten en adornadas fajas. En el centro ábrese la puerta, de una ó dos hojas, robustecida á los lados por pilares más gruesos que desempeñan el oficio de contrafuertes, que terminan por lo común en airosos pináculos. Completaban la decoración de la puerta algunos escudos y aun los cerrojos y fallebas, que como todas las obras de cerrajería de aquel

período, no carecen de importancia y despiertan siempre interés. Algunas veces la verja combinábase con una construcción arquitectónica que le servía de complemento, cual si fuera el marco en que se encuadraba, como acontece y puede observarse en la catedral de Pamplona y en la de Toledo (figs. 28 á 30).

A excepción de los maestros catalanes Blay y Suñol, ya citados, y de Morey, que floreció en Castilla en 1389, no podemos citar otros nombres entre los muchos que produjeron las notabilísimas obras que legaron á la posteridad y que hoy admiramos, puesto que ni en ellas ni en los documentos de aquella época consérvase el recuerdo de aquellos artífices tan hábiles como modestos.

Justo es conceder á los artífices italianos gran habilidad y singular maestría en la construcción de las obras de hierro, puesto que todas ellas patentizan el buen gusto y el conocimiento de lo bello que tanto distinguen á aquel pueblo, en donde el arte halló tan inteligentes y geniales intérpretes. Los candelabros, hacheros, faroles, cofrecillos, rejas, verjas, etc., que hoy admíranse con interés y respetuosa curiosidad,

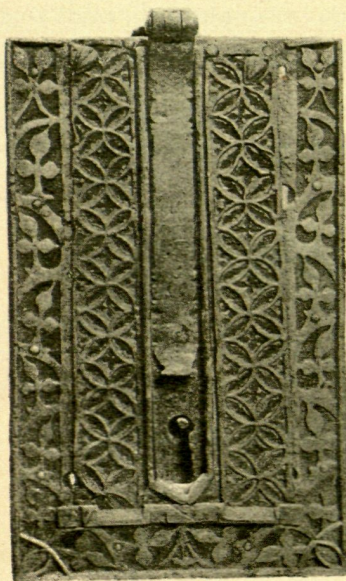


Fig. 25.-Cerradura de arcón, siglo XV (colección del Sr. Rusiñol)

significan un considerable progreso en el arte de la cerrajería italiana, cuyos maestros, al igual de lo que se observa en las obras españolas, preocupáronse en desvirtuar, por medio de la elegancia de la forma y la delicadeza de las labores, la rudeza de la materia, hasta el extremo de imitar la finura de los encajes. El hierro, en forma de barra, después de forjado salía del taller del cerrajero convertido en una producción artística, tan digna hoy de conservarse como las obras de pintura y escultura. A los trabajos de forja y martillo uníanse los repujados, que aplicados á las verjas completaban la armónica combinación producida por las arquerías, cintas, flores, frutos, conchas, tarjetones, barras, etc., pintadas con vivos colores y doradas como medio de embellecimiento ó para preservar al hierro de los efectos de la humedad. Entre las obras más antiguas de este género, que como verdaderos modelos podemos citar en Italia, merece mencionarse la verja del Tesoro de San Marcos, en Venecia, en la que admíranse secciones forjadas de una sola pieza y en los ángulos grupos alegóricos sujetos por fuertes ligaduras. Este tipo, cuya for-

ma y elementos remóntanse á los primeros años del siglo XIV, hállase reproducido con ligeras variantes en la verja que circuye el mausoleo de los Escaligeros en Verona, decorada con el blason de aquellos príncipes, tréboles, palmas y flores de lis. Posteriormente sustituyóse el trébol por una forma más regular, conforme se observa en la pequeña verja que protege una antiquísima obra escultórica existente en el Palacio Público de Siena, célebre por sus notables artífices, por sus especialísimos mosaicos y por el considerable número de obras de cerrajería del siglo XV.

La verja más importante de cuantas posee la antigua Señoría es seguramente la que sirve de cerramiento á la capilla del Palacio Público, en la que existe el famosísimo coro esculpido por Domenico di Nicolo en los comienzos de la décimaquinta centuria. Dividido en varios compartimientos rectangulares, cada uno de ellos contiene nueve tréboles unidos por ligaduras, destacándose en la parte superior un friso partido en rectángulos, en cuyo centro campea un escudo con la representación heráldica de la loba sienesa. Sobre el friso resaltan á modo de ribete dente-

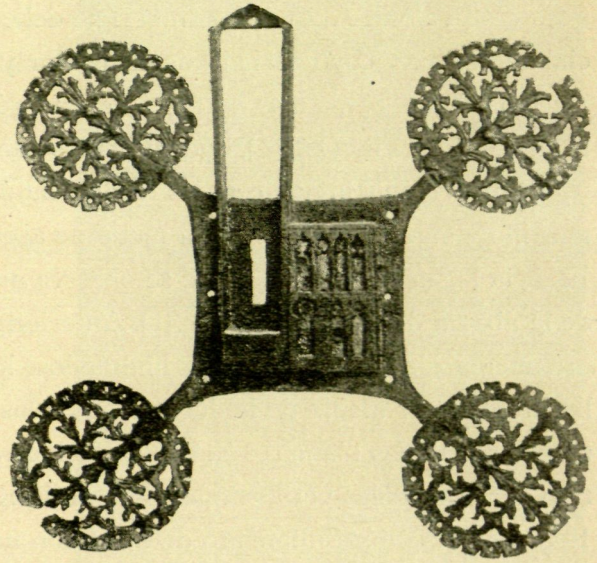


Fig. 26. - Cerradura del siglo XV (de la colección del Sr. Rusiñol)

llado grupos de macollas y cardinas de hierro batido, haciendo, alternando con lanzas de hoja flordelisada, siendo de notar que todas las piezas están labradas y forjadas con gran perfección, cual si el artífice que las construyó hubiese considerado el hierro como un metal precioso, ya que no es posible mayor delicadeza en el procedimiento. Otra obra maestra consérvase en la ciudad gibelina, verdaderamente ejemplar, correspondiente al mismo siglo XV. Nos referimos á otra verja, existente en la antigua capilla del Palacio de los Diablos, construída por Francisco Giorgio, y que al igual de la anterior hállase exornada con grandes cuadros interpuestos entre una sucesión de arcos ojivales, alternando con puntas treboladas. Llama desde luego la atención en esta clase de construcciones, conforme hemos ya consignado, la portentosa concepción de los artífices, que sin olvidar la simplicidad verdaderamente ideal de la forma, resolvieron siempre el difícil problema de dar á sus obras la mayor delicadeza, evitando las grandes masas que al dar caracteres de pesadez, propios de la índole de la materia empleada, hubieran desvirtuado por completo el oficio que debían prestar las rejas y verjas, ó sea el paso del aire y la libertad de la vista, sin perder el cerramiento las condiciones de resistencia y solidez.

Los cerrajeros franceses construyeron también verjas y rejas de gran interés para el arte, equiparables á las producciones de los artífices alemanes, pero sin aventajar á los hábiles maestros italianos y mucho menos á los de nuestro país, que justamente descuellan entre los de todos los Estados europeos. Esto no obstante, hemos de consignar los nombres de cerrajeros tan inteligentes como lo fueron Thomas le Fieuvillier, que floreció por los años de 1332; Jehan Touquin, en 1388; Philippe de Péronne, en 1398; Thomas d'Orgeret, en 1400; Jehan Gericou, en 1404; Jehan de Chaalons, en 1416, y Andrieu du Vergier, en 1464, de quienes se conservan en la vecina nación obras altamente recomendables, correspondiendo las más antiguas á la duodécima centuria, cual las verjas de Notre Dame du Puy, las de la iglesia de Conques (Aveyron) y las de la Brede, en la Gironda.

Según consta en el libro escrito por Etienne Boileau, preboste de los mercaderes de París, codificáronse entonces por encargo de Luis IX las ordenanzas, pragmáticas y privilegios de todos los gremios, entre los que figuraban los herreros, constitu-

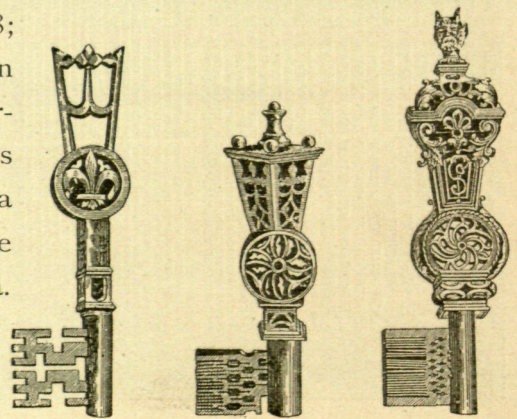


Fig. 27. - Llaves de los siglos XV, XVI y XVII (de la colección de M. Leseq, Paris)

yendo tres distintas é importantes agrupaciones, sujetas á reglamentos especiales. Grande era la consideración que también en Francia merecían aquellos artífices, demostrándolo, aparte de los privilegios concedidos por los monarcas á las tres agrupaciones, los elevados precios que se satisfacían por las obras de cerrajería, ya que no cabe duda alguna respecto al concepto de superioridad del hierro sobre los demás metales, puesto que en todas las producciones de los siglos XI y XII vense en ellas aplicaciones de otros de no escaso valor. A esta circunstancia se debe quizás la limitación de obras de grandes dimensiones, especialmente rejas, cuyo período de esplendor y desenvolvimiento circunscribe á los siglos XIV, XV y XVI.

Una de las obras más notables de este género, existente en la vecina nación, es la reja del claustro de la catedral de Puy (Loire), que ya hemos citado, que se supone fué labrada durante los primeros años del siglo XII, y se distingue, cual las de aquella época, por sus entrelazos habilidosamente curvados á forja y martillo y sujetos entre sí por á modo de abrazaderas y soldaduras, procedimiento y forma perpetuados en Francia hasta el siglo XV y que se observa asimismo en las verjas que sirven de cerramiento á la puerta de la abadía de Ourscamp (fig. 31). Anteriormente, á juzgar por las escasas muestras que se conservan, la ornamentación era más sencilla, limitándose los cerrajeros á obtener la línea y la forma sin acudir al embellecimiento por medio de la decoración de las piezas. Los florones, follajes y demás motivos ornamentales recortados de las planchas ó láminas de hierro y estampados corresponden á un período posterior, á cuyo tipo pertenecen las verjas de la catedral de Reims, de la iglesia de Braisne y de la abadía de Saint-Denis. Este sistema ó procedimiento de ejecución fué presto abandonado por otro más sencillo, ya que la necesidad de someter á la acción de la fragua un gran número de veces las piezas que constituían el conjunto de la verja dificultaba el trabajo y prolongaba su completa terminación. Así, pues, en vez de forjar las piezas decorativas á la vez que las secciones de la verja, recortábanse aquéllas soldándose cuidadosamente, de modo que se simplificaba mucho la operación. Sin embargo, hay que advertir que tal cambio no se operó rápidamente, ya que los maestros cerrajeros continuaron hasta fines del siglo XV la tradición industrial,

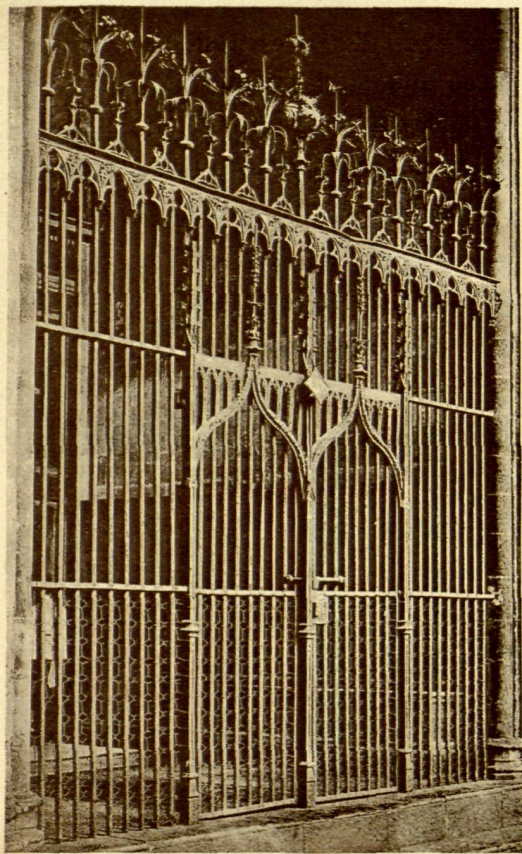


Fig. 28.-Verja del claustro de la catedral de Barcelona, perteneciente al siglo XV

procurando labrar con esmero, sin escasear la labor, hasta el punto de repetir millares de veces en una obra la misma operación, que á la postre terminaba, cual puede observarse en las soldaduras de las verjas y rejas, que no se adivinan ni descubren, pues forman un todo uniforme, una pieza única, cuyo examen excluye toda idea de la multiplicidad de fragmentos ó secciones. La admiración que despiertan las verjas y rejas de ventanas por lo que respecta á su ejecución, se asienta por la belleza de la forma, que responde siempre á su aplicación ó destino. El cerrajero preséntase como artista, y como tal dotado de genialidad y fantasía. Para robustecer la reja imaginó la torsión de las barras, y para asegurar su colocación dióle una sucesión de agudas puntas en forma de cardinas, transformando sus elementos en medios defensivos. La verja más antigua de las llamadas de entrelazos fué construída en Francia en 1331 por el maestro Renato le Févre, para el castillo de Audelys.

La falta de seguridad convertía las viviendas en casas fuertes y los palacios en fortalezas, pues ni aun en el hogar considerábanse los ciudadanos á salvo de los malandrines. Por eso defendíanse las ventanas con rejas y las puertas con varios cerrojos y numerosos herrajes, combinando ingeniosamente las labores para que, sin debilitar la defensa, embellecieran la obra.

La descripción de aquellos edificios bastaría para dar á comprender el estado de continua zozobra en que vivía, lo mismo el ciudadano que el campesino, puesto que uno y otro precisaban colocar su casa en condiciones tales, que al anochecer y al recogerse se hallase dispuesta para poder sostener un sitio, si á tal se atrevían los bandoleros ó las compañías mercenarias. Y cuenta que este empeño en defender y defenderse fué general, porque iguales medios aplicábanse en las modestas casas de los burgueses que en las iglesias, en los edificios públicos que en los conventos, en los mesones que en las Casas Ayuntamiento. Las puertas exteriores cubríanse materialmente de hierro, y era tal la confianza que infundían las obras ejecutadas con este metal, que no se economizaba su aplicación, ni se escaseaba el trabajo, convencidos todos de la imperiosa necesidad de buscar en las rejas, barras y cerrojos la salvaguardia que no podía en manera alguna procurarles la deficiente policía urbana organizada por los municipios (1).

Ya hemos dicho anteriormente que al considerable desarrollo que alcanzó la cerrajería contribuyó en gran parte la carpintería, cuyos procedimientos un tanto rudimentarios hacían precisa la aplicación de las piezas de hierro á las obras ejecutadas en madera á fin de lograr robustecerlas. Los maestros carpinteros desconocían entonces los embutidos, ensambladuras, etc., y recurrían para unir los tableros de las puertas á los herrajes, pernios y clavos, haciendo que la carpintería fuese, en cierto modo, tributaria de la cerrajería, logrando esta última absoluta superioridad cuando se convirtió en verdadero arte, ejecutando admirables labores para embellecer la obra, que no perdía por ello las condiciones apetecidas en su aplicación.

Los pernios afectaban variadas formas: ya terminaban en charnela ó gozne sobre el que giraba la puerta, ó bien prolongábanse simplemente sus extremos en dos ramas ó vástagos curvados para sujetar los tableros, á los que se hallaban fijados por gruesos clavos.

En el siglo XIV generalizóse el uso de planchas muy laminadas para cierta clase de obras, pertenecientes á lo que podríamos llamar orfebrería de hierro, como por ejemplo, las placas de las cerraduras, los herrajes interiores de cierta clase de muebles, los cofrecillos calados, etc., empleándose en la siguiente centuria para las piezas que se soldaban á las verjas.

Los cerrojos que se conservan, labrados en aquella época, algunos de los cuales, lo mismo en Francia que en España, hallanse todavía fijados en las puertas de antiguas iglesias ó vetustos castillos, consisten en una simple barra, cuyas dimensiones varían entre treinta y sesenta centímetros de longitud, en cuya mitad se halla adosada una manija que da al conjunto la forma de T y que sirve para hacer correr la barra, fijándose al cerrarla

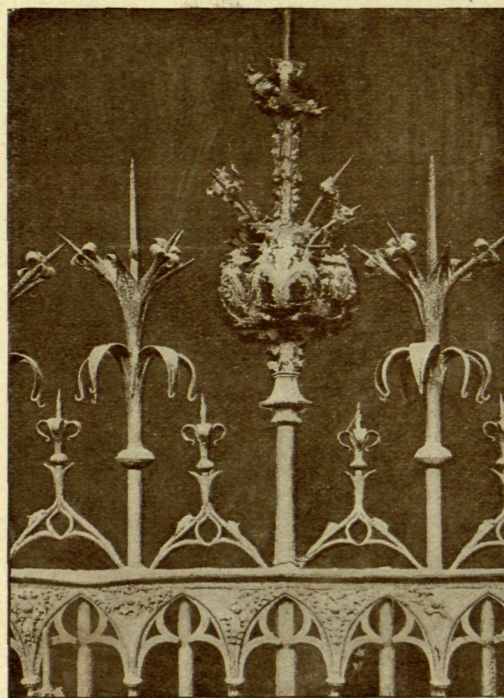


Fig. 29. - Remate de verja.
Claustro de la catedral de Barcelona, siglo XV

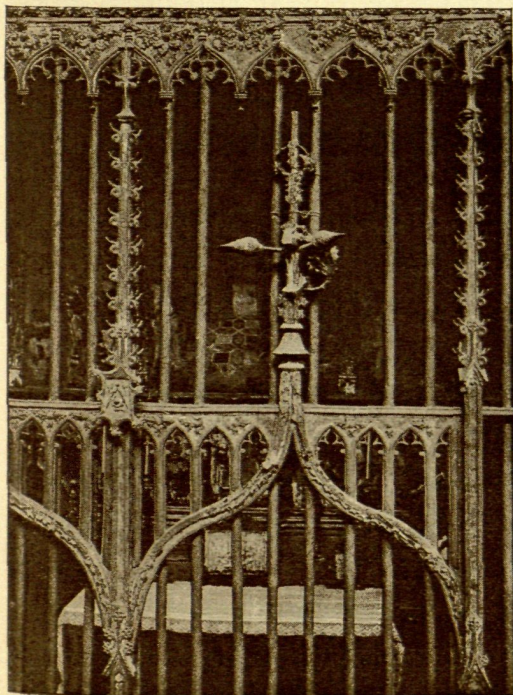


Fig. 30. - Sección de una verja del claustro de la catedral de Barcelona, siglo XV

(1) *Cet art - dice el célebre Mathurin Jousse - est d'autant plus profitable à tout autre que il les surpasse en ceci, etans, très certain qu'il n'y a maison, famille, château, villes ou lieux de défense qui ne tiennent toute son assurance de la forgée ou du fer.*

en la caja ó cuerpo de la cerradura. Cuanto á las cerraduras, á pesar de sus extraordinarias dimensiones, estaban dotadas comúnmente, lo mismo en Francia que en España, de un solo pestillo, solidamente construido, que funcionaba á impulsos de una llave, alojándose en la fuerte anilla de la armella. Los muelles quedaban en el grueso de la puerta y la cerradura que los contenía tenía la estructura de una á modo de caja, pues se construían de una sola pieza, repujado el centro á golpe de martillo, quedando los lados en forma de bisel, de modo que la seguridad que podían ofrecer esta clase de cerraduras dependía más de la solidez de la materia que del rudimentario mecanismo que contenían. Mayor atención dedicábase á la

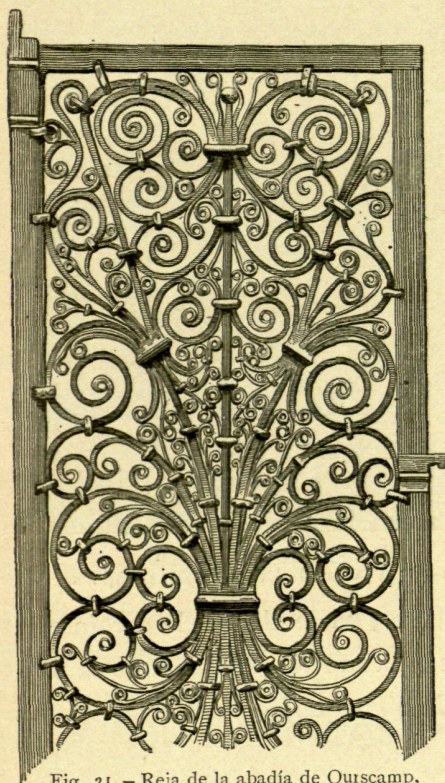


Fig. 31. — Reja de la abadía de Ourscamp, siglo XIII

construcción de las cerraduras de más reducidas dimensiones, destinadas á asegurar las puertas interiores de las habitaciones, muebles, etc., puesto que, aparte de la complicación de las guardas de las llaves, que habían de tener su ajuste en la cerradura, se construían algunas con múltiples mecanismos que funcionaban independientemente unos de otros, con el auxilio cada uno de ellos de su llave especial. Ejemplo de ello podría ofrecernos entre otras la cerradura que por encargo de la reina Isabel de Baviera construyó el maestro cerrajero Berthelot de Louvain, cuyo importe figura pagado el 14 de noviembre de 1496 en *Les Comptes des Menus plaisirs* de aquella soberana, en los siguientes términos: *deux serrures garnies de cinq clés chacune, destinés á clore la chambre des demoiselles d'honneur en l'hotel Saint-Pol.*

Acrescentada la importancia de la cerrajería y extendida cada vez más la esfera de su acción, procuraron sus maestros justificar, por medio de sus conocimientos y producciones, la nombradía de que gozaban, convirtiéndose de artífices en artistas y hasta en hábiles mecánicos, conforme lo atestigua el hecho de haberseles confiado en muchas ciudades la conservación y aun la construcción de los relojes, que en el siglo XV ofrecían el interés de la novedad. Entre los maestros franceses que pudiéramos citar, por haberse distinguido como peritísimos relojeros, mencionaremos especialmente á Jean d'Allemagne, á quien encomendó en 1401 la construcción de un reloj la duquesa de Orleans; á Jean Loisel, nombrado en 1409 relojero de la municipalidad de Amiens; á Anthoine, maestro relojero del rey René en 1447 y especialmente encargado de la conservación y arreglo de los relojes del castillo de Tarascón, y á Pierre Cormier, cerrajero de Luis XI en 1481, al que cupo la suerte de arreglar el magnífico reloj de Plesis-les-Tours. Preciso es hacer constar una vez más el temperamento y el sentimiento artístico de aquellos maestros, que no se limitaban á inventar ó combinar ingeniosos mecanismos, puesto que en su afán de embellecimiento creaban obras de verdadero carácter artístico, en cuyos menores detalles se halla indeleblemente determinado el razonado concepto ornamental, que se descubre siempre, aun en las producciones más triviales.

El considerable número de objetos ó utensilios de doméstico y frecuente uso, tales como candeleros, morillos, candiles, llaves, etc., que en nuestra época eminentemente utilitaria han perdido su carácter, quedando sólo sus formas rudimentarias, fueron causa ó motivo para que aquellos artífices imprimieran en cada pieza el sello de la originalidad y del buen gusto. Los cofrecillos singularmente eran objeto de delicadísimos trabajos, distinguiéndose por la forma, por sus motivos ornamentales y por su prodigiosa ejecución, así en la forja como en la finura de sus calados y repujados, que los embellecían.

En la ornamentación de las cerraduras manifiéstase asimismo la rara inventiva, la inagotable fantasía de los cerrajeros, quienes combinaban con singular acierto los elementos arquitectónicos con los rosetones é imágenes de santos ó figuras de personajes, resultando algunas veces de aquel conjunto de elegantes

pináculos, doseletes, arcos y columnillas, verdaderos cuadros ó escenas religiosas ó de carácter histórico, desarrolladas en el limitado espacio que ofrece ó presenta la caja de una cerradura, en la que son dignos de llamar la atención hasta los más nimios pormenores, pues todos se ejecutaban delicada y hábilmente con el auxilio del cincel y la lima, revistiendo los caracteres de la orfebrería. Esta clase de obras deben considerarse como manifestaciones del verdadero arte de la cerrajería, á las que justamente se reserva como sitio de honor los museos y las colecciones para perpetuo recuerdo de la valía de los constructores y ejemplo y provechosa enseñanza para los modernos artífices.

El mobiliario de hierro fué también en la vecina nación objeto de la atención de los cerrajeros, ya en figura de sillas de diversas formas, taburetes de tijera, de tanto interés como el de la catedral de Bayeux, tan notable como el facistol de la catedral de Ruen ó tan elegante como la preciosa cama, de origen francés, que forma parte de la excelente colección del pintor catalán D. Santiago Rusiñol. No sin justificada razón dice el distinguido arqueólogo francés M. Henri Havard que el cerrajero de aquella época proveía á todas las necesidades.

Aparte de los maestros cerrajeros que hemos citado anteriormente, distinguiéronse en la vecina nación durante este período como peritísimos artistas Henri de Saint-Marcel y Thomas de Clairveaux, quienes desempeñaron el cargo de síndicos del gremio de cerrajeros parisienses en 1260; Richard de Limoges y Colin le Gay, que ejecutaron en 1348 obras notables en el castillo de Cherbourg; Vicent Alexandre, Gillet, Hennequin y Lilleez, que fueron cerrajeros de Juan II, y Colin Remon, Jean de Voutiz, Thomas, Thibaut y Jehannin, que labraron para su hijo Carlos V; Jean de la Dictée, Berthelot de Louvain y Jean de Chalons, cerrajeros titulares de Isabel de Baviera; Laurent, Germain Rideau y Jean le Chien, que ejercieron igual cargo cerca de Carlos VI, y por último Jean Chollet, Michaut Chollet, Jean Belin y Antoine, que fueron los artífices predilectos del rey René.

Nuremberga fué en los tiempos medios, y aun en los siguientes períodos hasta llegar casi á nuestros días, el centro de esta industria en Alemania, siendo tan numerosas y estimables las obras que construyeron los maestros cerrajeros, que la mayor parte de ellas han desaparecido de los sitios en donde se colocaron y para donde se construyeron, á fin de enriquecer los principales museos del Norte de Europa. Aun en la primera mitad de este siglo distinguíase Nuremberga de las demás ciudades de Alemania por la profusión de obras de cerrajería que ostentaba, especialmente en sus calles, cuyas líneas quebrábanse por las enseñas industriales, faroles, hacheros, tederos, rejas, etc., ante las que se detenía el que las visitaba, admirado de la fantasía, buen gusto y habilidad de aquellos artífices. Hoy no puede engalanarse la ciudad bávara con las espléndidas manifestaciones de su especial industria, pues no sólo han desaparecido de los muros de sus casas, sino que también los artífices modernos han buscado en Munich nuevo centro para su actividad y la capital del pequeño reino ha absorbido el movimiento artístico é industrial.

En Flandes existen también preciosas obras de cerrajería, como rejas, arañas ó coronas de iluminación y otras piezas de no menor interés, en las cuales puede notarse la facilidad con que trabajaban el hierro los artífices flamencos, conforme lo patentiza la maravillosa labor del célebre pozo de Amberes, ejecutado por el más hábil de sus maestros, el inteligente Quintín Matsys.

Ya hemos visto que en todos los países, en todos los Estados la cerrajería realizó sensibles progresos, siendo en todos ellos objeto ó medio para que el arte se manifestara en toda su belleza y los artífices dieran muestra de su genialidad. Esto no obstante, y sin que nuestra afirmación nazca del sentimiento de nacionalidad, hemos de consignar que ningún pueblo produjo obras tan admirables como el nuestro. Esta aseveración hállase plenamente confirmada, no sólo por la multiplicidad de obras que han podido conservarse á través de tantos siglos, ya en las iglesias, viviendas particulares, edificios públicos, museos y colecciones, sino también por los mismos arqueólogos extranjeros, puesto que todos están contestes en conceder esta superioridad. Y tal debía suceder, dadas las condiciones especialísimas que concurrieron en

nuestra patria, todas ellas indiscutiblemente favorables para el desenvolvimiento artístico é industrial. El violento contraste que ofrecen nuestras provincias, en donde todo respira arte, grandeza y poesía, había de ser motivo, cual lo es aun hoy día, para que el espíritu más prosaico se elevase en alas del entusiasmo al ver armónicamente enlazadas las diversas galas de la Naturaleza con la variedad de la producción, los recuerdos gloriosos unidos á los monumentos augustos de pasados tiempos, las sencillas costumbres de los habitantes de determinadas comarcas con su indomable arrojo en la guerra, los melancólicos cantos del Norte con los plañideros ó voluptuosos ritmos de la región meridional.

Si es verdad inconcusa que el todo se compone de las partes que lo forman, ha de serlo también lógicamente que el arte español se ha constituido con los elementos suministrados por los diversos pueblos que en España dominaron. Y tal es así, que al igual que en el orden fisiológico son visibles los efectos producidos por el cruzamiento de razas, en el orden intelectual queda impreso asimismo en sus manifestaciones el sello peculiar de los pueblos que han ejercido su influencia dominadora. De ahí que —según afirma el Excmo. Sr. conde de Morphy en su erudito estudio acerca del *Arte español en general*,— sea cual fuere la huella que hayan podido dejar en nuestro derecho, en nuestra lengua y en nuestras costumbres las razas primitivas ó las dominaciones cartaginesa, romana ó germánica, empieza la historia intelectual de nuestra patria, en lo que en sí tiene de genuina y característica, en el grandioso período de la reconquista. En él aparecen claramente en nuestro suelo aquellos elementos árabe y cristiano que en porfiada lucha de más de siete siglos vienen á formar, por efecto de continuo trato y compenetración, la sociedad española del siglo xv, cuya formación coincide con la de la unidad nacional, el período más interesante de nuestra historia.

Formada España por la reunión de diversos Estados, en los que dejaron indelebles huellas las razas que por su fuerza expansiva cumplieron su destino colonizador ó de conquista, ofrece un laborioso proceso histórico para llegar á la constitución de la unidad nacional. Pueblos hermanos fecundados por la misma savia aparecieron separados, cual si el conjunto de los elementos peninsulares no obligase á la conjunción de todos ellos y á llevar á cabo el ideal de la unificación.

Compréndese, pues, que tal conjunto de nacionalidades, segregadas de la madre común, significa una disgregación de fuerzas, una variedad de creaciones, una diversidad de producción, propias y significativas de cada región, precisas, porque sin la reunión de aquellas actividades no hubiera sido posible la existencia de aquellos Estados, que debían funcionar regularmente á impulsos de sus aspiraciones, alentadas por el poder gubernamental.

Purificadas las ideas y las costumbres por la desgracia, renació, al iniciarse la monarquía en los ásperos riscos de Asturias, Navarra y Cataluña, el espíritu guerrero, que, aliándose á la religión, logró crear monarquías, vigorizadas por la fe y el patriotismo, que al recoger las tradiciones del pueblo godo modificaron y transformaron paulatinamente todas las manifestaciones políticas, sociales y artísticas á impulsos de los nuevos principios impuestos por las circunstancias. El rey, el clero, la nobleza y el pueblo son los factores que presiden y concurren á la nueva organización, basada en la unidad de raza y en el derecho de repoblación de pueblos conquistados, que presentaban en su aspecto colonizador un doble carácter militar y civil, como elementos precisos para recuperar el suelo patrio.

Unidos la creencia al concepto patrio y la religión á la nacionalidad, formóse el nuevo pueblo cristiano, y la heterogénea población de España recogió de la dominación goda los últimos fulgores de su cultura, y obligado á combatir por su patria y por su fe, aportó al templo, síntesis de sus ideales, sus esfuerzos creadores y las muestras de su progreso, manifestando en la fábrica cristiana la fecundidad del simbolismo que brota de su pasmosa idealidad. En los muros y portadas esculpió páginas de historia ó de moral; en los capiteles de las columnas que sustentan las majestuosas arcadas, sátiras mordaces de flaquezas ó vicios, sus esperanzas ó aspiraciones, y en las vidrieras, frisos, sillas de coro y claves de bóveda dejó impreso

cuanto habla al sentimiento y á la imaginación, comunicando al espíritu todo aquello que significa bondad y grandeza.

«Confundidos en constante amalgama la verdad y el error – dice el erudito arqueólogo D. Rodrigo Amador de los Ríos en su admirable estudio del Monasterio de Santo Domingo de Silos, – lo demostrado y lo tradicional, lo histórico y lo legendario, cuántos y qué dulces deliquios inspira aquella construcción que ha visto desaparecer inamovible tantos colosos y que permanece robusta y fuerte, etc.» En los capiteles, en dondequiera que el artífice pudo grabar cuanto constituía el modo de ser de la sociedad en que vivía, lo mismo en Silos que en San Cugat, en Galicia que en Aragón, dejó impresas páginas dignas de estudio, admirables por su empeño artístico ó el concepto que se pretendió expresar. Aquellas creaciones de modestos y desconocidos escultores merecen respeto, porque significan los primeros empeños, el movimiento iniciador de ese arte, que después de haber procurado días de gloria para nuestro país, nos ha legado materiales de inapreciable valor para el movimiento histórico de aquella época. Contrayéndonos al objeto de nuestro trabajo, citaremos por lo curioso y por cuanto de su existencia puede deducirse, un capitel doble del citado monasterio de Silos, en cuyos cuatro frentes representáanse diversos personajes, y en uno de ellos dos figuras humanas, ambas desnudas por completo hasta la cintura, con un paño ceñido á los riñones, que cae hasta la parte inferior del muslo, desnudo también como el resto de la pierna; ase la primera con poderoso esfuerzo de ambas manos pesada y redonda tranca en actitud de apalancar, y detrás otra figura encorvada sobre un yunque de igual forma que los que emplean en la actualidad los herreros, golpeando con un martillo sobre un objeto que no es posible determinar por lo deteriorado de la obra, nos da á conocer una industria importante del siglo XII, puesta en acción, y tal vez representa á los cerrajeros que trabajaron en la construcción del monasterio.

Los árabes, por su parte, al venir á España trajeron consigo la tradición de la filosofía griega y de las ideas platónicas y aristotélicas, sobre las cuales se desenvolvió su cultura filosófica y el ideal artístico de Oriente, traducido en sus afligranadas construcciones, sencillas en sus muros, pero cuajadas de riqueza; sus armas suntuosas, sus telas y tapices inestimables exornados con complicadas labores y dibujos, sacando de la geometría un inmenso caudal de combinaciones. La misteriosa quietud de sus estancias, los estrechos aljamíes, su inclinación á los perfumes, sus cantos populares, expresión gráfica de sus sentimientos guerreros ó eróticos, trasunto fiel de la vida real, revelan toda la índole epicúrea y artística del pueblo árabe, que durante el período de su dominación buscó su engrandecimiento á la vez que la forma más práctica y bella de satisfacer sus necesidades y caprichos.

Toledo, Granada, Córdoba y otras ciudades envanécense con los monumentos árabes que poseen, verdaderos timbres artísticos, brillantes y esplendorosas manifestaciones de la cultura y genialidad de aquella raza, que aun en su empresa conquistadora sembró en nuestro país la simiente de lo bello, la depuración del buen gusto. Las regiones en donde más tiempo dominaron, aquellas en las cuales, y aun después de haber sucumbido ante la gloriosa empresa de la reconquista, permanecieron siendo los inteligentes mantenedores de sus industrias, guardan todavía gratos recuerdos de aquellos períodos de prosperidad, conservan inestimables ejemplares de su indiscutible poderío. Concretándonos á la cerrajería, hemos de hacer constar que tuvo también gran aplicación entre los árabes, que produjeron obras verdaderamente admirables. Aun prescindiendo de las que más patentizan los progresos de esta industria, la mayor parte conservadas en los museos y colecciones, podemos apelar al testimonio de escritores contemporáneos, de tal importancia y de tal valía como Al-Maccari, quien, refiriéndose á Murcia, dice que se construían «instrumentos de latón y de acero para los cequíes y tijeras doradas y muchas cosas de estas para adorno de los novios y para los militares..... y con ello se adorna la gente de la región de Africa y en otras partes.» Conócese asimismo que en todo el Al-Andalus existían talleres de cerrajería y de armas celebradas en todo el mundo, agregando Ibni-Said, escritor granadino del siglo XIII, que gozaban de gran estima las

cotas de malla, corazas y toda clase de armas que con incrustaciones de oro construíanse en su tiempo. Játiva constituía otro gran centro industrial, pues cítanse también sus obras de cerrajería y sus fábricas de armas, «tan lujosas como bien templadas (1).»

Sevilla, al igual de las demás grandes ciudades, debió poseer hábiles cerrajeros; pues no de otra suerte se concibe que poseyera obras tan importantes como lo fueron sus puertas, acerca de las cuales dice Morgado que estaban «espesadas de clavos y plancheadas de hierro sobre duros cueros y con rastrillos aceros. Y porque les aseguraba la mejor defensa el río Guadalquivir, que por toda la parte que mira al Occi-

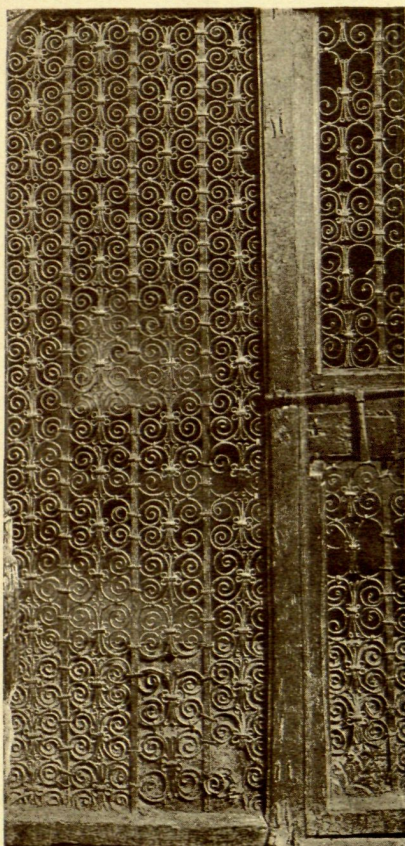


Fig. 32.-Reja árabe de la capilla del Sagrario de la catedral de Palencia, siglo XIII

dente cerca y defiende la media ciudad con las seis puertas que le caen por aquella banda, tenían de propósito por la otra parte de la ciudad los muros y todas sus torres más fortalecidos y levantados y al tanto sus barbancas y la cava más ancha y ahondada.» Al igual de los cristianos, decoraron las hojas de las puertas con chatones, delicadamente forjados ó cincelados y cuajados de leyendas alcoránicas. Entre las obras de cerrajería árabe más notables que conocemos, hemos de mencionar especialmente la magnífica lámpara de la Alhambra, conservada en el Museo Arqueológico Nacional, y la admirable reja de la capilla del Sagrario de la catedral de Palencia (fig. 32), primorosa filigrana, obra de exquisito gusto, que á falta de otras bastaría para justificar la merecida nombradía de los artífices árabes. No menor interés ofrecen las llaves, en cuyas guardas hallaban medio los cerrajeros moriscos para formar inscripciones en caracteres nesjis, siendo ejemplo de ello las que se conservan en el tesoro de la catedral de Sevilla, que se suponen entregadas á D. Fernando III el Santo por el príncipe almohade Axataf (fig. 33), y las de Segovia, que figuran en el Museo Arqueológico de aquella ciudad.

Llegó para el arte árabe su período de decadencia; pero así como en el ocaso de su dominación concentró en Granada cuanto quedaba de su poderío, aún hallaron sus alarifes medios para crear, en el *Taller del Moro* de la imperial Toledo, una de las muestras más brillantes y completas de aquel estilo admirable y verdaderamente genial. Formado el arte arábigo por el consorcio de la belleza griega con la fantasía oriental, creció y se desarrolló en nuestro país, á la par que el arte peninsular, inspirado en la severa grandiosidad del concepto cristiano, alcanzando, á fuerza del trato y comunicación, á identificarse y compenetrarse de tal manera que llegaron á repartirse la gloria de sus creaciones. «Ambos elementos, nacional y semita, representan en nuestra patria los dos principios del dualismo humano — observa oportunamente el señor conde de Morphy en el estudio que citamos en otro lugar, — el alma y el cuerpo, el sentimiento y la sensación, la idea y la forma, la línea y el color, la luz y la sombra, caracterizando la raza, las creencias y la región.» Cierto es que á pesar de la variedad de tales elementos, llegaron á combinarse; pero la división es tan patente, que se manifiesta en todas las creaciones del arte español. D. Quijote y Sancho, personificaciones tan gallardamente trazadas de la hidalguía y caballería y de las maliciosas aspiraciones del vulgo indocto, significaron siempre ese contraste, ese dualismo tan perseguido y satirizado en nuestra patria.

Los hechos demuestran incontestablemente cuán provechosa fué para el arte patrio la recíproca influencia que entre sí ejercieron los árabes y cristianos, á pesar de sus continuos combates y algaradas y de su respectiva y antitética situación. Ya al comienzo de la invasión musulímica continuaron los mozára-

(1) Dice Edrisi, refiriéndose á Medina Xateba.

bes, á juzgar por las descripciones de varios historiadores, las tradiciones artísticas del reino visigodo, y sus arquitectos, tejedores, cerrajeros, armeros y plateros prosiguieron trabajando con sujeción á los antiguos moldes y conceptos, conforme lo atestiguan las obras que han llegado hasta nosotros, salvadas milagrosamente á través de las conmociones de los siglos. Artífices cristianos contribuyeron por su parte á levantar mezquitas y palacios, cuyos restos aún hoy sorprenden y maravillan, debiéndose la construcción de algunas basílicas, castillos y señoriales mansiones á la habilidad é inteligencia de los alarifes árabes.

A medida que los nacientes Estados fueron ensanchando sus límites, obligando á replegarse á los invasores, creció la influencia de la cultura árabe sobre los cristianos, de manera que así como en el período de tiempo que media del siglo VIII al XI se desenvolvió y acrecentó la influencia de los árabes, empezó á crecer del XI al XIII la importancia de la sociedad cristiana, que recogió la tradición artística de sus enemigos para amoldarla á su creencia y constitución. Así vemos que llega un período en que se acuñan monedas con leyendas árabes y latinas y se redactan instrumentos públicos en ambos idiomas; que muchos vocablos árabes forman parte del romance vulgar, y que las joyas, armas y tejidos de carácter oriental sirven de atavío á los castellanos y aragoneses, cual si fuese el gusto dominante, á cuya influencia debieron doblarse.

Como muestra de la compenetración de ambas civilizaciones, basta recordar cuando Alfonso VI sentaba en un trono á la hija de un califa (1); cuando la galantería y el espíritu caballeresco de los omniadas penetraban en los palacios de nuestros príncipes; cuando las joyas, armas y tejidos de carácter oriental eran buscados por castellanos y aragoneses, acomodándose al gusto dominante, desde la India hasta las orillas del Bósforo y desde el Adriático al golfo de Gascuña. Vemos al mismo Alfonso *el Magno* aliarse con Abdalá y traer á su corte dos sabios árabes como preceptores de su hijo. El presbítero Dulcidio se presenta con el carácter de embajador cristiano en Córdoba; reclama los cuerpos de los mártires Eulogio y Leocricia y los obtiene, llevándolos á Oviedo. Durante el siglo XI, y aun posteriormente, una gran parte del ejército del rey moro de Zaragoza era de cristianos; y no sólo podían éstos seguir sus prácticas religiosas sirviendo en tierra enemiga, sino que allí mismo existían también conventos de frailes y de monjas, respetados por los musulmanes. El prototipo del héroe español, el mismo Cid, sirvió muchos años entre infieles. Larga sería la lista si hubieran de enumerarse las alianzas y tratados que registra la historia y que dieron ocasión á combates en que pelearon bajo la misma bandera cristianos y mahometanos contra los de su propia ley y raza.

La Cruz de los ángeles de la Cámara Santa de Oviedo y las más ricas y valiosas joyas que constituyen el tesoro de nuestros más antiguos templos son probablemente obra de habilísimos plateros semitas, ya que la tradición, á falta de artífices cristianos, atribúeles orígenes milagrosos. Olmedo y otras ciudades castellanas hallábanse pobladas de infieles, y algunos monarcas cristianos, como Enrique IV, *comían, bebían, vestíanse y oraban*, según escribía en 1466 el caballero bohemio Tetzal, compañero de Rosmital, *á la usanza morisca*.

Los franceses que vinieron á la conquista de la imperial Toledo fueron las primeras influencias extrañas á los dos elementos peninsulares que cedieron á las influencias del ascetismo, representado por los discípulos de San Francisco de Asís, el más grande de sus apóstoles. Cedió á su vez la corriente de cristiana inspiración; generalizáronse las artes, que no fueron ya patrimonio exclusivo de árabes y judíos; organizáronse gremios, instituyéronse cofradías y ferias en las ciudades principales é inicióse el movimiento

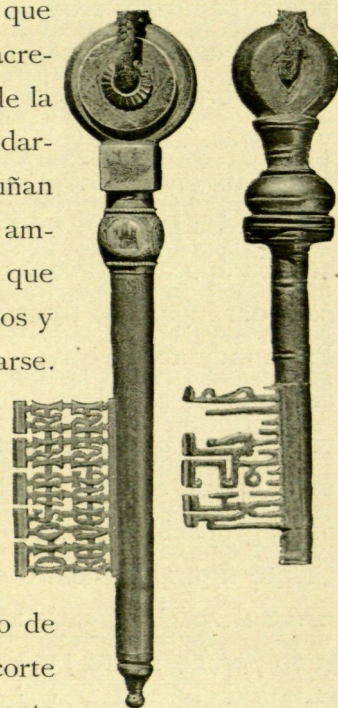


Fig. 33. — Llaves árabes de Sevilla entregadas por el príncipe Axataf á Fernando III el Santo, siglo XIII.

(1) *Arte español en general*, por el señor conde de Morphy.

industrial y artístico para aumento de bienestar y riqueza. Quebrantado el imperio musulmíco con la muerte de Almanzor, recibió mortal herida en las Navas de Tolosa; echáronse los cimientos de nuestras principales catedrales; D. Alfonso el Sabio reunió en torno de sí á los herederos de las academias cordobesas; los poemas del Cid, las obras de Gonzalo de Berceo y del morisco Yusuf dan testimonio de la poesía española, y los trovadores provenzales y catalanes de la protección que en aquellas regiones recibieron las letras. Los caballeros hicieron alarde de valor y gentileza en justas y torneos; resonó en los castillos, convertidos en lugares de placer, el canto de los trovadores, marcándose una división racional entre la poesía popular y erudita, ya se manifieste en el tema predilecto de los artistas y poetas de los tiempos medios, cual acontece en la *Danza general* del judío D. Santo, ó en los frescos del cementerio de Pisa. A la pobreza y austeridad de los primitivos tiempos sustituyó la ostentación en las armas, ropas, arneses y preseas. Todo revela una evolución, denuncia los empeños de aquella sociedad, que tan perfectamente se retrata en el *Arte Cisoria* del marqués de Villena y en el *Paso Honroso* de Suero de Quiñones. Las artes todas inspíranse en los mismos ideales, y quien estudie el proceso de todas las producciones de aquella época observará el movimiento, la transformación evolutiva que paulatinamente se desarrollaba para dar lugar á la formación de los nuevos conceptos literarios y artísticos del siglo del Renacimiento. Parte muy activa corresponde en ese movimiento á los maestros cerrajeros, á juzgar por sus obras, y así debía acontecer, dado su importancia y su abolengo. En Cataluña, y especialmente en Barcelona, centro ya entonces productor por excelencia, reputábase este oficio como uno de los más distinguidos desde remota época, contribuyendo á ello la circunstancia de haber sido de los primeros que constituyeron formal agrupación (1). Así debió ser, puesto que en la de artesanos que en 1257 formaban el Consejo de Ciento figuraban cuatro cerrajeros, constando los nombres de otros gremiales en los libros de *Ordinaciones Consistoriales* de los años 1316 y 1319. En el *Libro Consular* del gremio consta un privilegio otorgado por D. Pedro IV, en Barcelona á 10 de mayo de 1380, aprobando las ordenanzas propuestas por los prohombres con el objeto de reformar la cofradía y montepío de San Eloy. A su vez y posteriormente expidió D. Martín una real cédula en 23 de mayo de 1401, sancionando otras nuevas ordenanzas que, á modo de complemento de las anteriores, dictaban reglas para la admisión de aprendices y oficiales, determinando las atenciones que debían guardarse entre sí los maestros para no perjudicarse. Despréndese asimismo de las anotaciones escritas en el mencionado libro, que la reina doña María dió otra cédula en 4 de agosto de 1448 para el arreglo económico del gremio, muy necesario por el gran desarrollo que había alcanzado la cerrajería, cuyos talleres y artífices hallábanse establecidos en tres distintos barrios, Regomir, Arrabal y Puerta Nueva, aumentándose hasta seis el número de los prohombres que tenían á su cargo la policía y vigilancia de los agremiados de cada barrio. En 1454 D. Alfonso V confirmó otras nuevas ordenanzas, encaminadas á reglamentar las juntas de los gremiales, ya para celebrar la fiesta de su tutelar y patronos, ya para enarbolar el estandarte en los casos en que debían formar las compañías armadas y colocar al gremio en pie de guerra, puesto que no existiendo en la Edad media los ejércitos permanentes, constituía cada clase ó cada agrupación de artesanos, con arreglo al sistema municipal de todas las ciudades, la fuerza armada popular. Ella fué el firme sostén de los fueros y prerrogativas y las más de las veces el poderoso elemento con que contaba la realeza para dominar á los barones que gozaban, como todos los señores feudales, del privilegio de sostener sus respectivos contingentes. En Barcelona, como en las demás poblaciones peninsulares, tuvo su origen la primera organización militar en los gremios, cada uno de los cuales formaba una ó varias compañías, según fuese el número de artesanos afiliados. En los Estados que constituyeron la antigua corona aragonesa es en donde se observa mayor cohesión en esta clase de instituciones, que en algunas localidades, como Cataluña, conserváronse hasta la expugnación de

(1) Campmany.

la heroica ciudad de los Condes por Felipe V, el primer monarca de la dinastía borbónica. Admirable es á todas luces la simple cuanto perfecta organización de los gremios, representantes á la par de las fuerzas productoras del país y su salvaguardia. Aquella fuerza ciudadana, bien pertrechada y equipada, aleccionada en el manejo y uso de las armas, capitaneada por los más ilustres maestros, á quienes debía la enseñanza del oficio, representaba un poder que no han podido significar posteriormente los ejércitos permanentes. Los nombres de sus santos patronos daban título á los tercios, decorando sus imágenes venerandas las banderas y pendones, enseña del gremio ó cofradía, que ya los acompañaba en los festejos públicos ó festividades religiosas, ó bien las ondeaba en los campos de batalla. En Barcelona, al terminar el siglo xv existían tres compañías, compuestas de cerrajeros, espaderos, dagueros, cuchilleros y coraceros, cuyas armas y equipos hallábanse depositados, junto con los de todos los gremios, en el Arsenal, edificio convertido posteriormente en palacio de los capitanes generales y mansión real. En Palma tuvo también la cerrajería gran importancia, conforme lo demuestra el hecho de constar el gremio en 1495 de ciento cinco individuos, que formaban dos compañías, dotadas con ocho corazas, cincuenta y siete espadas, cincuenta y una lanzas, veinticinco rodelas, doce ballestas, cuatro petos y dos coseletes, según se desprende del libro *Mostras generals*, examinado por el erudito arqueólogo mallorquín D. José María Quadrado.

No menos importancia revistió en España la fabricación de armas, ya siguiendo el estilo oriental, ya ajustándose á las tradiciones patrias, conforme lo demuestra el haberse hecho tradicional la pericia y habilidad de los espaderos toledanos, la de los *ferrers de tall* barceloneses, la importancia de los talleres de Almería, Murcia y Sevilla y la estima en que se tuvieron las corazas y espadas fabricadas en Barcelona, desde donde se expedían para todos los países y cuyo gremio tenía en 1257 su representación en los Consejos de la Ciudad.

La absoluta obscuridad que envuelve cuanto se refiere á los nombres de los modestos industriales que en la Edad media construyeron las ejemplares obras que contemplamos con admiración y asombro, privánnos de consignar el de aquellos que debieran figurar en la historia de nuestros más importantes monumentos. Hemos de limitarnos, con harto sentimiento, á escribir, tratándose de la época más gloriosa de la cerrajería, el nombre de un número reducidísimo de maestros. Blay, que en unión de Suñol construyó en 1250 las famosas verjas de la iglesia de Nuestra Señora de París y quizás algunas de la catedral de Barcelona; Martín García, que en 1379, al igual de Eneco ó Iñigo, hallábanse ocupados en sus talleres de Pamplona en la construcción de las planchas y demás piezas de hierro para el montaje (*planchas, cavillas y ligament de la fusta*) de los *caynones* del ejército de Carlos *el Noble*, de Navarra; Bartolomé Morey y Juan Morey, que en 1389 y 1401 respectivamente fabricaron las obras más importantes de cerrajería que existen en la catedral de Palma de Mallorca; fray Francisco de Salamanca, autor en 1493 de la notable verja que, exornada con pináculos, cresterías y el blasón real de Castilla y León, cierra el sepulcro de D. Juan II en la cartuja de Miraflores, y Juan Arnau, *Conceller* de la ciudad de Barcelona y constructor tal vez de alguna de las más notables obras que de aquella época se conservan, ya que da lugar á suponerle especiales conocimientos y reconocida fama como hábil maestro la circunstancia de haber sido elegido por el gremio en 1494 para representarle en el Consejo de la Ciudad.

A pesar de existir en España muchas obras de cerrajería que demuestran por su esplendorosa decoración el buen gusto de los artífices mudéjares, vémonos privados de exponer á la consideración de nuestros contemporáneos el nombre de un solo maestro, puesto que los anales de la cerrajería española no determinan los autores de los trabajos ejemplares que aún admiramos, entre ellos la famosa puerta de la iglesia de Gamonal, construída por los vasallos mudéjares burgaleses, que, conforme puede juzgarse, dedicábanse con tanto provecho al *arte de la frogá*.

Tras el siglo xv, en el que á modo de crisol fundiéronse todas las manifestaciones peninsulares, vino la reforma política y social realizada por los Reyes Católicos, que concentró todas las ideas de ciencia,

arte y progreso, de tal manera que cuando apareció el Renacimiento tenía ya el arte español historia rica y pujante. Las raíces del árbol patrio, repletas de savia, enviaban al tronco corrientes de vitalidad, produciendo hermosos frutos, comenzando para algunas artes sus gloriosos anales modernos.

Ya hemos dicho que durante la Edad media concentráronse en el templo las manifestaciones más importantes del arte; allí en esas construcciones levantadas por la fe y el patriotismo, deben estudiarse esas riquezas artísticas, cuya maravillosa ejecución es aún hoy causa de asombro. No sin respeto pueden examinarse los trabajos en hierro, bronce y metales preciosos, esmaltes, las tallas en marfil, madera y piedras finas, los bordados, encajes y tejidos, los mosaicos, vidrios, pinturas y miniaturas y cuantos tesoros fueron acumulados por aquellos expertos é inteligentes artífices.

En las construcciones civiles, en las moradas señoriales hicieron gala también de su genio y audacia artistas y artífices, utilizando la diversidad de elementos de que disponían. Cubrían los muros de relieves de yeso de dos colores, de gusto árabe-gótico, y los azulejos servíanles de medios de decoración, en tanto que los anchos sillones de baqueta, faldistorios, las arquillas y arcones con aplicados herrajes, cuadros, tapices, armas y otros artísticos objetos constituían el mueblaje y decoración de espaciosos salones, presididos por la monumental y esculturada chimenea de piedra ó mármol, provista de sus correspondientes morillos. En los muros aparecían también las labores de yeso, intercaladas entre las ventanas en forma de ajimez, defendidas algunas por artísticas rejas; los escudos de armas campeaban sobre las caprichosas portadas, y asomaban en el tejado sus fantásticas cabezas las serpientes, dragones y monstruos de las gárgolas ó canalones.

Al finalizar este período, ó sea antes de iniciarse el Renacimiento, traducíanse las obras de cerrajería en forma de pernios, bisagras, cerrojos, rejas, verjas, candelabros, flameros, cerraduras, arquillas, llaves, enseñas, etc., demostrándose el empeño del artífice para convertir, por medio del fuego y con el auxilio del martillo y el yunque, en dúctil y maleable el metal que por su dureza igualaba á su energía. Hasta esta época abrazan los anales de la cerrajería de arte, ó sea aquella que produjo sin el concurso de otras industrias.

En resumen: á fines del siglo xv y comienzos del xvi figuraba España á la cabeza del movimiento industrial de Europa. Toledo, Sevilla, Segovia, Medina del Campo, Valencia, Barcelona y otras populosas ciudades eran los Birmingham, los Manchester, los Sedán y los Lieja en aquella época. Segovia, que producía los mejores paños del mundo, empleaba en su fabricación más de 40.000 obreros; Sevilla tenía en actividad 16.000 telares de seda; Toledo ocupaba en sus industrias de armas y tejidos de seda y lana, curtidos, joyería, platería y guantes cerca de 50.000 operarios, y así Medina del Campo en la fabricación de medias como Valencia con sus famosas sederías y Córdoba con sus no menos celebrados curtidos, sostenían algunos millares de obreros y constituían otros tantos centros de la producción nacional.

Ya hemos expuesto la importancia que revestía la cerrajería en Barcelona, Murcia y otras ciudades peninsulares: réstanos, para completar el cuadro, consignar algunas noticias acerca de la riqueza que por sus abundantes veneros poseían las provincias vascas y el poder industrial que representaban sus herrerías. En el siglo á que nos referimos existían en aquella región más de noventa herrerías mayo-

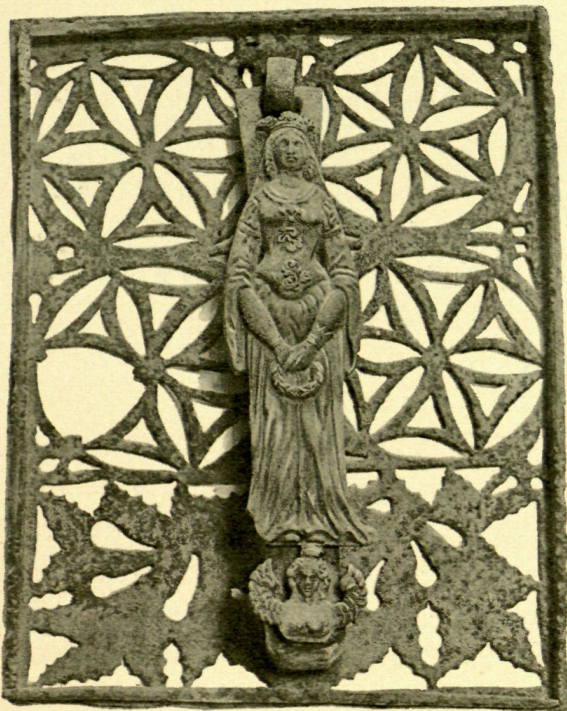


Fig. 34. — Remate, forjado y relevado, de una verja castellana del siglo xvi. (de la colección del Sr. Rusiñol)

res que labraban aproximadamente ciento veinte mil quintales de hierro de todas clases para ser exportado á las demás provincias de la península, así como á Francia, Inglaterra, Flandes, Italia y á las posesiones portuguesas de Asia. Asimismo labrábbase en Mondragón el acero á fuerza de brazos «en herrerías de agua – dice Floranes, – con gran beneficio para el comercio y riqueza de la población.» Que la exportación debía revestir mucha importancia, demuéstalo la exposición que en 1499 elevó el Señorío de Vizcaya, manifestando que el aumento de su población y riqueza debíase á la industria de labrar el hierro, por cual motivo no se sacase vena bajo grandes penas, y á esta petición acudieron entonces los Reyes Católicos.

No menos notables eran las armerías de Plasencia y Tolosa, en las que fabricábanse arcabuces, mosquetes, «coseletes, arneses y rodela de fierro para homens y cavallos, de orden S. M., dejando la pelotería de tiros para la ferrería y ingenio de Eugui, que es en Navarra» – según expresa Floranes. – En Mondragón, San Sebastián, Eibar, Vergara y Elgóibar construíanse todo género de armas, tales como espadas, ballestas, cuchillos, picas, lanzas, dardos, azconas, venablos, jinetas, alabardas, partesanas, hachas, azuelas, etc.

A partir del siglo XVI, el cincelado y el relevado contribuyen más y más al embellecimiento de las piezas de cerrajería, menguando la importancia de los forjadores á medida que aumenta la belleza de los adornos. El cerrajero desaparece ante el cincelador, el obrero ante el artista, y la cerrajería propiamente dicha queda relegada por lo que pudiéramos llamar orfebrería de hierro, ya que de tal puede calificarse el arte que tiene por objeto esculpir el metal.

Los artistas parece que se complacen en someter á sus ingeniosos caprichos la rebelde materia, ejecutando obras de extraordinario mérito, convirtiendo en joyas, en obras de arte, las que antes eran sólo producto de una industria. Abandonáronse por completo las ojivas, tracerías y macollas, para adoptar formas sacadas de los elementos arquitectónicos de la época, exornándose las obras con admirables bajos relieves, trabajados primorosamente y ejecutados con tal delicadeza, que parece como si el metal adquiriera, entre las manos de aquellos artífices, excepcional ductilidad (fig. 34). Las figuras, hojas, grupos de frutos, medallones, remates de forma piramidal, terminados por elegantes pináculos de gusto diverso al empleado en la época anterior, son los principales elementos utilizados por la cerrajería y que se observan especialmente en las grandes verjas que sirven de cierre á algunas capillas de nuestras catedrales. Cuanto á las bisagras, chatones, llamadores, cerraduras, etc., convirtiéronse en otros tantos objetos que contribuían á decorar las puertas y muebles, combinados las más de las veces con el oro y la plata, cuyas aplicaciones á los muebles en forma de placas, transformábanlas en obras de arte, en cuadros esculpidos por sus preciosos bajos relieves. Los principales motivos de decoración de estas piezas consistían en grupos de sátiros ú otras caprichosas figuras, ya fantásticas en su totalidad ó compuestas de la forma humana, de cuya parte inferior arrancaban ingeniosos follajes.

De ahí que maestro tan inteligente como el francés Mathurin Jousse, á pesar de su extraordinaria destreza y habilidad, reconocíase impotente para igualar á sus predecesores, lamentando en su *Théâtre de l'art* que «los constructores de tan admirables obras no hubiesen escrito los procedimientos por ellos adoptados para ejecutar sus maravillosos trabajos, transmitiéndolos á la posteridad.» Ya hemos dicho que hasta el siglo XV no disponían los cerrajeros de otro medio auxiliar que el martillo y el yunque, comprendiéndose la suma de esfuerzos, destreza é inteligencia que precisaban para la ejecución de una obra de importancia. Especialmente las grandes verjas que sirven de cerramiento en las capillas de nuestras severas catedra-

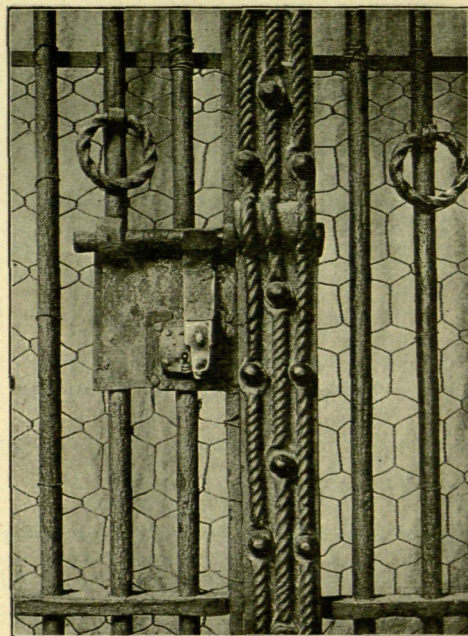


Fig. 35.-Cerradura de verja. Claustro de la catedral de Barcelona, siglo XVI

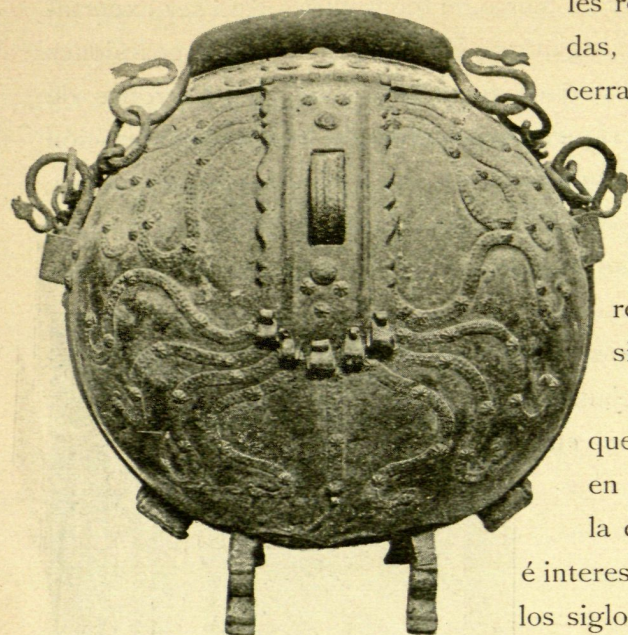


Fig. 36. - Polvorera francesa del siglo XVI
(de la colección del Sr. Rusiñol)

les representan múltiples operaciones, millones de veces repetidas, con igual destreza, con el mismo resultado. Las preciosas cerraduras y caprichosos pernios, fantásticos aldabones y pestillos (fig. 35), así como esas innumerables piezas de elegante dibujo que completaban el embellecimiento de los suntuosos aparadores, credencias, arcones, etc., fijadas sobre trozos de terciopelo, que constituían el fondo de sus caladas labores, demuestran la incomparable habilidad de aquellos peritísimos forjadores.

Justo es consignar que el concurso de otras ramas del arte que contribuyeron á embellecer las obras de hierro ejecutadas en el siglo XVI, si bien variaron los conceptos industriales de la cerrajería, avaloraron sus producciones, dándoles un nuevo é interesante aspecto. Cierta es que desapareció la sencilla robustez de los siglos anteriores; pero en cambio dióse á las obras mayor delicadeza, imprimiendo en ellas el sello del refinamiento y del buen gusto, aparte de esa exquisita destreza en la ejecución de las obras, que per-

mite admirar la ingeniosa fantasía de los artífices, ante la que desaparecía lo grosero y rudo de la materia empleada. Delicada muestra de ello son las cerraduras, llaves, cofrecillos, estuches, broches de escarcela y otros mil objetos (figs. 36 y 37) cuyas líneas y decoración revelan ya una educación artística en los constructores. No se crea, sin embargo, que los principales maestros cerrajeros del Renacimiento dedicábase únicamente á la construcción de esas mil monadas, de esos mil variadísimos objetos creados por la moda ó el capricho, verdaderas piezas de orfebrería, puesto que si bien en todos los países producíanse, empleaban aquellos artífices su ingenio en empresas de mayores alientos. Esta multiplicidad de aplicaciones demuestra sólo, á nuestro juicio, la gran estima en que se tuvo esta industria y el grado de perfección que

alcanzó, considerándosela como un arte noble, al que no desdénaban dedicarse en sus ratos de ocio los grandes señores y aun los monarcas, Carlos IX de Francia entre ellos (1).

Sólo á título de curiosidad hacemos especial mención de un ejemplar tan raro como interesante que llama justamente la atención entre los muy valiosos que constituyen la colección Sauvageot. Trátase de una pieza ornamentada á semejanza de los cofrecillos de la misma época, delicadamente grabada y relevada, formando bellos entrelazos, hallándose dotada de un mecanismo tan ingenioso como diabólico. Conocíase la bajo la denominación de *poire d'angoisse*, pera de angustia. Su uso y aplicación era tan cruel como criminal. Afectaba la forma de una pera, que introducida en la boca de la víctima aumentaba su volumen, por efecto de la separación de las cuatro secciones de que constaba, movidas por un resorte que funcionaba por medio de una llave, obligando al paciente á mantener la boca muy abierta, imposibilitándole de lanzar el menor grito en demanda de auxilio (2).

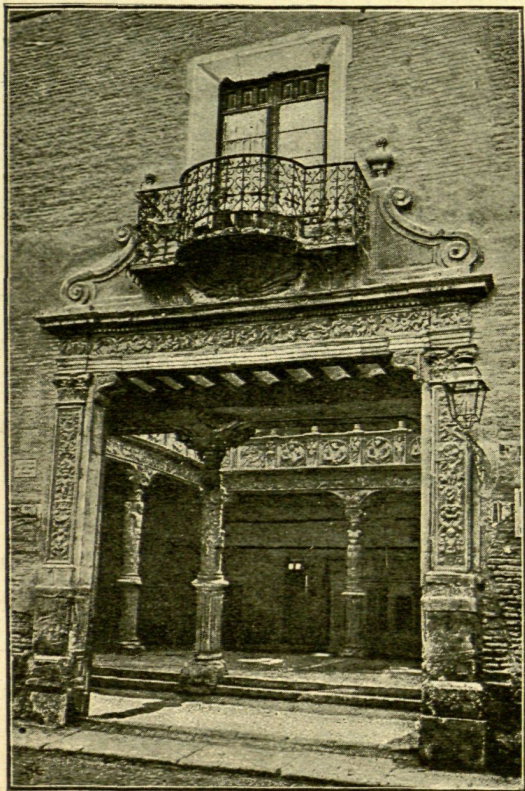


Fig. 37. - Balcón de la casa de la Infanta en Zaragoza, 1550

(1) *Les princes eux memes, du reste*, dice Brantome, *prenaient plaisir á forger.*

(2) Acerca de este instrumento de cerrajería, que pudiéramos llamar criminal, léese en la «*Histoire générale des larrons;*» Palioly (*voleur célèbre*) fit

Los muebles de hierro, ya en forma de camas, arquillas, cofrecillos, trípodes, etc., tuvieron en grande estima durante el Renacimiento, adoptándose la estructura antigua y embelleciéndolos con los elementos y estilo de la época. La notabilísima papelerera que se supone perteneció al emperador Carlos V y que se conserva en la Armería Real de Madrid (fig. 39), es un claro testimonio del adelanto y perfección que alcanzó la cerrajería. Aparte de la importancia que reviste como obra de indiscutible mérito, hállase avalorada por el recuerdo histórico que encierra. Afecta la forma rectangular, dividida en recuadros por medio de una estrecha faja, ostentando profusión de grabados. Cada uno de los recuadros con viértese en un cajón, en cuyo centro figura una roseta ricamente calada y dorada. A este grupo corresponden, como obras realmente ejemplares, la colección de cofrecillos que se conservan en el Museo de Cluny, algunos de ellos ostentando la simbólica salamandra de Francisco I, así como el que figura en el Museo Municipal de Venecia, varios marcos relevados y damasquinados para

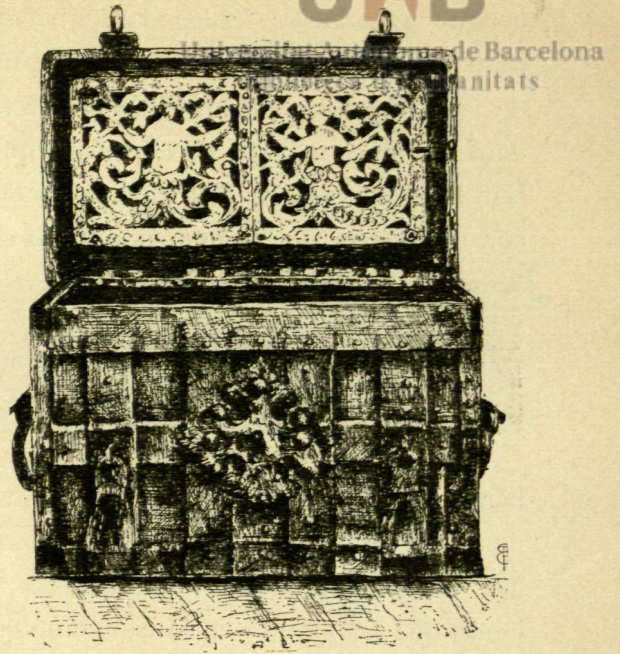


Fig. 38. - Caja de caudales, que perteneció á uno de los buques de la armada *Invencible*, siglo XVI

encuadrar las célebres lunas venecianas, entre ellos el que formaba parte de la colección Spitzer y que se supone perteneció á Diana de Poitiers, modelo de ejecución y de buen gusto. Interesantísimos son también los facistoles de hierro forjado, los candeleros, flameros y candelabros, así como los trípodes venecianos destinados á sustentáculos de aguamaniles, en cuya construcción elegante y caprichosa lograban los cerrajeros de la ciudad de las lagunas dar al hierro formas inconcebibles, retorciendo las barras del metal afectando espirales, cubiertos de hojas y flores y de formas tan complicadas como ingeniosas. Réstanos llamar la atención de nuestros lectores respecto de otro mueble de hierro, de gran aplicación en nuestra época, que revistió caracteres marcadamente suntuarios en el siglo XVI. Nos referimos á las camas, que fueron asimismo objeto de predilección para aquellos artífices, citando como tipo la que posee en su colección el distinguido pintor catalán D. Santiago Rusiñol, anteriormente mencionado, modelo de trabajo de forja, embellecida su testera y los remates de las columnas con grupos de follajes y flores magistralmente relevados.

En las llaves y cerraduras es en donde se evidencia de modo indiscutible la pericia y exquisito gusto de los maestros cerrajeros. Algunas de éstas hállanse decoradas con primorosos relieves que se asemejan á verdaderos cuadros, cual acontece con la que formó parte de la colección Spitzer y figuró en la exposición retrospectiva celebrada en el Trocadero el año de 1889, cuyos bajos relieves representan el Juicio final; otra de la colección de M. Sauvageot, exornada con bonitas estatuas cobijadas en airosos doseletes;

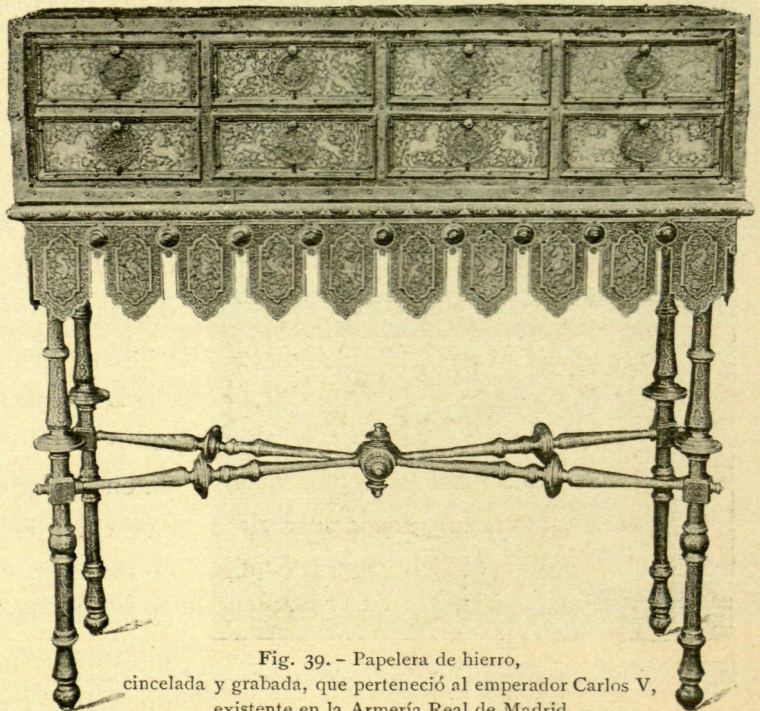


Fig. 39. - Papelerera de hierro, cincelada y grabada, que perteneció al emperador Carlos V, existente en la Armería Real de Madrid

connaissance avec un serrurier qui étoit fort subtil et adroit, où il fit faire un instrument á qui il donna le nom de poire d'angoisse, instrument diabolique tout á fait, et qui á fait de grands maux dans Paris et toute la France... Le premier qui éprouva cette maudite et abominable invention fut un gros bourgeois des environs de la place Royale, homme riche, opulent et qui avoit des grandes commodités.

las que procedentes del legado del barón de Mazis existen en el Museo de Cluny; la interesante caja de caudales de uno de los buques de la armada *Invencible*, que se conserva en Londres (fig. 38), en el fondo de cuya tapa represéntanse dos sirenas, combinadas con bonitos elementos de decoración, y por último, entre las muchas obras de esta clase que existen en España, las notables cerraduras del Monasterio de San Lorenzo del Escorial, cuya sobriedad de adornos y severidad de líneas están en completa armonía con el carácter del monumento. «Las cerraduras — dice M. Labarte — construíanse con tal grado de perfección y sus labores eran tan delicadas y acabadas, que se consideraban como objetos de arte, cuyos poseedores trasladábanlas á los lugares donde fijaban su residencia, cual podían efectuarlo con los muebles de alto precio. De ahí que las llaves sean no menos importantes, pues que guardan relación con las cerraduras y su decoración se armoniza con la de aquéllas. Variadísimas son sus formas. Las guardas, provistas de gran número de dientes, ostentan prolija labor, que se observa en la caña de algunas, redonda ó estriada, para terminar en un motivo caprichoso, sin que en ellas se observe la menor soldadura, ya que toda la construcción ejecutábase únicamente con el auxilio de la lima y el buril. Las llaves italianas de este siglo distínguense por su riqueza decorativa, cuyos motivos son los distintivos del Renacimiento. Recordamos á este propósito un bellissimo ejemplar existente en la colección del barón A. de Rothschild, que ostenta dos quimeras sosteniendo el escudo de armas de los Strozzi, por el que abonó el opulento coleccionista la crecida suma de 35.000 francos. Complemento de las llaves y cerraduras son las boquillas ó escudetes que se aplicaban á las arquetas y arcones y cuya decoración ajustábase también al gusto y estilo de la época, ya ostentando las águilas austriacas, bichas, quimeras, sirenas y cuantos motivos distinguen el estilo imperante. No menor interés ofrecen los pestillos y cerrojos, de los cuales tan bellos tipos consérvanse en nuestras catedrales, mereciendo citarse por su significación el cerrojo de la puerta llamada del Pretorio de la casa de Pilatos de Sevilla, que, aunque construído en el siglo XVI, es un bello ejemplar, por su forma y estilo, de la cerrajería morisca (fig. 40).

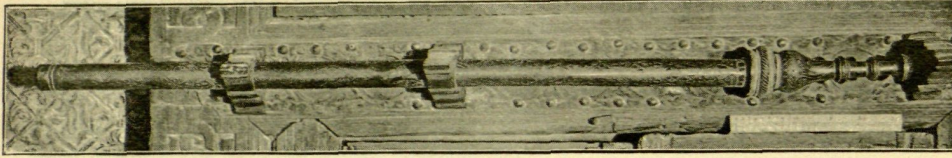


Fig. 40. — Cerrojo de la puerta llamada del Pretorio en la casa de Pilatos de Sevilla, siglo XVI

Toledo, Salamanca, Palencia, Madrid y otras ciudades españolas guardan en las puertas de sus templos y casas señoriales preciosos clavos ó chatones, bullonados, calados, con roeles, claveras estriadas de una ó varias piezas (figs. 41 y 43), obra alguno de ellos de maestros tan distinguidos como lo fué Cristóbal de Andino. En las valiosas colecciones de D. Nicolás Duque, de Segóvia, y de D. Santiago Rusiñol, de Barcelona, existen numerosos ejemplares, suficientes para dar idea exacta de la inagotable fantasía de los cerrajeros españoles y de los elementos por ellos utilizados para la construcción de estas piezas.

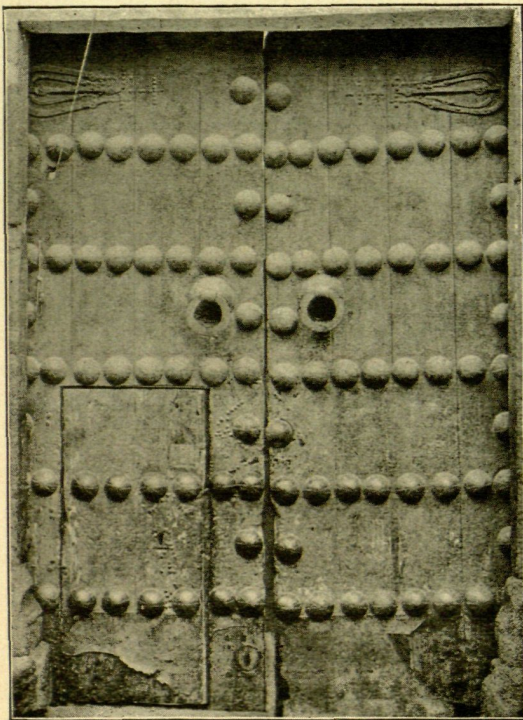


Fig. 41. — Chatones de la puerta del convento de San Antonio en Toledo, siglo XVI

Las enseñas ó muestras industriales dieron también pretexto en este siglo á los cerrajeros para manifestar su ingenio, ya en la perfección de la obra ó en la representación simbólica de la industria anunciada. Francia y Alemania son los países en donde tuvieron mayor aplicación, si bien en todos utilizóse el medio de señalar de modo visible determinados edificios, puesto que no se había adoptado todavía el sistema de su numeración. En algunas casas señoriales, además de los emble-

mas, se utilizaban también para señalar de modo visible determinados edificios, puesto que no se había adoptado todavía el sistema de su numeración. En algunas casas señoriales, además de los emble-

mas heráldicos combinados arquitectónicamente en sus portadas, ostentaban en la parte central del barandaje escudos ó cifras de hierro forjado ó relevado, figurando encima de la puerta de los establecimientos, y siempre en saledizo, su muestra ó enseña, consistente en una gran llave para las cerrajerías, un león sujetando una caja para los constructores de las que servían para guardar caudales, un colosal racimo con varios pámpanos indicaba las tabernas, y figuras de animales, santos ú otras alegóricas representaciones servían para anunciar las hosterías y varias industrias. También mostraron los artífices herreros su habilidad en las graciosas veletas que supieron ejecutar y que aún ostentan gallardamente algunos edificios en sus elevadas agujas (fig. 42).

Los llamadores ó aldabones afectan, como es consiguiente, distinto carácter y estilo que los del período anterior, sin que por esto dejen de ser muy dignos de estudio por no ser de inferior mérito (figs. 44 á 46). Sus temas decorativos consisten en sátiros, en trelazos, monogramas, animales fantásticos, bichas y sirenas de delicadas formas, acentuándose de tal manera esta clase de representaciones á fines del siglo XVI, que puede decirse que el Olimpo pagano desterró por completo al Paraíso cristiano.

Italia, cuna del nuevo estilo y de dos colosos del arte, que se llamaron Miguel Angel y Cellini, produjo piezas notables de cerrajería, algunas de ellas propias y exclusivas, como lo son los grandes faroles destinados á iluminar los amplios corredores ó galerías y las escaleras de los palacios de los magnates, así como los faros de la costa y las galeras, y las puntas ó remates de las góndolas. Las mansiones señoria-

les de Venecia conservan todavía ejemplares de esos gigantescos y majestuosos faroles, exornados con follajes, banderolas, figuras delicadamente cinceladas, completando su decoración sus dorados frisos. Entre los muchos que pudiéramos citar, mencionaremos el construído por Garzoni al finalizar el siglo XVI, para el Gran Maestre de Malta, y el aún existente en el Palacio Strozzi de Florencia, construído por el célebre cerrajero florentino Nicolo Graoso Caparra, que se asemeja á un pequeño pabellón de carácter arquitectónico, adornado con cornisas, columnas, capiteles y un estrecho remate formado por agudas puntas.

También las góndolas recibieron de la cerrajería la parte más bella de su decoración. El herraje de esta clase de embarcaciones, muy sencillo al principio, fué complicándose y apurándose su embellecimiento, en igual medida que se acrecentaba el buen gusto, la habilidad de los cerrajeros y el lujo y ostentación de la república veneciana. A fines de esta centuria y con motivo de las fiestas celebradas por la reina del Adriático, no sólo exornáronse las góndolas que en ellas tomaron parte con preciosas esculturas y dorados, sino que también colocáronse en la proa y en la popa preciosos herrajes á modo de espolones, representando pájaros, dragones y animales fantásticos. En tal forma hallábase decorada la góndola que condujo al embajador de Francia en su visita oficial al Dux en 1582, así como las demás que le sirvieron de escolta. «Los hierros — decía el diplomático francés á su gobierno — representaban un dragón el de la proa y un delicado ramaje el de la popa, siendo ambos resultado del trabajo ejecutado por una habilísima mano que sabe obtener del hierro cuanto es posible alcanzar.» A una góndola de esta clase pertenece sin duda el elegante herraje recurvado existente en el Museo Municipal de Venecia, cuyo trabajo de forja está ejecutado con admirable delicadeza y precisión. Está exornado con amorcillos,

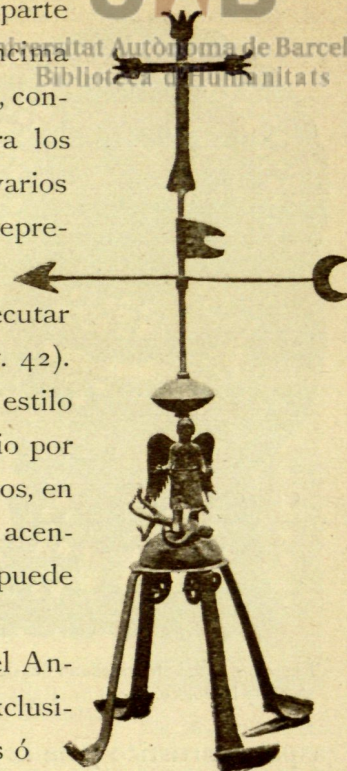


Fig. 42. - Veleta del siglo XVI, (de la colección del señor Rusiñol)

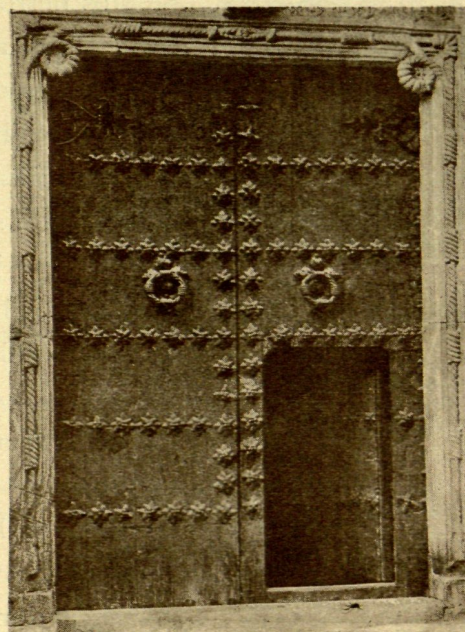


Fig. 43. - Chatones de la puerta de una casa de la familia Alegre en Toledo, siglo XVI

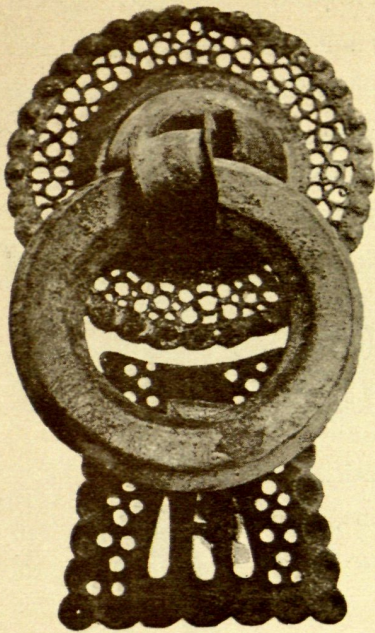


Fig. 44. - Aldabón castellano del siglo XVI (de la colección del Sr. Rusiñol)

monstruos marinos y coronas heráldicas labrados primorosamente (fig. 47). Bello es el cuadro que en esta centuria ofrece la cerrajería en los distintos países, pues en todos produjo obras que revelan su prosperidad y progreso. Los maestros flamencos distinguieronse por sus preciosas arañas; Alemania puede citar el nombre de Thomas Rucker, que tuvo alientos para construir el famoso trono adornado con gran profusión de estatuas, que la ciudad de Augsburgo ofreció en 1577 al emperador Rodolfo II, hoy mutilado y maltrecho, puesto que algunas de las figuras que lo decoraban formaron parte últimamente de la colección Spitzer; Francia registra en sus anales los nombres de maestros tan distinguidos como Guillaume de Moussey, cerrajero de Francisco I; Mathurin Jousse, el autor del *Theatre de l'art*; Jacques Audrouet (a) Du Cercau, al que se deben, y también á sus discípulos, esas bellísimas piezas que han de considerarse como producto de la orfebrería de hierro y á Antoine Jacquart, de Poitiers, no menos notable que los anteriores.

Los cerrajeros franceses, que en las pasadas centurias veíanse obligados, al igual de los maestros de los demás países, á producir bajo el doble aspecto artístico y de la conveniencia de la seguridad por la ausencia de garantías, nota característica de los tiempos medios, gozaron, al iniciarse el Renacimiento, de los beneficios que reportó á aquellas sociedades la completa transformación de las costumbres, de la organización de los Estados y de la evolución artística, haciéndose más sensible el cambio por efecto del progreso realizado asimismo por las demás industrias, las cuales procuraron, como es consiguiente, medios y ocasiones para que los cerrajeros pusieran mayor empeño en sostener la primacía de la industria, perfeccionando los procedimientos á fin de ajustar sus obras á las condiciones de las demás artes. Quizás los nuevos ideales, conceptos y procedimientos influyeron para determinar una nueva fase en la cerrajería; pero si á tales causas se debió la transformación, hay que confesar que no perdió aquélla su importancia; pues las obras revistieron, como antes, sus magistrales cualidades de ejecución. Lo único que aconteció fué el cambio de caracteres, ya que necesariamente habían de ser otros los que informaran al entrar la industria en nuevas vías y seguir distintos derroteros.



Fig. 45. - Aldabón castellano del siglo XVI (de la colección de D. Santiago Rusiñol)

La carpintería, que anteriormente había sido en cierto modo feudataria de la cerrajería, pues sus producciones servían sólo de medio, de fondo en donde fijar los herrajes, convirtiéndose en compañera de ésta, y aunque las obras de hierro aplicábanse también á las de madera, no destacaban única y exclusivamente, pues sólo servían para completar, para armonizar el conjunto. De ahí que los cerrajeros trataran de simplificar y que sus producciones no fuesen tan pesadas, ni opusieran como antaño grandes masas, cuyas labores no siempre podían ocultar la rudeza del metal. Operóse, pues, un cambio radical y completo, poniendo los artífices particular empeño en acentuar la delicadeza y la elegancia de las obras que ejecutaban. Muestra de ello nos ofrece Francia en los numerosos trabajos que por encargo del cardenal de Amboise ejecutaron en Gaillon los maestros Jean Piesseval, Pierre Lejeune, Gilles du Mesnil y Michel Le Cerf, y los no menos notables que por mandato de Francisco I llevó á cabo en los castillos de Fontainebleau y Villers-Cotterets el habilísimo Antoine Morisseau.

El cambio de costumbres, de ideales y de organización política no influyó

de tal manera para que se desterrasen antiguas precauciones, y el temor, la desconfianza y el deseo de afianzar la seguridad personal en el hogar, continuaron enseñoreándose del ánimo de los magnates y ciudadanos, quienes acudieron, al igual de sus antecesores, á la cerrajería para lograr su tranquilidad. Ejemplo de esta preocupación nos lo ofrece Enrique II, que tan galante como celoso, hizo colocar puertas de hierro en la chimenea de la cámara de Diana de Poitiers, fuertes cerrojos en las habitaciones ocupadas por la reina, en los de Margarita de Francia y hasta en las puertas que daban acceso á las dependencias de servicio y escaleras secretas. Asimismo dispuso que se colocaran fuertes rejas de hierro en todas las chimeneas, y cambió á los pocos días del fallecimiento de su padre las guardas de las cerraduras, de manera que todas pudieran ser abiertas con la misma llave que siempre llevaba consigo (1). No se construían, pues, aquellas maravillosas rejas, ornato de los templos y complemento suntuoso de las severas construcciones religiosas del período gótico, ni las fuertes rejas destinadas á proteger las ventanas, provistas de barbadas puntas; pero utilizábase la reja de hierro, sencilla y robusta, para desempeñar su principal y obligado oficio.

Las obras ejecutadas durante este período no ofrecen ciertamente los caracteres de grandeza y varonil esfuerzo que distinguen á las del precedente; pero en cambio presentan cierta delicadeza, finura y primorosa ejecución, propia de las creaciones del Renacimiento. Aquellas piezas monumentales labradas con tan extraordinario esfuerzo en las anteriores centurias, sometidas á la acción de la fragua y del yunque millares de veces, y cuya labor precisa y acabada sorprende y maravilla, sustituyéronse por otras de menores dimensiones con notables relevados, grabados y cincelados, cuyas líneas y motivos de extraordinaria elegancia revelan ya un gusto depurado, propio de un estilo engendrado por los nuevos ideales artísticos y por la transformación política de los pueblos que emprendían nuevos y deseados derroteros. Los productos de la cerrajería perdieron sus caracteres de dureza, hasta el punto de que su aspecto, en vez de despertar el concepto de la violencia, de la acción y de la fuerza, indica la perfección, la elegancia y delicadeza de las obras de orfebrería. Para convencerse del alcance de tal transformación, basta sólo comparar las obras ejecutadas en los siglos xv y xvi. Los castillos de Fontainebleau, Ecouen y Anet contienen excelentes ejemplares de la cerrajería de este período, ejecutados por artífices como Antoine Morisseau, Guillaume Herard, Mathurin Bon, Gilbert Drouys, Adam Bontemps, Michel Suron, Jean Duchesne y Jacques Martín, de Lyon, á quienes el arte de trabajar el hierro en la vecina nación debe una de sus más brillantes y gloriosas fases.

Los nuevos elementos de que podían disponer los cerrajeros y los modernos conceptos artísticos fueron causa para que se operase una transformación completa, ya en la parte técnica ó de procedimiento, ya en la de embellecimiento ó de ornamentación, puesto que la cerrajería no podía constituir una excepción entre las demás industrias que debieron variar radicalmente los motivos ornamentales hasta entonces empleados para la decoración de sus producciones. Los modelos únicos de la antigüedad suministraron á los cerrajeros elementos decorativos, un tanto remozados por la fantasía, pero adoptados con tanto entusiasmo, que esta que pudiéramos llamar restitución ó evocación artística de otras épocas, tuvo tan fervorosos prosélitos que se perpetuó hasta la siguiente centuria, en la que hubo inteligentes y apasionados imitadores, á juzgar por las colecciones de dibujos que legaron P. Clary en 1614, Lyonnois en 1620, Pasquier de Focamber-



Fig. 46. - Aldabón castellano del siglo XVI (de la colección del Sr. Rusñol)



Fig. 47. - Espolón de góndola veneciana, siglo XVI

(1) *Avec la clef que le roi porte et qui passe par toutes* - dice la nota explicativa correspondiente á una partida que figura en *Les comptes des Batiments*.

ge en 1625, Mathurin Jousse en 1627, Honorat Tacussé en 1630, Hugues Briseville en 1663 (1), F. Tijou en 1670 y Robert Davesne en 1687.

Cuanto á España, cuenta con una pléyade de maestros, á los que se ha denominado *rejeros*, por constituir las rejas sus más importantes obras, que superan á las ejecutadas en los demás Estados de Europa. Maese Pedro es el primero que figura entre los que florecieron en la décimasexta centuria, á quien debe Toledo la verja de la capilla de San Eugenio en la catedral, ejecutada en 1500; síguele en 1503 Antón de Viveros, constructor de la reja que cierra el coro de la catedral de Murcia, de retorcidas barras, gallardas cresterías flamígeras cubiertas de oro y puertecillas de arcos conopiales; Guillermo Ervenat, que en 1517 fabricó la del presbiterio de la catedral pamplonense, cuyo nombre dejó trazado por medio de caracteres monacales en la calada cenefa; el maestro Bartolomé, á quien debe Granada la portentosa verja de su capilla Real, en donde descansan los restos de los Reyes Católicos, terminada también en 1517; Juan Francés, á quien y entre otras obras debe Alcalá de Henares la artificiosa verja de su Colegiata, construída en 1519, y Toledo la de la capilla mozárabe de la metropolitana, ejecutada en 1524; el apodado Lemosín, que no por desconocerse su verdadero nombre hemos de callar su personalidad, que en 1520 llevó á cabo la construcción de la verja de la catedral de Cuenca; el maestro Hilario, á quien debe la catedral burgalesa sus más notables obras de cerrajería, á cuyos trabajos dió comienzo en 1523; Domingo Céspedes, autor en 1529 de la reja plateresca pintada de rojo y oro que cierra la capilla de los Reyes Viejos y la del coro en 1565 en la catedral primada; Cristóbal de Andino, que en 1532 fabricó la de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos; Nicolás de Vergara, á quien debió Alcalá en 1545 las verjas sembradas de follajes y mascaroncillos, que limitaban el sepulcro en donde descansan los restos del gran cardenal Cisneros; Francisco Villalpando, autor en 1548 de la soberbia reja de la capilla mayor de la catedral toledana, obra elegantísima y modelo del estilo plateresco; Francisco Martínez, que en 1554, según reza la inscripción, construyó la verja de la iglesia parroquial de Medina de Rioseco, embellecida con bustos, trofeos y demás motivos platerescos, que cautivan por su atinada combinación; el maestro Guillén, famoso herrero compostelano, que en 1560 fabricó la airosa, sencilla pero notable reja que, coronada con los escudos de los fundadores y adornada con las simbólicas conchas, cierra la capilla del hospital Real de Santiago de Galicia; Rui Díaz del Corral, cuñado de Villalpando, que en 1564 ejecutaron la preciosísima verja que cierra el altar donde se venera en la catedral de Toledo la efigie de la Virgen de la Blanca, notable por sus frisos, columnas y cornisas, así como por su decoración, consistente en escudos de armas, jarrones, grotescos, angelitos y otros caprichos de gallarda invención y acabada labor; Fernando Bravo, colaborador de Céspedes y Villalpando en las verjas de la catedral primada, que murió en 1515 y de cuyas obras decía Méndez Silva «que la destreza del arte en lazos y relieves, más parece parto de la naturaleza que habilitado ingenio;» Juan Corbella, que en 1570 auxilió á los Vergaras, padre é hijo, en la construcción de las atrileras ó facistoles de la catedral de Toledo; Hernando de Arenas, de quien son obra algunos herrajes de la catedral de Cuenca y varias verjas que construyó en 1578, y por último, el catalán Juan Colomer, habilísimo maestro, que figuró como Conceller de Barcelona en el año 1588.

Curiosa es en extremo la evolución artística realizada en España durante el transcurso del siglo XVI, ya que se observan dos tendencias como consecuencia del nuevo estilo y de los conceptos que iban informando las manifestaciones artístico-industriales. España sucumbió á la corriente imperante; pero como país culto, con tradiciones y abolengo artístico, adaptó sus elementos á los prestados, creando un estilo propio, como resultado de la conjunción. Tal puede observarse en las construcciones arquitectónicas y

(1) La colección de modelos dibujados por este distinguido cerrajero francés fueron cuidadosamente grabados por otro no menos célebre artista, Jean Berain. «*Diverses pièces de serruriers inventées par Hugues Briseville M. serrurier à Paris, et gravez par Jean Berain, à Paris, chez N. Langlois.*»



REJA DE LA CAPILLA DE LOS REYES CATÓLICOS DE LA CATEDRAL DE GRANADA

LABRADA POR EL MAESTRO BARTOLOMÉ EN 1520 (DE FOTOGRAFÍA)

en las producciones todas del primer período que constituye la nueva fase artística del Renacimiento español. Obsérvanse los empeños de aquellos artistas luchando entre la timidez y el vago deseo de la novedad, comenzar indecisos mil caprichosas combinaciones de las formas tradicionales con las nuevas labores, uniendo y combinando los doseletes y cresterías con los festones, ángeles y trofeos, de manera que parece como si se desgajaran los elementos del arte gótico para enriquecer los del naciente estilo plateresco. Formado y cultivado por artistas españoles durante el reinado del emperador Carlos V, perpetuóse hasta dentro del reinado de su hijo Felipe II, al que se deben quizás los más bellos edificios, que compiten por la gracia, originalidad y exquisito gusto con los proyectados en sus respectivos países por Bramante, el Rosso, Delorme, Bullant, etc. Iniciado por el célebre maestro Enrique Egas, Pedro de Ibarra y sus discípulos, á quienes tan espléndidas creaciones debe el arte español, presto contó con una falange de inteligentes é inspirados intérpretes que compitieron á porfía y dentro de su respectiva esfera de acción en engalanar el nuevo estilo con elegantes líneas y proporciones. Cristóbal de Andino, Juan de Badaoz, Machuca, Covarrubias, Siloe y Borgoña forman la vanguardia, la primera línea de ese ejército de artistas cuya misión quedaba circunscrita á la propagación de los novísimos ideales, constituyendo los primeros fulgores que al germinar en el cerebro de Miguel Angel iluminaron intensamente el mundo del arte.

La segunda fase puede considerarse como reflejo fiel del estado político y social de nuestra nación, como trasunto del grave y austero misticismo que caracteriza el espíritu y el gobierno del monarca que regía los destinos de España. A él se debe, tal vez, el primer empeño de buscar en las producciones del arte un símbolo de su carácter, de su modo de ser, sustituyendo á los órdenes acumulados y sobrepuestos del Renacimiento un orden único y grandioso, el *greco-romano*, que iniciado severo y desnudo en las primeras construcciones, manifiéstase en su completo desarrollo en el Escorial, cuna y futura escuela de esclarecidos artistas.

De ambos estilos, plateresco y greco-romano, participan como es consiguiente las obras de cerrajería correspondientes á los dos períodos que abraza este siglo, distinguiéndose muy particularmente las producciones de los maestros *rejeros*, tan interesantes cual lo fueron las del siglo anterior, aunque sea distinto su carácter y otras las formas de su decoración. Ya hemos dicho que á los trabajos de forja y martillo empleados en las anteriores centurias juntáronse el relevado y aun el cincelado, y que los bustos, flameiros, medallones, bichas, cariátides, estatuas y aun grandes composiciones con muchas figuras, por lo general en relieve, constituían los elementos decorativos de esta clase de obras, combinados asimismo con grecas, flores y hojas, avalorado todo por el oro, la plata y los colores, de manera que con los espléndidos coronamientos con que terminaban producían un efecto tan agradable como suntuoso y de carácter esencialmente artístico. Toledo, así como Sevilla, Burgos, Granada, Santiago, Murcia, etc., guardan en sus catedrales un número de obras de género que revisten excepcional interés, así por su importancia como por el mérito de los artífices que las construyeron. Las verjas del presbiterio y del coro de la referida catedral primada deben citarse como notables ejemplares de esta época. La primera fué obra del famoso maestro Francisco de Villalpando, émulo de los Borgoña y Berruguete, quien invirtió diez años en su construcción, dando feliz remate á tan soberbio trabajo en 1548 (1). Asiéntase la verja, cuyo coste ascendió á la importante suma de 115.150 pesetas (2), sobre un robusto zócalo de mármol con aplicaciones de bronce, que limita por completo el presbiterio, á excepción del espacio destinado al ingreso. Consta la verja de dos elegantes cuerpos, de estilo perfectamente plateresco, cubiertos sus frisos y los netos de las bellas columnas que dividen los espacios del primer cuerpo de delicadas labores y motivos en bajo relieve, sirviéndole de coronamiento gran número de candelabros, flameiros, bustos y escudos heráldi-

(1) «Diez años, dice Méndez Silva, asistieron en su labor oficiales sin cuento, y á haberse forjado de líquida plata las suntuosas y magníficas rejas, no hubieran sido de mayores gastos.»

(2) Hay que advertir que los oficiales ganaban 63 céntimos de jornal.

cos, sobre los que se levanta, destacándose en el centro, un crucifijo de grandes dimensiones. Algunas leyendas, hábilmente combinadas con los elementos que decoran la verja, revelan que ésta fué labrada durante el pontificado de Paulo III, rigiendo los destinos de España el emperador Carlos V y gobernando la archidiócesis el cardenal D. Juan Martínez Siliceo (1). Réstanos agregar que la verja estuvo plateada y dorada, quedando todavía de ello evidentes señales. De igual estilo y construcción es la que cierra el coro, y estuvo también dorada y plateada, privándose á ambas de tan vistoso y rico ornato al iniciarse la guerra de la Independencia. Construyóla Domingo Céspedes, auxiliado por Fernando Bravo, dando término á su trabajo á la vez que Villalpando la del presbiterio, ó sea en el año de 1548: su coste ascendió á 216.226 reales 24 maravedises vellón.

La nunca bastante encomiada catedral burgalesa guarda también preciadas producciones de los maestros *rejeros*, sobresaliendo de entre ellas la que cierra el ingreso de la *Capilla de la Purificación*, más comúnmente conocida por la del *Condestable*, la más bella y grandiosa de cuantas encierra la suntuosa fundación de San Fernando y aquella en que á más altura resplandece la originalidad y sentimiento artístico de Simón de Colonia, á quien se encomendó su traza y ejecución. Es de tan notoria importancia la suntuosa reja á que nos referimos, obra del célebre Cristóbal de Andino, que ya en el mismo siglo XVI decía de ella Sagredo que *tiene conocida ventaja á las mejores del Reyno*. Formada de dos cuerpos, descansa el inferior, en el que se destacan cuatro laboreadas pilastras, sobre un zócalo de piedra de Hontoria, presentándose bellamente abalaustradas las barras que llenan los entrepaños y se ajustan en el cornisamento del segundo cuerpo, que las limita. Igual número de columnas asiéntanse sobre las pilastras, resaltando entre ellas grandes medallones en los cuales figura en relieve la imagen de Cristo, la de su augusta Madre y las leyendas *Ego sum lux vera* y *Ecce ancilla Domini*. Sirven de remate á tan bella obra el blasón del Condestable, sostenido por dos figuras arrodilladas, y encima, ó sea en el cuerpo superior, el busto del Padre Eterno en un lado y en el opuesto la inscripción *Ego sum Alpha et Ω* . En el cornisamento del segundo cuerpo léese, en la forma *Ab Andino*, el nombre del famoso maestro, que á la vez fué notabilísimo arquitecto, escultor y rejero, *gloria de Burgos* (2), y en el lado opuesto la fecha en que dió término á la obra, ó sea A. D. M.D.XXIII.

Del maestro Hilario y no de Andino, contra lo supuesto erróneamente por algunos, según consta en los documentos del archivo catedral, es la rica y suntuosa balaustrada ó antepecho de la escalera en la puerta alta de la basílica ejecutada por Siloe, en cuya obra de rejería brillan todos los primores del estilo de la época. Medallones con bustos relevados y animales fantásticos, con rostro y cuerpo humanos, pero cuyas extremidades se desarrollan y desenvuelven de manera que se unen y enroscan, constituyen los asuntos decorativos que embellecen el antepecho, produciendo el mejor efecto.

Del maestro Hilario y no de Andino, contra lo supuesto erróneamente por algunos, según consta en los documentos del archivo catedral, es la rica y suntuosa balaustrada ó antepecho de la escalera en la puerta alta de la basílica ejecutada por Siloe, en cuya obra de rejería brillan todos los primores del estilo de la época. Medallones con bustos relevados y animales fantásticos, con rostro y cuerpo humanos, pero cuyas extremidades se desarrollan y desenvuelven de manera que se unen y enroscan, constituyen los asuntos decorativos que embellecen el antepecho, produciendo el mejor efecto.

(1) Léese la fecha dentro de un tarjetón en el piso superior, así como la siguiente leyenda: *Adorate Dominum in atrio sancto ejus. Kalendas aprilis 1548*; y en el interior, *Plus ultra*.

(2) En su sepulcro léese: *egregius artifex et in architectura omnium sui saeculi facile princeps*.

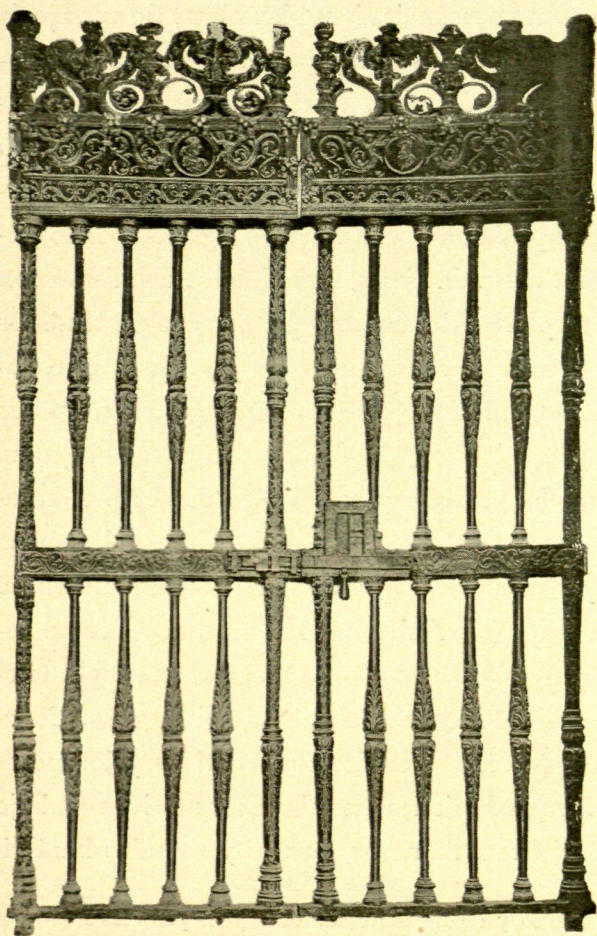
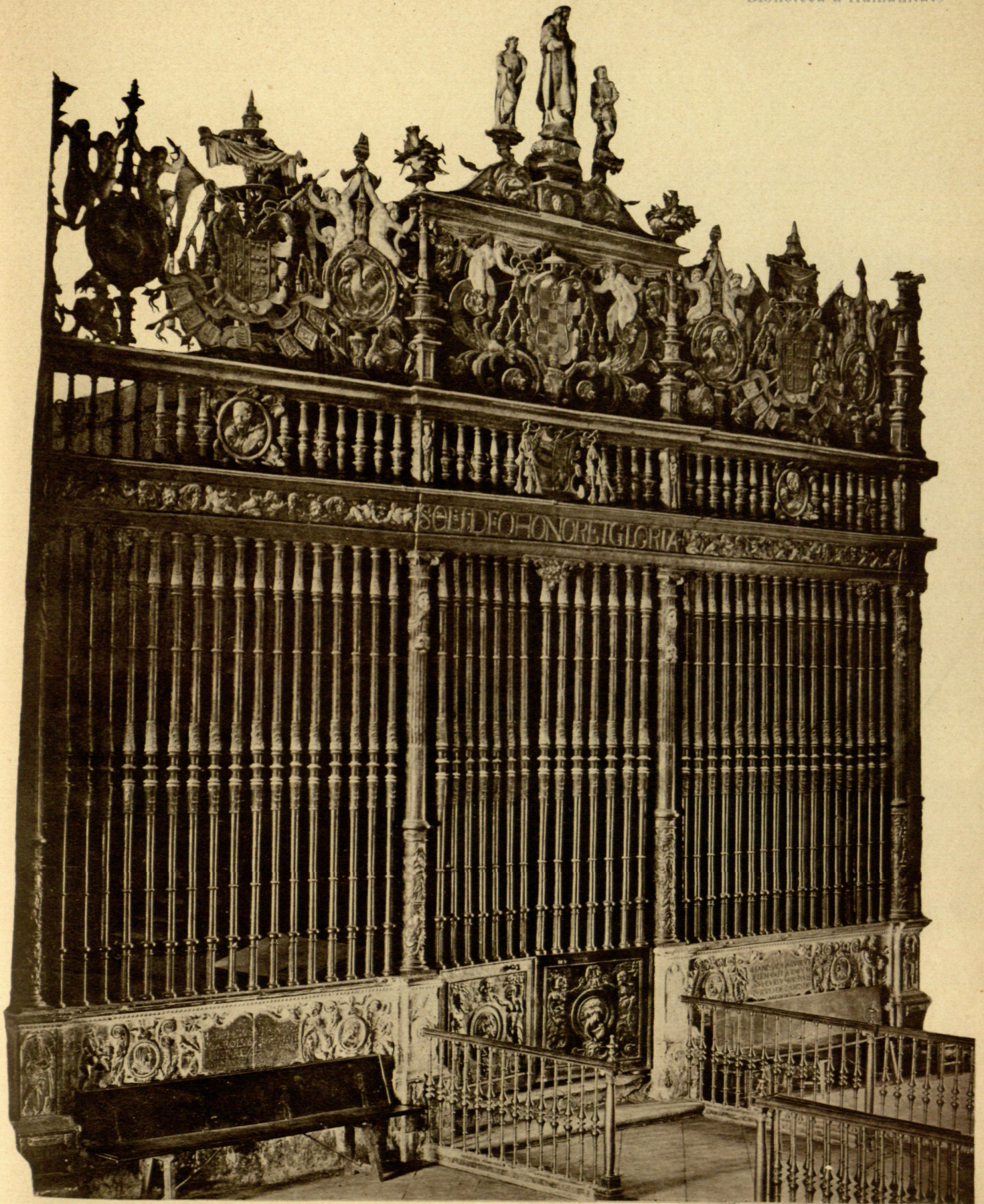


Fig. 48. - Verja de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, siglo XVI



VERJA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE PALENCIA

LABRADA POR CRISTÓBAL DE ANDINO Y RODRÍGUEZ, SIGLO XVI (DE FOTOGRAFÍA)

Airosa y sencilla, coronada con los escudos de los fundadores y adornada con las simbólicas conchas, es la bonita reja que en 1560 fabricó para la capilla del Hospital Real de Santiago el famoso herrero compostelano Guillén, superándola las dos verdaderamente espléndidas, pintadas y doradas, exornadas con figuras, follajes, columnas y demás motivos del gusto plateresco, que construyó á su vez el maestro Juan Bautista Celma ó Zelma. Envanécense también por las primorosas obras de este género Alcalá de Henares, que debe á Juan Francés la artificiosa reja de su Colegiata, así como Toledo la que cierra la interesante capilla mozárabe de su catedral, por la que se satisfizo á aquel excelente artífice en 1524 por solo su trabajo la cantidad de 638 reales 18 maravedises vellón; Cuenca atesora en su antigua catedral otras dos obras debidas á Hernando de las Arenas, exornadas con delicados frisos de ángeles enlazados con guirnaldas y terminando en primorosa crestería; así como la de la capilla de los Albornoces ó *de Caballeros*, construída por el llamado Lemosín, en cuyo friso se lee *Sacellum militum y ophus thesaurarii*; de Muñoz, Yepes, Esteban, Idrobo y Salamanca es la suntuosa reja de la catedral de Sevilla (1); de Nicolás de Vergara es la que sembrada de follajes y mascaroncillos rodea el sepulcro del gran cardenal Jiménez de Cisneros, en Alcalá; de Antón de Viveros es obra la reja del coro de la catedral de Murcia, de retorcidas barras y gallardas cresterías flamígeras ricamente doradas; á Cristóbal de Andino, ya citado, y á Rodríguez debe Palencia (véase la lámina fototípica) la reja del coro de su catedral, cuyo complicado y gentil remate es una obra maestra de cerrajería, así como la bellísima de hierro relevado que sirve de cerramiento á una de sus capillas, inspirada en el más puro estilo de la época; la que perteneció á San Juan de los Reyes de Toledo, trasladada al oratorio del palacio de Vista Alegre; la de la biblioteca salmantina (fig. 48), y otras que pudiéramos citar, entre ellas la que reproduce la figura 49, pueden considerarse como las principales producciones de los maestros rejeros españoles del siglo xvi. Réstanos mencionar la monumental reja de la Capilla Real de Granada, fabricada por el maestro Bartolomé en 1520 (véase la lámina fototípica), coronada sobre la crestería por un crucifijo y las imágenes de la Virgen y San Juan á sus lados, por

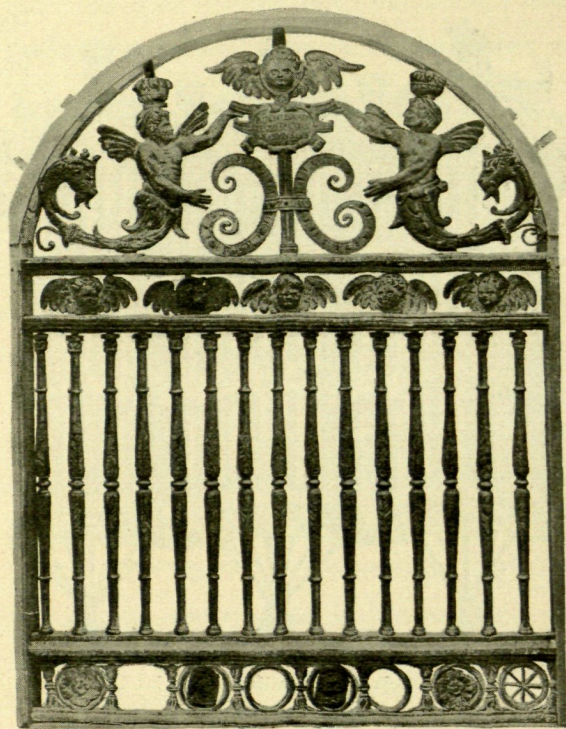


Fig. 49. - Reja de hierro forjado y relevado, siglo xvi

(1) Acerca de esta notabilísima obra de cerrajería dice el erudito arqueólogo sevillano D. José Gestoso y Pérez, en su notable *Guía Artística de Sevilla*: «Fijándonos en las magníficas (rejas) que cierran la capilla Mayor, empezaremos por la central, que es de marcado estilo del Renacimiento, y consta de tres cuerpos de balaustres bellísimamente fundidos, divididos en sentido vertical por seis robustas columnas que para mayor fortaleza tienen en su interior gruesas espigas. Una ancha zona con primorosas molduras y calados adornos de fantasías platerescas divide el cuerpo inferior del superior, conteniendo en el medio un círculo, la cabeza radiada del Señor con la leyenda *I. H. S. XPS. Salvatoris mundi*. En el friso, circundados de coronas laureadas, se ven Santos, Profetas, en medio de elegantísimos ornatos. Sobre la cornisa aparecen flameros, tallos y estatuillas, y en el centro el Enterramiento de Cristo. Las laterales, aunque más sencillas, son del mismo carácter y nada desmerecen de la principal. Hállanse doradas en su totalidad y ofrecen un aspecto de singular riqueza, habiendo sido sus artífices Sancho Muñoz, Juan Yepes, el maestro Esteban y Diego de Idrobo, que las terminó en 1523, recibiendo la gratificación de 200 ducados.

»Trazó y empezó la del medio Fr. Francisco de Salamanca, religioso lego de Santo Domingo en 1518, como consta de auto capitular de 9 de septiembre del mismo año, acordándose por él «hacer una cámara en San Miguel, entrando á mano izquierda, para que se hiciesen las rejas del presbiterio» Volvióse á Castilla el citado artífice, y como tardase en venir, dispuso el Cabildo que fuesen á buscarle á León, de donde regresó á esta ciudad en 1523. Un año más tarde siguió trabajando en la reja, ayudado de un compatriota llamado Fr. Juan y de su discípulo Antonio de Palencia. «Por haberse ocupado en hacer la reja de la capilla de la Antigua - dice Ceán Bermúdez - y en otras obras que le había encargado el Cabildo, no acabó ésta hasta el de 1553, en que se partió para su convento.»

ser la que descuella entre todas, así por su riqueza como por la maestría que revela su composición y la elegancia de sus formas, rivalizando con las de Toledo. De inferior valía, pero también notabilísima, es la que hay en el altar mayor de la catedral de Pamplona, obra admirable del maestro Guillermo Ervenat, cuyo nombre ostenta, en caracteres monacales, dentro de su calado friso. De barrotes alternados lisos y retorcidos, robustecidos por medio de pilares con labores en relieve, con esbeltas agujas de gran elevación, con elegantes cenefas y graciosos arquitos conopiales, forma un conjunto en que la riqueza de las líneas en nada perjudica la vista del presbiterio, siendo un verdadero encaje el coronamiento, hasta el extremo de que el hierro forjado, batido y relevado asimila la delicadeza de las fibras vegetales.

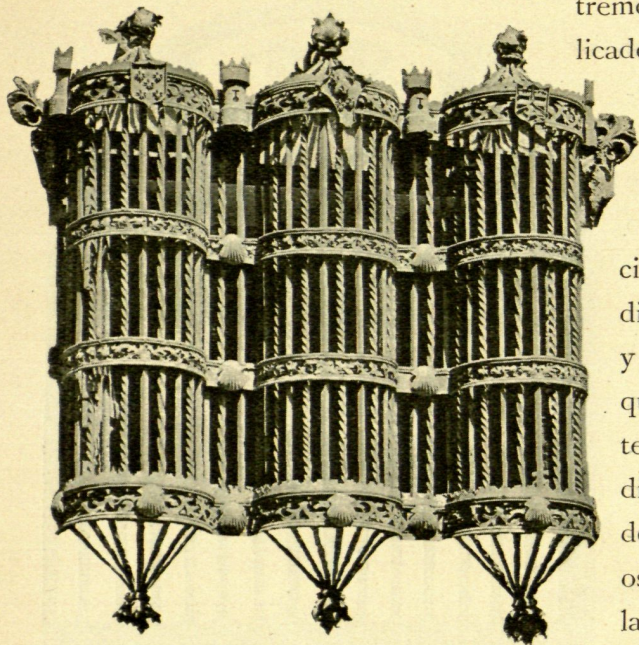


Fig. 50. - Reja de la casa llamada de las Conchas en Salamanca, siglo XVI

Una circunstancia, respecto de sus dimensiones, hay que observar en las verjas españolas. Las que figuran en las iglesias del Norte y centro de la península son de menor altura que las de las provincias meridionales, especialmente en las andaluzas, que cuentan con un cuerpo más, distinguiéndose también los coronamientos por su elegancia y bellas proporciones. Nada existe, sin embargo, que explique satisfactoriamente estas diferencias; únicamente pueden tener su origen en la diversidad de caracteres, en los rasgos distintivos de cada región, que se traducen de modo evidente en la elegancia de las líneas y la esbeltez de las obras, ostentando mayor refinamiento, más arte, según haya sido la cultura de la región en que se produjeron.

No menor atención despiertan los antepechos ó barandillas, verjas de inferiores proporciones, destinadas unas á cerramientos de capillas ó bien como vallas protectoras de enterramientos tan suntuosos como lo es el del cardenal Cisneros en Alcalá de Henares, que ya hemos descrito, y la no menos valiosa que limita el sepulcro del arzobispo Anaya en la capilla fundada por aquel prelado en el claustro de la catedral vieja de Salamanca, bellísima obra plateresca, exornada con gran riqueza de labores que indican desde luego la influencia del Renacimiento. El Santuario de Nuestra Señora de la Cinta, inmediato á Huelva, guarda una preciosa barandilla, verdadero tipo en su género, tan sencilla como elegante, formada en su frente por seis delgados balaustres que determinan tres secciones, disposición que se reproduce en sus lados. Enlázanse con ellos dos tallos, graciosamente unidos y decorados por anchas y rizadas hojas relevadas y algunos vástagos que rematan en bonitas estrellas, á excepción de la zona central, en la que se desarrolla una espiga cuadrangular con una flor en su parte inferior, terminando en una corona imperial, que sustentan y unen á la espiga dos varillas oblicuas á modo de \vee griega coronada.

Cuanto á las rejas destinadas á proteger y decorar las ventanas de las mansiones de los magnates y aun de las modestas viviendas de los burgueses y menestrales, determinan, al igual de las verjas y de todas las producciones artístico-industriales de la época, idénticos conceptos, iguales caracteres y análogos elementos en su decoración. Esto no obstante y á pesar de existir en nuestras antiguas ciudades tan numerosos como interesantes ejemplares, desempeñando el mismo oficio á que obedeció su construcción, censurable sería si dejáramos de recordar, en medio de la abundancia de obras de esta clase, los dos bellísimos tipos gótico-platerescos que imprimen carácter á la caprichosa fachada de la famosa casa llamada de las Conchas en Salamanca (figs. 50 y 51), suntuosa vivienda señorial de la familia de los Maldonados, uno de cuyos individuos, D. Pedro Maldonado Pimentel, figura entre los desgraciados adalides de las Comunidades que pagaron en el cadalso su amor por las libertades de Castilla. En contraposición á las anterior-

res, por su extrema simplicidad, ya que se halla despojada de adornos y compuesta sólo de barras enlazadas, citaremos la que defiende la monumental ventana del piso bajo del vetusto palacio de los Dávilas en la ciudad abulense, que además de las dos esbeltas columnas y el frontón que la decoran, ofrece la

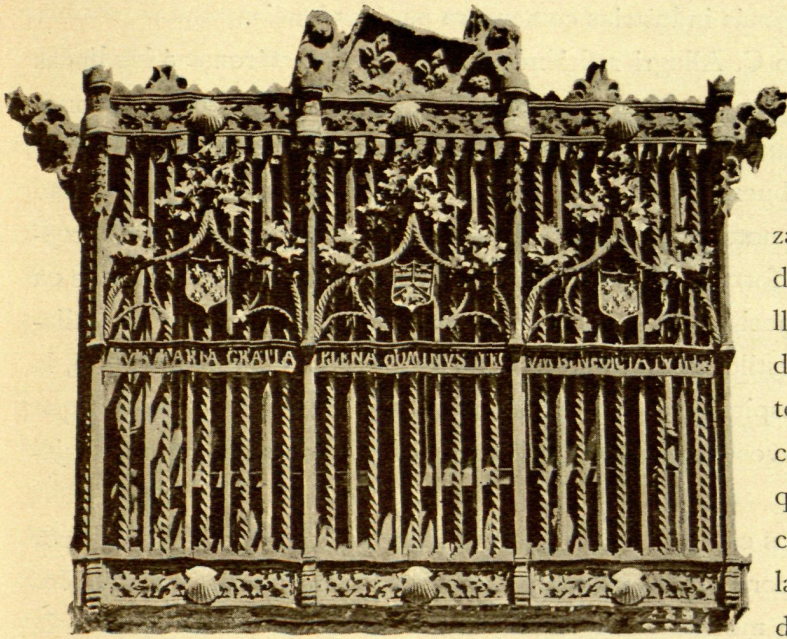


Fig. 51. - Reja de la casa llamada de las Conchas en Salamanca, siglo XVI

particularidad de ostentar en el friso el misterioso mote: *Donde una puerta se cierra otra se abre*. Dignas de estudio son las obras de este género existentes en varias casas de la imperial ciudad de Toledo, cuya elegancia y riqueza hállase en armonía con la opulencia de que debieron gozar los dueños de aquellas do se hallan fijadas. Una de las que ostenta la fachada del hospital de Santa Cruz, de retorcidos barrotes y exornada en su centro por una cruz, así como las que pueden admirarse en las parroquias de Santo Tomás y Santiago, en extremo caprichosas y variadas, atestiguan el adelanto de la cerrajería en aquella ciudad y la fastuosidad de sus moradores. Que ya en la época en que se construyeron reconocíase su importancia, demuéstralo el hecho de que Toledo y las macizas y artísticas rejas que se echan de ver en sus calles sirvieron á Lope de Vega, Cervantes, Tirso, Quevedo y otros esclarecidos ingenios españoles para teatro en el que se desarrollaron sus dramas y novelas (1). Ciudad Real cuenta, entre otras, la preciosa reja existente en uno de los blasonados edificios de la calle de la Mejora, hoy vivienda de labriegos, que compite con las mejores obras de esta clase, verdadero modelo y tipo del gusto plateresco. Madrid, Burgos, Valladolid, el palacio del Pardo y algunos pueblos de la provincia de Cuenca, entre ellos Minglanilla, cuentan asimismo con bellas obras de esta índole, algunas de las cuales contribuyen á robustecer y dar cuerpo á sus fantaseadas y novelescas leyendas. Como última cita, y por ser de otro carácter, mencionaremos la de la llamada Casa de Pilatos de Sevilla, con bellísimos relieves del más puro estilo de Renacimiento (fig. 52).

No se observa igual abundancia en las ciudades del extranjero, siendo hasta cierto punto raras las rejas existentes en las casas de los particulares; parece como si esta clase de obras de cerrajería fuese exclusiva de nuestra patria, en la que tal vez podría tener únicamente aplicación, dadas las costumbres y el carácter que distinguían á la sociedad del siglo décimosexto. Sin embargo, Bolonia, Venecia y alguna otra ciudad italiana conservan todavía algunas en extremo recomendables. No obstante, hay que advertir que en Italia, lo mismo que en los demás Estados europeos, empezó á declinar la cerrajería en los últimos años del siglo XVI, aumentándose

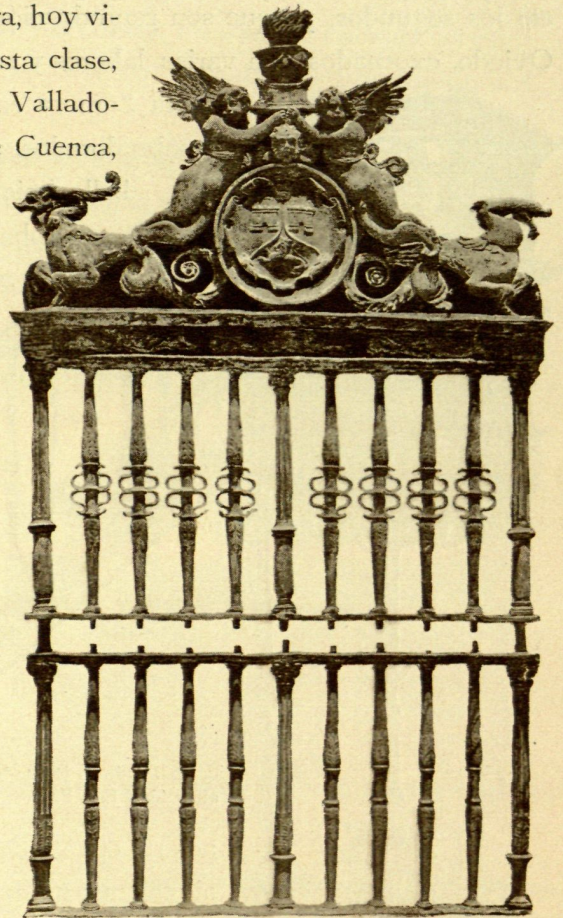


Fig. 52 - Reja de la casa llamada de Pilatos en Sevilla, perteneciente al siglo XVI

(1) Véanse *La ilustre fregona*, *La fuerza de la sangre*, *El Gran Tacaño*, *El Lazarillo de Tormes*, *De Toledo á Madrid*, etc., etc.

paulatinamente el buen gusto y la perfección que se observa en las verjas y rejas fabricadas en los años anteriores. El exagerado propósito de los artífices de aquel período de prodigar los adornos, utilizando profusamente los motivos que ofrece el reino vegetal, fué causa de que la cerrajería experimentara el influjo del barroquismo antes de que para las demás industrias comenzara su decadencia.

«Las verjas – dice el distinguido arqueólogo C. Allegri refiriéndose á Italia – ajustáronse á las líneas de la arquitectura clásica, formando en cierto modo parte integrante de las fachadas de las construcciones levantadas por Palladio, Scamozzi, Vignola y sus discípulos.» Sin embargo, aun en ese período de incipiente desviación imperan los elementos de la buena época, se sostiene con gallardía la infinita variedad de motivos que constituyen, por así decirlo, la nota característica de las verjas y balaustradas, á excepción de las italianas, en las que descollaban las formas geométricas, cual puede notarse en la existente en el claustro de la iglesia de San Esteban de Venecia. Hay que observar también que los cerrajeros italianos introdujeron otras formas adaptándolas al estilo del siglo en que vivieron, prolongando, al efecto, la uniforme barra del metal para terminarla en espirales cortadas por un ángulo mixtilíneo, á la vez que multiplicaron las ligaduras y suprimieron los clavos remachados, utilizados antes como elementos de sujeción y embellecimiento.

Otra obra de hierro ofrécnos los cerrajeros españoles del siglo del Renacimiento, no ejecutada por los artífices de los demás países, y que resulta por lo tanto propia y característica de nuestra patria. Nos referimos á los suntuosos púlpitos existentes en muchísimas iglesias del Norte, centro y Mediodía de la península, modelos, la mayor parte de ellos, del más puro estilo, obras verdaderamente ejemplares de la industria nacional y muestra evidente, por el primor y delicada ejecución de sus labores, del buen gusto y habilidad de tan expertos cuan inteligentes artesanos. Galicia posee en sus catedrales de Santiago y Orense púlpitos pareados, obra de Celma los de la primera, y de algún discípulo de tan distinguido maestro los segundos, ya que son reproducción de aquéllos; no menos interés ofrecen los de la catedral de Oviedo, exornados con varias labores y sobredorados por completo; mayor mérito revisten los que os-

tenta Zamora en su catedral, cuyo pie y antepecho forman menudos follajes sobredorados, así como los blasones de cinco lises que contribuyen á su embellecimiento; superando á éstos los que figuran en la de Avila, obra probablemente del célebre Juan Francés, que desempeñó el cargo de *maestro mayor de las obras de fierro* de aquella catedral durante el período á que corresponden (figs. 53 y 54). Ambos están dorados, ostentando el que se halla emplazado en el

lado de la epístola los góticos primores que tanto distinguieron á las obras de cerrajería producidas en el siglo anterior, marcándose en el otro el gusto del Renacimiento. Por último, la provincia de Huelva ofrece variados tipos en sus iglesias parroquiales, consistiendo el general en el cuerpo ó caja sustentada por una gruesa y resistente columna. Vese, pues, cuán justificado fué el juicio emitido por el ilustre arqueólogo francés, el barón Davilliers, que con tanto

acierto cuanto detenimiento estudió las artes é industrias de nuestro país, al consignar que no existe otro pueblo donde las obras de hierro hubiesen alcanzado tal grado de perfección, ni artífices que pudiesen competir con nuestros maestros *rejeros*.



Fig. 53.-Pulpito de la catedral de Avila, atribuido á Juan Francés, siglo XVI

Al terminar el proceso de la cerrajería de la décimasexta centuria, creemos necesario como complemento del cuadro dar algunas noticias acerca del damasquinado, que aunque conocido por algunos pueblos de la antigüedad, no se implantó en Europa con los caracteres que reviste una industria hasta este período. Consiste el damasquinado en la incrustación de un metal precioso, el oro, en los surcos ó ranuras ejecutadas por medio del grabado sobre la superficie del hierro que sirve de fondo. Una vez colocado el oro en las líneas marcadas por el grabado, adhiérese golpeándolo suavemente con el martillo, quedando aprisionado ó incrustado en las líneas que forman las labores ó dibujo, completándose la obra con el pulimento y aún con el grabado, si éste es preciso para su ornamentación. Según sea la colocación del precioso metal en las líneas grabadas más ó menos profundamente, queda aquél relevado ó al mismo nivel del fondo, obteniéndose cuando se combinan los dos procedimientos un doble efecto que contribuye al mayor embellecimiento de tan delicado cuan agradable trabajo.

El damasquinado debe su nombre á la circunstancia de haberse considerado ó calificado en los tiempos medios como obra de artífices de Damasco todas aquellas que teniendo carácter oriental se importaban á Europa. Sin embargo, á pesar de tal denominación no debe considerarse el damasquinado como producto exclusivo del arte oriental, ya que fué conocido de los griegos y los romanos y atribuída su invención á Glauco de Chios. La famosa tabla Isiaca, ricamente damasquinada, descubierta en Roma en 1527, prueba que la pericia de los egipcios en esta clase de trabajo y las piezas de bronce, exornadas con bellas incrustaciones de plata y oro, de origen griego ó romano, existentes en los museos de Europa, justifican plenamente el dominio que llegaron á alcanzar en tan especial labor los artífices de aquellos pueblos.

La frecuencia del trato y las continuas relaciones comerciales que las repúblicas italianas, singularmente la de Venecia, sostenían con los pueblos orientales, explican el motivo ó causa por qué Italia fué el primer país en donde renació esta industria, contribuyendo á ello también las continuas visitas y aun larga permanencia de artistas árabes en Pisa, Florencia, Génova y Venecia, en cuales ciudades, al establecerse temporalmente, propagaban ó introducían sus conceptos artísticos y hasta los procedimientos del trabajo.

Los artífices italianos aplicaron á las armas este medio de embellecimiento, en cual operación fueron hábiles y realizaron tales progresos, que el célebre Benvenuto Cellini escribía á este propósito: «El éxito que he logrado en algunas obras supera á las ejecutadas por los turcos, tanto por su belleza cuanto por su perfección. La mayor profundidad de las líneas con que grabo los aceros y la poca variedad y monotonía de los motivos turcos, son las causas que explican este resultado. En Italia utilizamos para este género de decoración diferentes clases de hojas y follajes. Los lombardos ejecutan muy bellos trabajos representando las hojas de la hiedra, y los toscanos y romanos reproducen las de acanto, combinadas con flores y animales. Nuestros animosos artistas agregan á las hojas y á las flores otros bellos y caprichosos motivos de ornamentación que denominan *grotescos* los ignorantes.»

Precisa observar que si Cellini omite ocuparse de los artífices venecianos, es porque el estilo de éstos era idéntico al de los árabes, manifestándose en intrincadas combinaciones de entrelazos y arabescos. De ahí que algunas producciones se confundan, cual acontecería con un magnífico plato damasquinado de plata, que enriquece la colección Dutuit, á no leerse en un tarjetón el nombre de Nicolo Rugina - 1550. Consi-

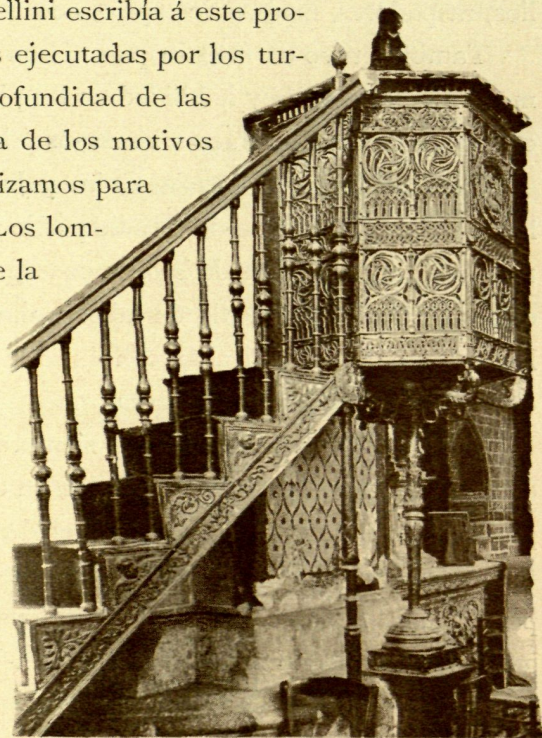


Fig. 54. - Púlpito de la catedral de Avila, atribuído á Juan Francés, siglo xvi

derable es el número de las piezas damasquinadas, ya en platos, jarros, etc., de formas elegantes, que aún se conservan en las ciudades de Italia y en particular en los museos y colecciones, decoradas con hojas de laurel, acanto, medallones con figuras, fondos formados de arabescos y con los blasones de ilustres familias italianas, como los Bembo, Minio, Zon de Venecia, etc., demostrando esa amalgama de elementos decorativos la relación que existía entre los artistas de Oriente y los de la ciudad de los Dux, porque conforme hemos ya dicho, los artífices árabes establecieron en las ciudades italianas, y los mercaderes venecianos instalaban sus factorías y tenían sus casas de recreo en muchos pueblos de Oriente. «Nuestras villas, nuestros jardines colmados de flores, podéis verlos lo mismo en Rumanía que en Grecia, en Trebisonda que en Siria, en Armenia que en Egipto; en aquellos países hallamos á la vez utilidad y placeres.» Y tan ciertas son las indicaciones del escritor veneciano, que algunas familias, como las de Ca-Morto, Ziani, Bondumieri, Zuliani, Siranzi, etc., debieron sus riquezas y su fortuna á los grandes negocios realizados durante su larga permanencia en Siria, Armenia, San Juan de Acre, Tánger, Túnez y demás puertos de la costa berberisca.

Difícil es marcar la fecha precisa en que empezaron á ejecutarse en Italia trabajos de damasquinado. Supónese que debió ser en el primer tercio del siglo XVI, porque las piezas más antiguas que se conocen corresponden á aquel período, en el que florecieron damasquinadores tan hábiles como Serafino, de Brescia; Giorgio Ghisi, de Mantua, y Paolo Rizzo, de Venecia, cuya reputación fué justamente merecida. Milán parece como si se hubiese convertido en el centro de los artífices dedicados á esta industria, tal es el número de los que allí se establecieron: Giovanni Pietro Figino, Bartholommeo Piatti, Francesco Pillizzone, Martino Ghinello, Carlo Sovico, Ferrante Bellino, Pompeo Turcone, Giovanni Ambrogio, Filippo Negrolí, Antonio Biancardi, Bernardo Civo, Luccio Piccinino, que construyó la famosa armadura de Alejandro Farnesio, y Romero, que ejecutó obras notabilísimas para Alfonso II de Este. Prolijo sería enumerar la clase y condición de los objetos en que los *azziministas* italianos (1) hicieron gala de su maestría, puesto que hubo un período en que ya no se limitaron sus esfuerzos á decorar sólo las armas, preseas y demás manifestaciones ostentosas, sino que extendieron su esfera de acción, aplicando el damasquinado como rico elemento decorativo á los objetos de uso doméstico, íntimo ó familiar, tales como tijeras, cuchillos, raspadores, marcos de espejo, cucharas, despabiladeras, etc.

También tuvo en nuestra patria Benvenuto Cellini inteligentes imitadores que dejaron indiscutibles muestras de su valía y habilidad en las piezas que, como los medallones, rodela, guarniciones de espada, etc., se conservan en nuestros museos ó bien forman parte de interesantes colecciones.

Cuanto á la India, Persia, China y Japón, cuna de este originalísimo arte, ofrecen cada uno de aquellos países vasto campo de estudio por lo genial de sus producciones y la especialidad de sus procedimientos. Los grandes vasos de bronce consagrados al culto durante el reinado de Chang, decorados con delicadeza extrema por medio de labores damasquinadas con extraordinaria perfección, demuéstrannos que los artífices chinos aplicaban con éxito las incrustaciones en época tan remota como la representada por el año 1500 antes de nuestra era.

En el Japón se ha practicado siempre esta operación, lo mismo con las piezas de hierro forjado que con las de bronce; no así en la India, en donde para el embellecimiento de sus infinitas cuanto elegantes producciones, asocian de continuo el damasquinado con el nielado, habiéndose perpetuado hasta nuestros días esta duplicidad de procedimientos en su forma decorativa. No menos rico es el damasquinado persa, que se aplica tanto á las armas cuanto á las piezas de hierro, distinguiéndose por su extrema elegancia. Mahomed-Ez-Zein, Hanfar, Zin-Eddin y Mohammed-Kourdi son los maestros cuyo nombre ha legado Persia á la posteridad.

(1) Así se denominaron los damasquinadores en Italia, como derivación del nombre persa *al aghem*.

La severa grandiosidad y el clasicismo que tanto caracterizan las construcciones arquitectónicas del reinado de Felipe II, abandonáronse al comenzar Felipe III á regir los destinos de nuestra patria, iniciándose por lo tanto en los primeros años del siglo XVII el desgraciado período de decadencia que alcanzó á todas las manifestaciones de la actividad nacional. El decaimiento político fué causa inevitable de que languidecieran á la par las letras y las artes. El proceso del arte español está íntimamente ligado con la historia de nuestra patria, y con ella marcha unida en los días de gloria y en los tristes períodos de decadencia. Cuando las armas victoriosas de los tercios españoles llevaban de uno á otro extremo del mundo las manifestaciones del progreso y de la actividad nacional, las artes é industrias, al igual de la literatura, hallaron tan geniales intérpretes, que ellos bastaron para asentar el elevado concepto que de los demás pueblos mereció, hasta el extremo de considerarse á nuestro país como el emporio de las humanas creaciones. En cambio, iniciada la decadencia en el tristísimo período de postración y anemia, resultan vanos é inútiles los esfuerzos de los pocos que intentaron evitar la ruina y el desmoronamiento del edificio levantado á costa de tantos años y afanes, puesto que sólo lograron que á la originalidad sucediera la extravagancia. Góngora reemplazó á Cervantes, como Jordán á Coello y Donoso á Herrera. Todas las manifestaciones artísticas vaciáronse en el mismo molde y cayóse en el amaneramiento: el gongorismo transpirenaico, con todo su caudal de sutilezas, falsedad y rebuscamiento, desterró la escuela formada por los maestros que florecieron en el siglo anterior, sustituyendo la influencia francesa á la italiana, que anteriormente informó todas las creaciones del arte peninsular.

Curioso es, ciertamente, el proceso de este período. Iniciado en Italia el desvarío artístico y disgustados los artistas de aquel país por la grandiosa austeridad de las obras de Palladio, empezaron á revestir las suyas con follajes, lazos, festones, etc., cuya modificación fué adoptada por los españoles, ya que no podían sustraerse á la influencia italiana por las estrechas relaciones que entonces existían entre España y Roma. El buen gusto que en cierto modo significaba el estilo introducido por Herrera no llenaba las ansias de la novedad. «Era esta la época — dice el ilustre D. Pedro de Madrazo — en que los ingenios españoles, contagiados del culteranismo literario y artístico, construían gongorismos lo mismo con piedras y estuco que con palabras.»

Esto no obstante, el severo estilo que distinguió las obras de los Herreras y los Mora perseveró hasta la segunda década del siglo XVII, período en que la influencia que en las artes pretendió ejercer el funesto conde-duque de Olivares, dispensando su protección á artistas italianos, como Juan Bautista Crescencio, á quien confió la decoración del panteón regio de San Lorenzo del Escorial, fué tan perniciosa como su gestión política. Cuando el estilo de Borromino introdujo en la península sus extravagantes y enroscadas formas, cuando Alonso Cano figuró al frente de la revolución artística iniciada en Italia, ó sea en la segunda mitad del reinado de Felipe IV, declaróse abiertamente el divorcio de la nueva escuela con el clasicismo. Conservóse, sin embargo, la integridad de las cornisas, mirándose con respeto la pureza de las líneas rectas, hasta que en el reinado de un infeliz monarca, Carlos II, su no menos infeliz arquitecto Donoso dió al traste con lo poco que nos quedaba del arte grande y serio. Cual acontece en las epidemias, el contagio fué cundiendo, los desvaríos fueron propagándose y en todas las regiones de la península los artistas rivalizaron en el deseo de singularizarse, separándose de las reglas impuestas por el clasicismo, rompiendo líneas y retorciendo los entablamentos para obtener como resultado de su incalificable desvarío la completa dislocación de la forma. Excusado es decir que todas las artes que se nutrían de los elementos arquitectónicos, ó que, cual la cerrajería, en muchos casos, formaban parte integrante de la construcción, siguieron igual suerte y sucumbieron también débiles y vacilantes.

Tenemos, pues, en lo que respecta á nuestra patria, cuatro estilos que informan las creaciones del siglo XVII; el *greco-romano*, cultivado por Herrera y Mora, que se mantuvo en toda su pureza durante los primeros años de la centuria; el que pudiéramos denominar *crescentino*, ó sea el primero desfigurado con

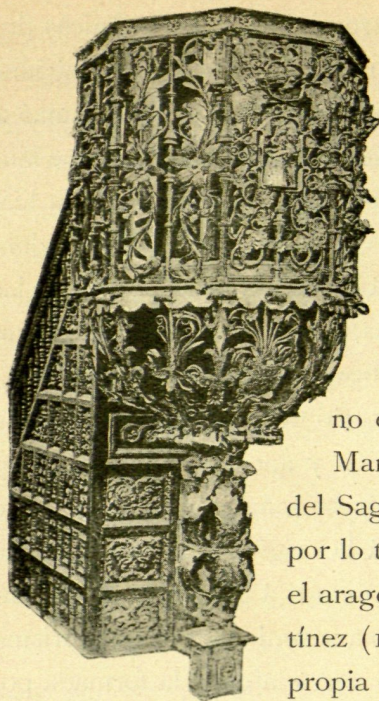


Fig. 55. - Púlpito de la iglesia de Cortejana, Huelva, siglo XVII

Fuencisla (Segovia), que se construyó, según reza el letrero, á *expensas del gremio de cardar y apartar*.

Aunque para la cerrajería empezó en este siglo el período de su decadencia, produjo obras verdaderamente ejemplares, reputándose como tales la Cruz llamada de la cerrajería que para la catedral de Sevilla ejecutó en 1692 el maestro Sebastián Conde; la llave de la sala llamada del Patronazgo del Archivo de Simancas; el precioso púlpito, del mejor estilo gótico, á pesar de haberlo labrado en 1613 Juan de Monreal, que constituye la joya artística del ya citado santuario de Fuencisla, y un número considerable de veletas, rejas de ventana, aldabones, llaves, y otras piezas de no escaso mérito que se conservan en todas las ciudades españolas.

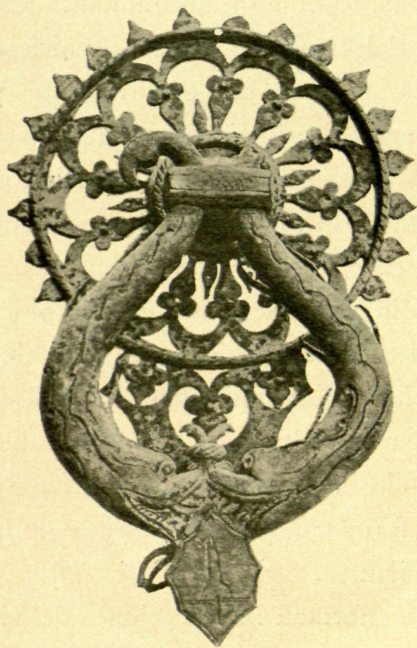


Fig. 57. - Aldabón castellano del siglo XVII (de la colección del Sr. Rusiñol)

los aditamentos aplicados por el italiano Crescencio, propio de la primera mitad del reinado de Felipe IV; el *borrominismo*, de origen también italiano, que imperó durante la segunda mitad del reinado de aquel monarca, y el infelicísimo *churrigueresco*, parto del delirante cerebro de Churriguera, que sintetiza la época de Carlos II el Hechizado, ó sea la del absoluto decaimiento de las energías y del carácter nacional.

Estas etapas siguió la cerrajería, y sus obras acusan tales vacilaciones é idénticos desvaríos. Veamos, sin embargo, las que nos legaron los artífices de aquella centuria, empezando por las verjas, por más que la rejería no era ya más que débil recuerdo de lo que fué en los dos siglos anteriores. Marcado estilo del período en que se fabricó es la plateada verja de la capilla del Sagrario de Toledo, construída por Bartolomé Rodríguez en 1607, que ostenta por lo tanto cierta pureza de líneas; mayor importancia tiene la que en 1602 labró el aragonés Juan Bautista Zelma en presencia del diseño del pintor Gregorio Martínez (1), que cierra el coro de la catedral burgalesa, cubierta de ornamentación propia de la época en que fué trazada; hallándose en igual caso las que figuran en el mismo templo, labradas en 1679 por el maestro rejero Juan de Arrillaga, y magnífica y suntuosa, completamente dorada, la que cierra el crucero del Santuario de

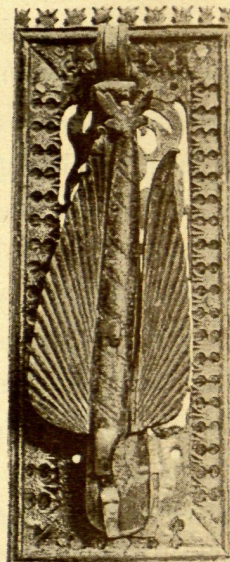


Fig. 56. - Aldabón castellano del siglo XVII (colección del Sr. Rusiñol)

Por su singular importancia como trabajo de cerrajería, y por ser una bella y acabada representación del estilo y gusto dominantes, hacemos especial mención de uno de los dos púlpitos de hierro existentes en la iglesia del Salvador del pueblo de Cortejana en la provincia de Huelva (fig. 55). Adosada al pilar del lado del Evangelio, muéstrase esta verdadera obra de arte muy superior, por cierto, á cuantos trabajos de cerrajería se conservan de aquel siglo en nuestro país, siendo muy de sentir que el nom-

(1) Dice á este propósito el Sr. Martínez y Sans: «En noviembre de 1600 estaba ya fabricado el segundo cuerpo de la reja; algunos oficiales de Burgos pusieron reparos á la obra; confesó Zelma que había algún vicio inherente á la forma que se le había prefijado; hizo nuevo diseño, algo diferente del primitivo, y remitidos ambos al célebre platero Juan de Arphe, aprobó con algunas advertencias el segundo modelo. En 3 de junio de 1602 se recibió la obra después de haber sido aprobada por un oficial del oficio de fundir que vino de Valladolid, y por Juan de Arphe, á quien se dieron por derechos de la visita 16.875 maravedises. El hierro, bronce y cizalla de latón se trajeron de Vizcaya, Vitoria y otros puntos.»

bre del maestro rejero que la fabricó permanezca en lamentable olvido. Consta de tres cuerpos principales, constituidos por el superior ó púlpito propiamente dicho, que afecta la forma octagonal; el semiesférico, determinado por los soportes que lo sustentan, y por último la robusta columna en que descansa ó se asienta el monumento. Bajo cierta clase de escocido friso, en cada uno de cuyos frontis se destacan tres estrellas relevadas, desarróllase la decoración general del púlpito ó cuerpo superior por medio de abalaustradas espigas, cuyos espacios llenan movidos vástagos que simulan

terminar en la espiga central, ostentando granulosos frutos que alternan con lanceoladas y grabadas hojas, en tanto que en el centro se destaca una gran flor labrada con igual delicadeza y perfección. No en todos los lados existen los mismos elementos decorativos; exceptúase el que pudiéramos llamar principal, en el cual se interrumpe la espiga para desarrollarse en el centro en forma de pámpanos, racimos de uvas y espigas, que limitan una calada hornacina ó medallón, que cobija la rígida imagen

del divino *Salvador* en actitud de bendecir, obra que acusa, aun conservando algo de las buenas influencias del siglo anterior, la decadencia artística, fatal é ineludible nota característica de aquella centuria. Un tanto maltrecho, por no hallarse en toda su integridad, se halla formado el segundo cuerpo, ó sea el semiesférico, por tantas espigas como las que aparecen en el púlpito, exornadas profusamente de retorcidos tallos, hojas, flores y otros elementos de igual carácter decorativo, entre los que resalta un blasonado escudo, terminando en la columna, en cuyo punto de enlace figura una ondulada guarnición. Sobre un dado cuadrangular yérguese la columna que sostiene toda la obra, enriquecida por caprichosas hojas sobrepuestas, que forman dos zonas separadas por un platillo cuadrado. Tal es en su conjunto esta preciosa joya, cuyas riqueza decorativa y magistral ejecución sorprenden y maravillan, revelándose en ella, aun á trueque de sus elementos exagerados, el poderoso influjo que aún ejercían en el arte de la cerrajería las buenas tradiciones del Renacimiento.

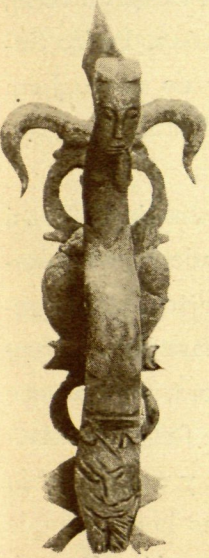


Fig. 59. - Aldabón castellano del siglo XVII (de la colección del Sr. Rusiñol)

Vemos, pues, que aun en el pavoroso cuadro que ofrece nuestro país desde mediados del siglo XVII, en ese período de desmoronamiento en que se apagaron todas las energías y se ahogaron todos los impulsos ante la avasalladora intolerancia y el inquisitorial fanatismo, la cerrajería pugnaba por justificar su glorioso abolengo, sosteniendo sus tradiciones artísticas sobre el revuelto oleaje de la divagación y la incertidumbre que mataron á las demás industrias. Prueba evidente de este aserto son los artísticos aldabones que, entre otras muchas obras de cerrajería, se construyeron en dicha época (figs. 56 á 60). Las sucesivas expulsiones decretadas por Felipe III el Piadoso, dieron pronto sus inevitables frutos; la población de España, que al finalizar el siglo XV llegaba á 21 millones, quedó reducida á 8 millones escasamente; las más importantes manufacturas recibieron tan rudos golpes que acabaron casi por desaparecer, y poblaciones tan importantes como Tarragona, que en el siglo anterior había contado con 300.000 habitantes, tenía pocos más de 10.000 en el año de 1700. Esto no

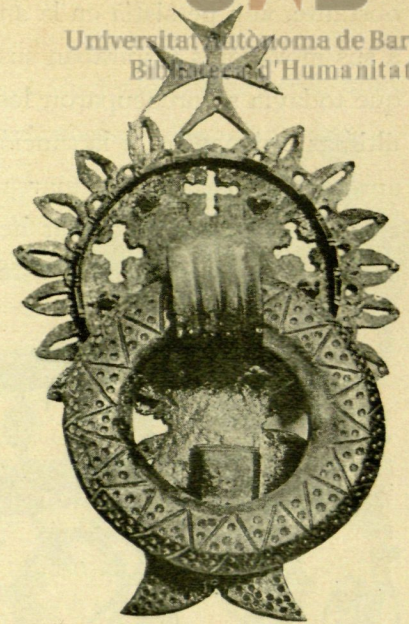


Fig. 58. - Aldabón procedente de la derruida iglesia de San Juan de Jerusalén en Barcelona, siglo XVII (colección del Sr. Rusiñol)

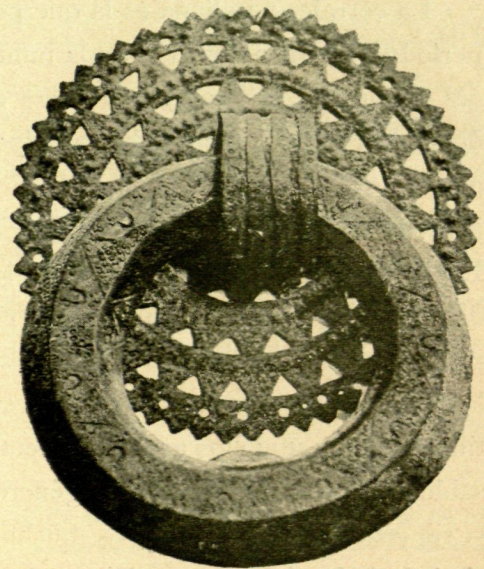


Fig. 60. - Aldabón catalán del siglo XVII (de la colección del Sr. Rusiñol)

obstante, aún persistía en la antigua corona de Aragón, como demostración del entusiasmo y respeto que á sus moradores inspiraban sus instituciones y privilegios, el espíritu gremial ó corporativo. Y tales así, que todavía se preocuparon los cerrajeros barceloneses de obtener de Felipe III la confirmación de sus últimas ordenanzas, y la sanción, después, de otras adiciones importantes, cual la fijación de tres años de aprendizaje; la prueba y marca de las armas de fuego, artefactos y piezas que se construyeran; la prohibición absoluta de introducir herrajes fabricados en el extranjero, etc., etc. Los anales del gremio de la condal ciudad registran en este siglo los nombres de varios maestros que se distinguieron y que representaron la corporación en el Concejo municipal, como Juan Torres en 1600, Gabriel Castellar en 1604, Antonio Magín Bassa en 1608, Salvador Selva en 1624, Pedro Pablo Sevit en 1642, Pedro Sevit (hijo del anterior) en 1648, Ramón Llauger en 1652, Juan Prats en 1644, Miguel Gregori en 1666, Ramón Castany en 1683, Juan Tucó en 1687 y Simón Ribot en 1697.

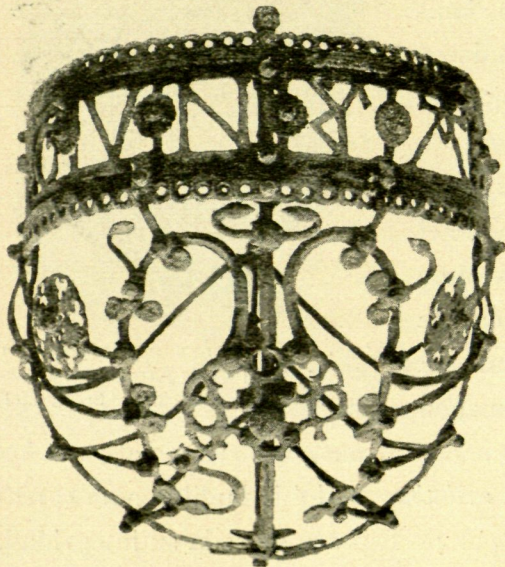


Fig. 61. — Bozal de guerra, siglo XVII
(de la colección del Sr. Rusiñol)

En el resto de España decayó sensiblemente esta industria, á excepción de las Provincias Vascongadas, en donde logró sostenerse luchando denodadamente; pues si bien es cierto que á la general ruina siguió el quebranto que significaba para la construcción de las armas blancas la invención de la pólvora, montáronse numerosos talleres para la fabricación de armas de fuego, quedando compensada la disminución con los mosquetes y cañones. Sin embargo, debemos hacer notar que las trescientas herrerías que entre mayores y menores funcionaban en aquella región al terminar el siglo XVI redujéronse á ciento setenta y siete al finalizar la décimaséptima centuria.

Algunas obras produjéronse dignas de encomio, y aunque ajustadas al concepto artístico imperante, hemos de considerarlas como discretas manifestaciones de artífices que, sin darse tal vez de ello cuenta, luchaban con los cánones impuestos por la nueva corriente. Tales consideraciones sugiere el examen de la hermosa llave, destinada á servir de muestra ó enseña de profesión, representada en la figura 61; el bozal de guerra de la figura 62 y la hermosa cerradura de vargueño (fig. 63), mueble tan interesante y vulgarizado en nuestra patria, en aquella y en la siguiente centuria, que ha perpetuado el nombre de la localidad en que se produjeron sus más preciados ejemplares.

La cerrajería italiana es la que por más tiempo conservó las formas del Renacimiento, si bien en este período vese manifestamente la influencia del estilo introducido por los Bernini y los Borromino, entonces dominante. La verja que cierra el palacio Barberini en Roma es una bella muestra del gusto de la época, así como los caprichosos trípodes venecianos, faroles, llaves, balconajes, etc. El bronce y aun el cobre cincelado aplicábase á las obras de hierro como medio de embellecimiento, singularmente á las verjas y antepechos, de los que existen todavía hermosas muestras en el Véneto, la Lombardía y Toscana. Entre ellos figura la verja del palacio Pisani de Venecia, notable por la elegancia de su estilo y por las dificultades y escollos que revela la combinación y aplicación de sus diversos y variados elementos decorativos, ejecutados con rara delicadeza y ajuste. Aparte de las piezas de bronce hábilmente cinceladas que la complementan, toda la verja es resultado de la forja; siendo de admirar que con sólo el auxilio del martillo pudieran aquellos artífices ejecutar tales primores sin descuidar las condiciones de solidez, indispensable á todas las obras de este género. La cerradura es también del mejor gusto y contribuye á aumentar la riqueza del conjunto. Otros muchos ejemplares notables podríamos mencionar existentes en la misma ciudad de las lagunas, en Florencia, Prato, Verona, Milán, Bolonia, etc., ya que la cerrajería en Italia ofrece nutrido y numeroso contingente de admirables producciones. En todas ellas manifiéstase evidente-

mente el modo de ser característico de los artífices italianos, cuya grandeza de concepción y sentimiento artístico supera las más de las veces al esfuerzo industrial, anteponiéndose el artista al cerrajero. Entre los varios maestros italianos que florecieron en este siglo, destácase la figura de Jacinto de Ascoli, fallecido en 1674, quien entretuvo sus ocios conventuales labrando verjas y otras obras de cerrajería.

Luis XIV, á quien tanto deben las artes y las letras en Francia, dió también impulso á la cerrajería, conforme lo demuestra el hecho de haber ampliado y renovado en 1652 las ordenanzas que regulaban el gremio de maestros cerrajeros de la ciudad de París, promulgadas en 1411. Allí, como en los demás países, precisaban grandes esfuerzos para contener la decadencia que arrollaba, cual gigantesca ola, los conceptos artísticos tradicionales ó las evoluciones iniciadas por los grandes maestros del arte.

En Francia, lo mismo que en los demás Estados, experimentó el arte en este período transformaciones motivadas por las encontradas corrientes que tenían su origen en los conceptos que trataron de imponer los partidarios del clasicismo ó los propagadores de las caprichosas concepciones de los que pretendían hallar la originalidad fuera de las reglas clásicas. Sea como quiera y á pesar de tan inciertos derroteros, siempre resultará el de Luis XIV uno de los reinados más brillantes de la casa de Francia. Bajo la poderosa mano de Colbert, lograron las artes y las industrias los beneficios del impulso dado por aquel gran ministro, manifestándose en todas las creaciones la misma tendencia á lo grandioso que se observa en las obras arquitectónicas, cual los palacios de Versailles, el Louvre y los Inválidos (1). De tan opuestos conceptos surgió un estilo único, que recibió el nombre del monarca.

Las obras de cerrajería ajustáronse algunas de ellas, cual las verjas y antepechos, al gusto dominante, conservando otras las tradiciones del siglo anterior. En las barandas de los balcones nótase tanto en la forma cuanto en la combinación de sus líneas cierto ingenio de concepción y elegancia que manifiesta el empeño de que la labor resulte agradable por la caprichosa combinación ornamental, costando trabajo darse cuenta de la rapidez operada en la evolución artística, si se las compara con otras obras análogas del siglo anterior.

Hay que tener en cuenta respecto de las indicaciones que dejamos expuestas en lo concerniente á los estilos dominantes en España, que — conforme atinadamente observa D. Pedro de Madrazo al ocuparse de este particular — (2) «la clasificación no debe, sin embargo, entenderse de una manera empírica, ya que en todos tiempos hay hombres apegados á las ideas antiguas y en quienes no ejerce influjo la moda, no debiendo extrañar, por lo tanto, que del mismo modo que se decoraba á la manera plateresca el coro de la catedral de Córdoba cuando más acreditados estaban los discípulos de Juan de Herrera, se decorase también con forzada sencillez, á modo de la observada en el Monasterio del Escorial, cuando ya se cautivaba el pervertido gusto del público con pesados follajes.»

Fig. 63. — Cerradura de vargueño, siglo XVII (colección del Sr. Rusiñol)

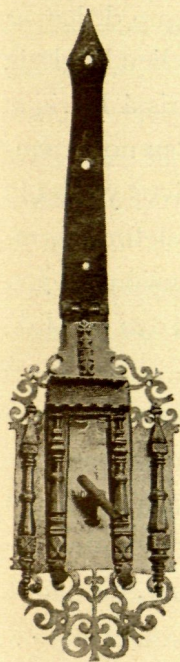


Fig. 62. — Llave de muestra ó enseña, siglo XVII (de la colección del Sr. Rusiñol)

(1) Refiriéndose al estilo dominante durante el reinado de Luis XIV, en su obra *L'ornement Polychrome* dice M. Racinet: *L'incroyable quantité des constructions publiques et particulières élevées en quelque sorte spontanément, a donné à la France de Luis XIV une physionomie générale tout autre que celle des temps précédents. Du Nord au Midi, de l'Est à l'Ouest, on retrouve partout ce type si connu d'une architecture, non sans grandeur, mais qui, sacrifiant tout à la magnificence de l'aspect, est souvent en désaccord avec l'objet proposé.*

(2) Córdoba, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia.

Si bien los cerrajeros franceses ejecutaron piezas admirables por su extrema delicadeza, no deben equipararse á las producidas en los siglos anteriores, puesto que no constituían la base de producción, hallándose las más de las veces para dar muestra de las aptitudes del artífice que aspiraba á obtener su pasantía. Sin embargo, aún merece esta industria preferente estudio. Los obreros franceses daban testimonio de ser tan hábiles como sus antecesores en la construcción de obras de hierro que si no se recomiendan por su buen gusto, despiertan interés por su acabada labor. Si no hubiesen llegado hasta nosotros algunas obras ejecutadas en aquel siglo, los dibujos que contiene el interesante libro publicado en 1676 por el maestro Robert Davesne nos darían á conocer el estado de la cerrajería francesa en el siglo xvii. Por ellos puede conocerse el modo de ser del cerrajero y la diversidad de los trabajos que llevaba á cabo, ya por medio del relieve y estampado ó bien con el auxilio del martillo ó de la lima. Las cerraduras y los herrajes de los muebles ofrecen líneas de extrema elegancia, bellamente relevados y grabados, y se aplicaban de manera que completaban su decoración y como elemento importantísimo ornamental. Las obras ejecutadas por Le Pautre, Berain y otras más demuestran la pujanza que aún tuvo la cerrajería en este período. El tratado *Diverses pieces de serrureries inventés par Hugues Brisville, maitre serrurier à Paris*, se consulta todavía con interés por los cerrajeros contemporáneos. La nota característica de las obras de cerrajería francesa en los últimos años del siglo xvii, es el enlace de figuras y follajes como elementos de decoración aplicados hasta en las cerraduras. De ahí que casi todos los sellos, mangos de cuchillo y otras piezas análogas estén constituidos por la figura de un acróbata, palmas, hojas, animales y cuantas representaciones podían concebir aquellos cerrajeros que asimilaron su arte al de la orfebrería.

Un hecho se observa en el proceso histórico de la cerrajería francesa de este período, digno de llamar la atención, cual es la restauración ó nueva aplicación de las rejas, cabiendo al célebre Richelieu la gloria de haber sido su iniciador. A él debió el monumento erigido en el Puente Nuevo de París á Enrique IV la notable reja que lo limitó durante muchos años, habiéndole secundado el monarca en su noble empeño de procurar el florecimiento de tan interesante arte, para quien tuvo singulares atractivos ya desde su juvenil edad (1). Y tal debió acontecer, á juzgar por la protección dispensada á los más célebres cerrajeros de aquella época, entre ellos Francisco Teissonnier, que disfrutó desde 1626 una pensión de 300 libras anuales y alojamiento en el castillo de Saint-Germain, y Rosignol, que se instaló en 1639 en el de Fontainebleau.

La conducta observada por Luis XIII sirvió de noble ejemplo á sus sucesores, especialmente á Luis XIV, á quien se debe el gran desarrollo que adquirió esta industria durante su reinado, singularmente en la parte que se refiere á esas grandes obras que por sus dimensiones y mérito tanto honran á la cerrajería francesa del siglo xvii, tales como la magnífica reja del castillo de Chaville, labrada en 1660, la de Val-de-Grace, construída en 1666 por los maestros Mouchy y Matherion; la del castillo de Clagny, ejecutada por Mansart en 1678; la de Versailles en 1679, obra de Godignon, Luchet y Dezeutres (a) el Picardo, y la de Saint-Cloud, construída por Girard en 1680. Para que nuestros lectores puedan apreciar la importancia y extensión de las obras de cerrajería ejecutadas por encargo expreso del monarca, creemos bastará consignar que las llevadas á cabo en su residencia favorita desde el año de 1664 al de 1680, ó sea en un período de diez y seis años, importaron la respetable suma de 1.099.280 libras, 4 sueldos y 4 dineros. Hay que notar que la conducta de Luis XIV tuvo en la nobleza poderosos imitadores, pues tanto el príncipe de Condé como Colbert, Louvois y otros magnates embellecieron sus señoriales residencias de Saint Maur, Chantilly, Choisy, Sceau y Meudon con piezas admirables, algunas de las cuales se conservan y consideran todavía como los más valiosos elementos de su decoración.

(1) Jean Hervard, médico é historiador de Luis XIII, dice en sus memorias que el joven monarca empezó, cuando contaba 17 años, á dar muestras de su afición á los trabajos de cerrajería, forjando y labrando piezas, cuando sus ocios se lo permitían. M. de Bellamare hace igual afirmación.

La transformación de que fueron objeto las mansiones señoriales al mediar la décimaséptima centuria, derivada de los nuevos conceptos artísticos y sociales, produjo como consecuencia beneficiosa para la cerrajería el deseo de restablecer formas y aplicaciones de otros períodos, ya que los palacios y viviendas no precisaban fosos y murallas que los defendieran, bastando para sus cerramientos y protección las cercas, verjas y puertas de hierro. De ahí que en breve espacio de tiempo lograron gran desarrollo é incremento esta clase de construcciones, cuyos diseños se deben á los más eminentes arquitectos y ornamentistas de aquella época. Y tal es así, que á Jules Hardouin y Mansart se debe el diseño de la verja de Meudon; al arquitecto Girard la del castillo de Saint Maur, y á Jean Marot las de Maisons y Saint-Cloud.

Si la aplicación de las obras de cerrajería en el exterior de los edificios adquirió tan gran desarrollo, no fué menor el de sus aplicaciones en el interior de las habitaciones, mobiliario y objetos de lujo y ostentación, en cuales obras hallaron asimismo los cerrajeros franceses medio y ocasión en que dar muestra de su habilidosa fantasía.

Francia cuenta en este período con una verdadera pléyade de cerrajeros ilustres, que representan dignamente la industria, ya que las producciones que han legado á la posteridad son tan notables como numerosas. Simón Delobel, que labró las puertas de hierro de la escalera del Rey y los antepechos de los balcones y ventanas del palacio de Versailles; Baron, autor de los herrajes de la biblioteca de Luis XIV; Etienne Boudet, de las barandillas de la escalera de Trianón; Fordrin (el viejo), Alexandre Legrand, Jean Potelet y Godignon, á quienes se deben las más bellas piezas de hierro que embellecen los palacios de Trianón y Versailles; Poyart y Rosignol, autores de las existentes en el de Fontainebleau; Antoine Le Maitre, que ejecutó admirables trabajos para el Palais-Royal y la Biblioteque; Gasté y Gabriel Luchet, que forjaron para el castillo de Clagny; Gilles de Bellin, que labró en 1686 la reja del coro de la iglesia de Santa Ana de Premontré; P. Denis, constructor de la de la abadía de Saint-Denis; Robert de Cotte, á quien se debieron las de cerramiento del coro de la iglesia de Nuestra Señora de París; Domenico Cucci, que enriqueció con sus obras el suntuoso palacio del Louvre. A estos nombres preciso es agregar el de otros no menos distinguidos maestros, como Antoine Jacquart, que establecido en Poitiers produjo obras de mérito en los primeros años de la centuria; Pompeus (1612), que se distinguió por sus artísticas llaves y cerraduras, al igual de Pierre Guillebaud y Jean Buré en 1618; Didier Torner en 1622; Jean Gilbert de Rouergue en 1627; Mathurin Jouse, maestro cerrajero de la Flèche, á quien se debe el primer tratado completo de la cerrajería publicado en 1627, Guillaume Planchart en 1628, Jean Foudrin en 1632, Michel de Soissons en 1633, Homer Mourel en 1636, Nicolás le Picard en 1643, André le Provençal en 1646, Michel le Rochellois, Simon Gomier, Etienne Doyar, Jean le Flaman y Joseph Jardin en 1649, Pierre Lionnais en 1650 y Mathurin le Bretón en 1670.

Las ciudades de la antigua Flandes ofrecen también curiosos ejemplares de cerrajería, de igual gusto y estructura que las producciones de la misma índole de nuestro país, verdadero reflejo de la dominación española; no así Inglaterra, en donde hasta época muy reciente no se ha operado una verdadera evolución en las artes, poco cultivadas durante el siglo XVII, pues á mediados de aquella centuria sólo descollaba la figura de un solo arquitecto, Iñigo Jones, sin carácter suficiente para crear un estilo nacional que informara todas las creaciones artísticas, ya que contagiado por la influencia italiana, fué imitador servil de la escuela borrominesca, utilizando como es consiguiente sus elementos las artes y las industrias suntuarias.

Con mayor suma de energías, presenta Alemania en este período campo de observación y estudio. Los talleres de cerrajería alimentan el fuego de sus fraguas, destacándose entre la confusión de sonidos que brotan en las grandes poblaciones el producido por el continuo machacar de los martillos sobre el acera-do yunque. En Nuremberga y Berlín concéntranse los maestros cerrajeros, entre los que figura el inge-

nioso y hábil Thomas Leygebe, fallecido en 1683, y en ellas y otras ciudades no menos importantes lábranse obras tan notables como la caprichosa verja que limita la escalera de honor del famoso castillo de Rubein en el Tirol; el notable antepecho del palacio de Wurzburg, de puro estilo Luis XIV, con aplicaciones de bronce en forma de amorcillos que producen el mejor efecto, y el precioso farol, de igual gusto, existente en el Museo de Munich. Cierto es que todas estas obras no son de carácter germano y que responden á las corrientes imperantes; mas á pesar del contagio, presentan caracteres que las distinguen y son manifestaciones gallardas del dominio y desarrollo que aún gozaba la cerrajería en aquel país. Nuremberga continuaba siendo el verdadero centro ó emporio de esta industria, y sus artífices proseguían ejecutando con los nuevos elementos obras meritísimas, conforme puede apreciarse por la muestra ó enseña que figura en el Museo Nacional de Munich, hábil y delicadamente ejecutada. Pende de ella el águila imperial con aplicaciones doradas, y sobre el brazo ó mástil que la sustenta, vese á un jinete que por la riqueza de su traje puede ser la representación de algún personaje de la época (1).

Si es poco halagüeño el cuadro que ofrecen en nuestro país todas las industrias á partir de la segunda mitad de la décimaséptima centuria, en que se inicia marcadamente el período decadente, es á todas luces desconsolador el que presenta al comienzo del siglo XVIII. Parece como si al eclipsarse para España el sol de su antigua grandeza, trocáranse en noches los claros días del espíritu nacional y se paralizase el movimiento creador que tantas bellezas produjo, desapareciendo con el poderío las manifestaciones industriales, de las que sólo pudo conservarse, durante un largo período de tiempo, el gratísimo recuerdo de su pasado esplendor. Apagóse en los talleres el ruido producido por los escoplos y martillos, telares y batanes; quedaron desiertas las lonjas y centros de contratación, y sólo el fragor de las armas y el tañido de las campanas anunciando las fúnebres ceremonias del Santo Oficio percibíanse en las silenciosas ciudades españolas, antes tan alegres y bulliciosas. El fanatismo de Carlos II el Hechizado y la desatentada política de sus ministros empobrecieron y aniquilaron á la nación de tal manera que los siete ú ocho millones á que quedaron reducidos los habitantes de la península estaban tan hambrientos y embrutecidos, que el primer Borbón vióse obligado á confiar á extranjeros la dirección del Estado, falto de hombres capaces de llevar adelante la ardua empresa de la regeneración de la patria. El francés Orry, el holandés Riperdá, el alemán Koniseg y los italianos Grimaldi y Alberoni fueron los primeros ministros á quienes se debe la reorganización de los servicios públicos y el renacimiento de la industria nacional, así como á Olivieri, Procaccini, Amiconi, Tieppolo y Mengs débese el renacimiento artístico y la fundación de aquella escuela, base del desenvolvimiento que, gracias á sus nobles esfuerzos, lograron convertir en ese centro oficial que conocemos bajo el título de Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Al advenimiento del primer Borbón imperaba por completo la extravagancia y el mal gusto. Rivera trató de sostener el estilo importado de Italia; mas Churriguera fué exagerando la nota hasta el extremo de que por la influencia que ejercía la corriente dominante, se produjeran obras como el altar mayor de la catedral de León, que merecieron de críticos tan ilustres como Ponz duras y acerbas censuras (2).

El barroquismo en su forma española, con todos sus desvaríos, perturbó á los artífices é industriales, ahogando los impulsos del genio y las tradiciones artísticas peninsulares. La cerrajería perdió por completo su carácter, y de ella sólo quedó en España el fehaciente testimonio de su antiguo abolengo. No otras consecuencias había de producir una sociedad caduca, afectada intensamente por el trastorno político y social, cuyas debilidades é incertidumbres habían de traducirse en sus manifestaciones. De ahí que resalte de modo tan visible la decadencia de las concepciones, y que los artistas recurriesen á bastardeados medios, como el aparatoso remate, la columna salomónica, los arcos truncados, la hojarasca y las in-

(1) Copia de esta obra, ejecutada asimismo en hierro, existe en la sección de cerrajería del Museo Municipal de Reproducciones Artísticas de Barcelona.

(2) Dice Ponz en su notable obra *Viaje de España*, que «parece una pellejería.»

finitas y extravagantes aplicaciones rocallescas que hacían desaparecer las líneas y aun la forma de la obra ó de la producción. Tales divagaciones engendraron las dudas y la confusión entre los artesanos, entre los industriales, ahogando sus iniciativas hasta tal punto, que así como en los siglos anteriores exigían los gremios para los exámenes ó pasantías, no sólo la obra ejecutada, sino también su dibujo ó proyecto, redujose en esta época la exigencia simplemente á la presentación del trabajo material de la pieza construída. Igual procedimiento debieron adoptar los cerrajeros, quienes perdieron ya su tradición y cayeron confundidos en la general ruina. Las nuevas formas de construcción y las aplicaciones de las obras de carpintería, en su integridad, sin necesidad de recurrir á su embellecimiento por medio de los herrajes, puesto que aquél resultaba de la combinación de las maderas, de los moldurajes, plafones y ensambladuras, fueron también causa determinante de la decadencia de la cerrajería, mereciendo escasa importancia, dada la simplificada aplicación, circunscrita á su efecto puramente mecánico. Cierta es que con la venida de Felipe II se inició una á modo de regeneración artística, debida indudablemente á los artistas y artífices que consigo trajo el monarca; pero aun así, sólo podemos citar escasas obras de cerrajería de verdadero mérito: la verja de la iglesia de Santa Bárbara en Madrid, antes Salesas Reales, erigida por D. Fernando VI y su augusta esposa Doña Bárbara de Braganza, rematada por dos gemelos escudos pintados de España y Portugal, á los que iba sobrepuesta una corona real, destruída en septiembre de 1868 por las ignorantes turbas. Las verjas de las iglesias de San José y de los Santos Justo y Pastor, de la coronada villa, indican también el estilo dominante de la época. Aunque no tan generalizada su aplicación como en las anteriores centurias, decoráronse algunas puertas con pernios, clavos y chatones, pero no revisten gran importancia.

La cerrajería barcelonesa, que no podía constituir una excepción, corrió igual suerte que la de las demás regiones ó provincias, arrastrada por la misma corriente de decadencia. Existe, sin embargo, un antecedente que demuestra en cierto modo que nuestra ciudad fué su último baluarte. La ruina y el desmoronamiento industrial producido por el desacertado gobierno de Carlos II, no debió afectar con igual intensidad á las industrias de Barcelona que á las de las demás ciudades, pues aquéllas continuaban organizadas en gremios que tenían su representación en el Consejo, como la cerrajería, que contaba con un Conceller, el maestro Miguel Dalé. Además, y según resulta de los documentos existentes en el Archivo Municipal, debió el gremio ser muy numeroso y por lo tanto con vasta esfera de acción, ya que al declararse la ciudad por el archiduque Carlos, organizáronse milicias y cuerpos armados para combatir las tropas de Felipe V, figurando una compañía, la 4.^a del batallón titulado de la Santísima Trinidad, compuesta exclusivamente de cerrajeros y agujeros, mandada por el maestro Ignacio Boria Sanahuja, así como las 5.^a y 6.^a compañías de Santa Eulalia, mandadas por Salvador Casanovas y Bartolomé Reig respectivamente, que se batieron con extraordinario denuedo y bizarría durante el sitio y bloqueo de los años 1713 y 1714. Muestra de cuanto exponemos son las obras que se produjeron durante aquel período en nuestra región. En la mayoría de ellas nótase, cual lo justifica la existencia del ejemplar reproducido en la figura 64, el empeño de perpetuar la forma, de conservar la tradicional estructura que tanto distingue las obras de cerrajería de los siglos anteriores.

A la iniciativa de Carlos III, de gloriosa memoria, débese un nuevo período de florecimiento, ya que al igual de Felipe V y con mayores resultados dió nuevo impulso á las artes, restableciendo en Alcora, Talavera, Manises, La Granja, Cebreros, etc., las ya olvidadas industrias. Cierta es que éstas perdieron

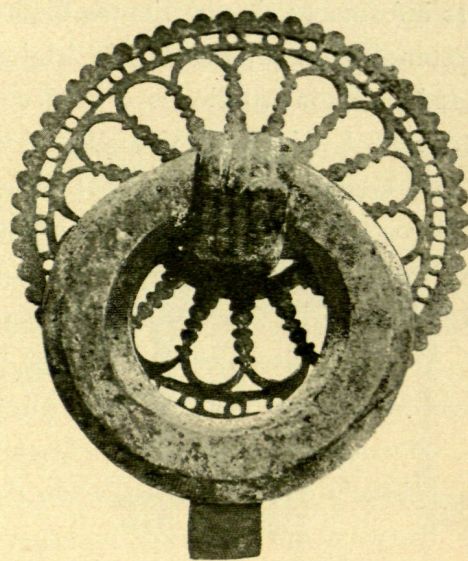


Fig. 64. — Aldabón catalán del siglo XVIII
(de la colección del Sr. Rusiñol)

su carácter genuinamente nacional, y que así como en el siglo anterior ejerció, conforme hemos indicado, decisiva influencia el estilo de los Borromino y Bernini, en el á que nos referimos y especialmente durante el reinado de los primeros monarcas de la dinastía borbónica, el arte francés sustituyó al italiano, sirviendo sus elementos de fuente de inspiración para las creaciones de nuestros artistas y artífices. Esto no obstante, aplausos merece el monarca que tomó á su cargo la honrosa empresa de levantar el ruinoso edificio del arte español, como los merecen también aquellos que contribuyeron con su personal esfuerzo y con su inteligencia á consolidar obra de tan trascendental importancia. No se crea, sin embargo, que se llegó á la reconstitución: trazóse el camino, echáronse nuevos cimientos; pero al cabo, faltó el arte de guías y mentores, conducidos por personalidades que no lograron sustraerse á las flaquezas del procedimiento, fué desmoronándose poco á poco el edificio á tanta costa levantado, y los sucesores de Carlos III, la sociedad española del último tercio del pasado siglo, fueron impotentes para evitar el nuevo período de decaimiento, que cuidaron de completar con sus vandálicos destrozos las huestes napoleónicas en los comienzos de esta centuria, y los ingleses que vinieron á la península para prestarnos su mentido apoyo.

En el último tercio del siglo, Inglaterra planteó una nueva aplicación á los trabajos de cerrajería, construyendo preciosos aderezos de hierro cincelado y relevado, que constituían un bellissimo adorno para las damas. Pronto extendióse la innovación, y Bélgica primero y Francia después imitaron el ejemplo de los industriales ingleses. En España construyéronse asimismo piezas admirables, y si bien fué breve el reinado de esta moda, consérvanse en las colecciones y museos notables ejemplares que parece que llevan marcada la vigorosa genialidad de las creaciones del Renacimiento, unida á la trivialidad que distingue á la mayor parte de las manifestaciones de la pasada centuria.

Importante es el conocimiento del arte francés en el siglo XVIII, ya que produjo varios estilos, á los que se sujetaron todas las industrias. Conviene observar, ante todo, que en Francia como en los demás países informaron dos corrientes distintas: la representada por las obras del neo-clasicismo y aquellas que pretendían ser producto de la originalidad. Una y otra escuela contaron con geniales propagadores, revisitando sus construcciones el carácter de verdaderos monumentos, cual acontece con la columnata del Louvre, el palacio de Versalles, el Guardamuebles de la Corona, la Puerta de San Dionisio, la iglesia de Santa Genoveva y otros más. Los proyectos de Levan, Perrault, Blondel, Gabriel, Ramée, etc., influyeron poderosamente en la evolución artística de la vecina república. Artistas y artífices adoptaron, para la forma, los nuevos moldes, y Francia pudo contar con tantos estilos cuantos monarcas registra su dinastía en el pasado siglo, aparte de alguno particularísimo, cual el *rococo*, malaventuradamente introducido por Justo-Aurelio Meissonier (1695-1750), platero, arquitecto y escultor de Luis XV, que influyó de modo decisivo en la perversión del buen gusto, pues así sus obras como las de sus imitadores parecen producto de un exagerado é inexplicable barroquismo. Cuanto á la cerrajería, aseméjase en este período, según la ingeniosa y oportuna apreciación de un crítico francés — M. Arçene Alexandre, — al ramillete final que se dispara como remate de un espectáculo de fuegos de artificio; esto es, deslumbrador por la variada tonalidad de sus cambiantes luces, atronador por su estrépito; pero tan rápido, tan fugaz en su aparición, que apenas deja el tiempo necesario para que se grabe su impresión en la retina. Las balaustradas de los balcones, las verjas, faroles, muestras y hasta los objetos usuales y de menaje presentan una exuberancia tal de ornamentación, que acusa desde luego la última etapa de esta industria, que cual todas las artes en su período decadente engalanan sus producciones con exagerada profusión, cual si la riqueza, la fastuosidad fuesen elementos indiscutibles del buen gusto.

Si bien es innegable que durante el reinado de Luis XIV recobró la cerrajería en la vecina nación su antigua importancia, gracias á la protección dispensada por el monarca, es más visible el extraordinario desarrollo que adquirió durante la Regencia y el gobierno de Luis XV. A ello contribuyó poderosamente el estilo dominante, cuyas formas procuraban medio á los artífices para ejecutar primores, cual puede

observarse en la cerradura y llaves que se reproducen en las figuras 65 y 66, ya que no otro calificativo debe darse á las obras por ellos ejecutadas en presencia de dibujos y diseños tan inteligentemente trazados cual los que constituyen la obra publicada en 1725 por Louis Fordrin, *Nouveau Livre de serrurerie inventé et composé par Louis Fordrin, serrurier ordinaire du roy et de sa monnoye, Paris*. No debe sorprender, pues, que con tales maestros y copiosos elementos sufriera radical transformación la cerrajería, perdiendo sus obras el carácter defensivo que antes las distinguía, para convertirse en medios de decoración y embellecimiento. «La cerrajería – dice un escritor contemporáneo, M. Lamour, en su *Preliminaire apologetique* – embellece lo útil, ocasiona cierto encanto y sus producciones son delicadas y majestuosas, siendo susceptible de adoptar todas las formas. Tiene la genialidad y la energía de la pintura y la escultura, los atrevimientos de la arquitectura é indiscutible solidez, trocándose sus obras en monumentos.» No menos digno de ser conocido es el párrafo que á esta industria dedica M. Mercier en su obra titulada *Tableau de Paris*, puesto que demuestra también la alta consideración y estima que se dispensaba á los cerrajeros en aquella época, así como el concepto artístico que se asignaba á esta industria. «El cerrajero se ha convertido en artista – dice el ilustre escritor francés, – se labra el hierro para asociarlo á la arquitectura, presentándose tan flexible como la madera. Retuércesele á voluntad, y adquiere la forma de livianas y movibles hojas, quitándose al metal su dureza, que parece como si hubiese recibido cierta clase de vida.»

La asociación de los artífices y los artistas es tan íntima, tan eficaz y provechosa, que puede afirmarse que á este consorcio debe la cerrajería su doble carácter. Más señaladamente que en los siglos anteriores, prestan su concurso eximios artistas; geniales pintores, celebrados escultores é ilustres arquitectos no se desdeñan de aportar el esfuerzo de su inteligencia y unir su nombre y su labor al de los modestos forjadores. Oppenard y Meissonier fueron los primeros que prestaron su artística colaboración á tan loable empresa. A éstos siguió el célebre escultor Slotz, que facilitó á los cerrajeros parisienses Perés y Corbié innumerables diseños, entre ellos los que sirvieron para ejecutar las verjas de las catedrales de Bourges y Amiens; P. E. Babel, también escultor, que publicó un libro de modelos de cerrajería, *Premier Livre de nouveaux dessins de serrurerie, inventé et gravé par Babel, Paris*, y el arquitecto François de Cuvilliés, que dió á la estampa otra excelente publicación, *Livre de serrurerie nouvellement inventé par François de Cuvilliés, conseiller et architecte de S. M. I.* A las iniciativas de estos que pudiéramos llamar cultivadores del gran arte, siguieron las de los artistas de segunda línea, cerrajeros y dibujantes, á cuya inteligencia se deben obras no menos valiosas, cual la reja de cierre del coro de Saint-Germain l'Auxerrois, labrada magistralmente por Pierre Deusnier; el famoso pasamano de la escalera del Palais Royal, obra de Courbin; las rejas de la Escuela militar, construídas por Fayet; la notabilísima del castillo de Arnouville, ejecutada en 1760 por Nesle, cerrajero de Gonesse, y que hoy forma parte de la colección Rothschild.

También los cerrajeros, estimulados por noble y laudable emulación, dedicáronse á ejecutar modelos y diseños, que merecieron el honor de ser publicados. Hállanse en este caso la serie de dibujos de Nicolás Guerard, *Diverses pieces de serrurie pour portes cochères, portes bourgeoises, fermetures d'église*, publicada en París en 1713; la del maestro G. Vallée, titulada *Divers Livres de serrurie et d'ornements faits par G. Vallée, maitre serrurier à Paris, gravés par son fils*, etc.; y la debida á Fontaine, *Nouveau Livre d'études et principes de serrurerie dédié aux compagnons et apprentifs de la profession, par Jacques Valentin Fontaine, serrurier du roy à la manufacture royale des Gobelins*.

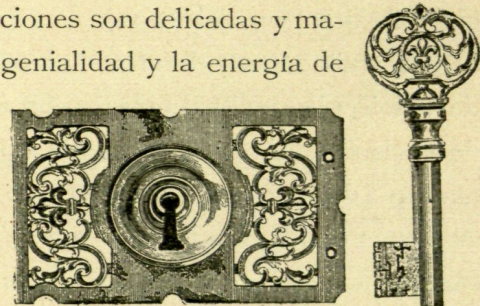


Fig. 65. – Cerradura y llave del siglo XVIII
(de la colección de M. Leseq, París)

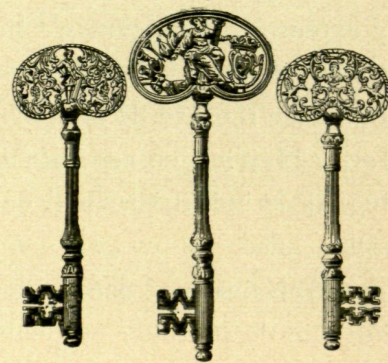


Fig. 66. – Llaves del siglo XVIII
(de la colección de M. Leseq, de París)

Ya hemos hecho notar el general interés que despertaba en todas las clases la cerrajería y el concepto que merecían sus obras como producciones artísticas, dignas por lo tanto de ser conocidas y admiradas por el público. Así lo demuestra, aparte de innumerables documentos de aquella época, la circunstancia de haberse expuesto ó exhibido por sus constructores las obras más notables que produjeron. En 1760 expuso el cerrajero Perés en su taller, situado en la calle de la Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, las rejas que acababa de labrar para Bourges; en 1761 el maestro Doré realizó análoga exhibición de las rejas destinadas á la iglesia de Saint-Roch, según puede leerse en el número del *Mercur*e correspondiente á la segunda quincena del mes de enero del citado año; en 1763 un cerrajero de Corbie, el maestro Veyrens (a) Vivarais expuso durante algunos días una magnífica palmera destinada al altar mayor de la abadía de Valoire; llegando al extremo en 1769 el maestro Guerard de establecer en su taller de la calle Bordet de París una sala permanente de exposición de sus obras.

Otro dato podemos agregar que atestigua asimismo la estima que merecían las obras de cerrajería, cual es el que aporta el valor ó cantidades que por ellas se satisficieron y las gratificaciones que percibieron algunos maestros. Consta en las *Mémoires secrets*, de Bachaumont, que los canónigos de Saint-Germain-l'Auxerrois, para demostrar lo complacidos que habían quedado por la reja del coro labrada por Daumier, acordaron por unanimidad aumentar hasta 50.000 libras, las 38.000 en que se había ajustado la obra.

Los maestros cerrajeros concentraron todos sus esfuerzos y su ingenio, respondiendo, tal vez, á una de las necesidades imperiosamente sentidas, á la construcción de cerraduras de seguridad, provistas de complicados mecanismos, tan exactos y perfeccionados que resultaban de todo punto inútiles las tentativas que se hicieran para forzar la puerta ó mueble en que se hallasen colocadas (1).

Extraordinaria aceptación obtuvieron en Francia los adornos de acero á que nos referimos anteriormente, sosteniéndose la moda desde 1776 hasta la Revolución, en que la ola barrió con igual fuerza á las clases privilegiadas que á las industrias suntuarias á quienes prestaban vida sus recursos. Granchez fué el afortunado fabricante y proveedor de los botones, dijes, broches, pendientes, etc., de acero pulimentado. Su fábrica, situada en Clignancourt, llamaba la atención y se consideraba como un triunfo industrial, hasta el punto de dedicarle el *Mercur*e, uno de los periódicos de más circulación, encomiásticos artículos y extensas descripciones. Cuanto á la tienda, en cuya muestra leíase «au petit Dunkerque,» hallábase situada en el Pont-Neuf, entre la calle Dauphine y la de Nevers, gozaba de reputación europea y era el punto de reunión de la nobleza y de la burguesía acomodada. Voltaire fué uno de sus asiduos concurrentes, y Mercier, en su *Tableau de Paris*, no oculta la admiración que le producía el escaparate de aquel ingenioso industrial, en el que las piezas de acero brillaban cual si fueran pequeños espejos tallados en mil facetas.

Granchez supo con provechoso acierto anticiparse á las reglas de la moda y á sus variables caprichos, ideando de continuo originales formas y aumentando el número de sus aplicaciones, hasta el punto de llegar á ejercer indiscutible influencia en el gusto artístico dominante. «Precisa hacer justicia y reconocer el buen gusto del maestro — dice un escritor contemporáneo, — ya que anima y dirige á los artistas é imagina las formas que han de alcanzar el favor del público..... La orfebrería y joyería han realizado extra-

(1) Que la seguridad personal dejaba entonces mucho que desear, demuéstranlo los anuncios insertos en el *Journal de Paris*; entre ellos figura el del cerrajero Georget, quien anuncia, en 1783, sus «cerraduras de seguridad, invención de sumo interés para los ciudadanos acomodados.» Y continúa: «la primera de mis cerraduras es tan perfeccionada, que no hay modo de abrirla con otra llave. La segunda hállase dispuesta de manera que sólo podrá hacerla funcionar quien conozca el secreto. He inventado asimismo — agrega — el medio de ocultar la entrada de las cerraduras, con el fin de evitar que se pueda modelar con cera. No existen dos cerraduras de cuantas construyo, aun las que afectan igual forma, que puedan abrirse con la misma llave.»

Todo este ingenio mecánico contribuyó á la decadencia artística, y la decoración de las obras fué olvidada por los cerrajeros, quienes sólo se preocuparon de la aplicación industrial

ordinarios progresos desde que se tuvo la feliz idea de exponer modelos tan elegantes como variados.» Gracias á su iniciativa, los dibujantes ocupados en sus establecimientos proyectaron modelos etruscos, que ejecutados hábilmente producían el efecto de verdaderas reproducciones. De ahí que resulten justificados los elogios que las publicaciones de aquella época dedican á Granchez. El *Cabinet des Modes* de 15 de diciembre de 1785 ocupase extensamente de las piezas talladas en forma de facetas, imitación exacta de los productos ingleses.

Un competidor tuvo Granchez en su antiguo asociado Dauffe, tan habilidoso como él y asimismo protegido por el monarca y la nobleza. Distinguióse especialmente en la construcción de botones de acero, calados con la mayor delicadeza, que se vendían al precio de venticinco luises cada uno, siendo Luis XVI quien primero los ostentó en su casaca. Esta moda fué cundiendo de tal manera, que al estallar la revolución habíase exagerado hasta el extremo de haberse proscrito las joyas y toda clase de adornos ejecutados en otros metales. En enero de 1789 consignaba el *Magasin des Modes françaises et anglaises* que llevaban los elegantes en el sombrero un broche de acero, de igual materia la guarnición de su espada y de acero también las cadenas y dijes de los dos relojes.

Durante el período revolucionario exageróse más y más la moda, y hasta las damas proscribieron las joyas para adoptar los pendientes, brazaletes y dijes de acero, que continuaron usándose hasta que la fastuosidad del Consulado determinó el renacimiento de las joyas y adornos de oro y la aplicación de los camafeos, resultando infructuosos los esfuerzos de los industriales que trataron de sostener, aunque bajo nuevas y variadas formas, el imperio de aquel metal, á quien el filósofo Sobry consideraba *triste y repulsivo*.

Hasta aquí llega la historia de la cerrajería, por más que el siglo XVIII signifique la de su decadencia y desaparición. Para contener la ruina no bastaron las aficiones de un monarca que, como el infortunado Luis XVI, dedicaba sus ocios, cual pudiera haberlo hecho el más sencillo burgués, á la construcción de obras de cerrajería, en unión del maestro Gamain (1), ni los esfuerzos de Pfannistiel en Alemania y Fagot y Ambroise en la vecina nación. La hora había sonado ya, y en aquellos momentos en que los pueblos se conmovían hondamente en su constitución, en busca de nuevos ideales, en que el feudatario se convertía en ciudadano y la sociedad parecía renacer, desaparecían de golpe las industrias suntuarias, cual si se reprodujese la constante evolución de la naturaleza: la muerte sirviendo de fuente de vida; los elementos que acaban, prestando vida á los que surgen.

Durante el presente siglo han cambiado por completo los ideales de la cerrajería. El hierro forjado ha sido sustituido por las piezas de fundición, la cerrajería por la quincallería. Vanos fueron los esfuerzos que llevaron á cabo los maestros franceses en la primera mitad de esta centuria, puesto que sujeta nuestra época á otras corrientes, y persiguiendo distintos ideales que las anteriores, atuviéronse las más de las veces el buen gusto á la conveniencia, el arte á la economía, y son escasas, por lo tanto, las obras de importancia que pueden citarse, entre ellas la reja de hierro dorado que limita el coro de la iglesia de Nuestra Señora, labrada el 1809 por el cerrajero Vavin.

Lento ha sido el renacimiento de la cerrajería francesa. Un hecho, una circunstancia verdaderamente fortuita, inició el nuevo período. La necesidad de reparar las puertas de la iglesia de Nuestra Señora, operación confiada por Violet-le-Duc al maestro Boulanger, dió lugar á que el artífice debiera inspirarse en las tradiciones y modelos de la edad de oro de esta industria, ejemplo que imitaron posteriormente M. A. G. Moreau, Roy, Favier, Bergotre, Davillier, Auguyat y otros más, sin que á pesar de la pujanza y elementos con que cuenta la industria francesa, revista la cerrajería moderna de aquel país la importancia y mérito que la de nuestra nación.

(1) De las declaraciones arrancadas por el tribunal revolucionario al maestro cerrajero Gamain, despréndese que el mismo infortunado monarca construyó el célebre armario de hierro de las Tullerías, suponiéndose que fué asimismo el traductor de la obra del holandés Joseph Botterman *Art des serrurier*, publicada en París por Feutry en 1789.

Fatal fué para la cerrajería la crisis económica y la transformación social que consigo trajo la Revolución. Esterilizados quedaron el buen gusto, la habilidad y la inteligencia de Destriches, D'Olivier, Roche, Puzin, Faure, Marguerite, Durand, Jean Baptiste Buirette, Contou, Bigonnet, Chopitel y otros más; pues á excepción de la célebre cúpula de la Halle au Blé, ejecutada por Contou; la reja del Palacio de Justicia, obra de Bigonnet, y los diseños de Deneufforgue y Desbœufs, apenas pudieron dar muestra de su existencia. El trastorno ocasionado por las guerras, la paralización de trabajos y el abandono en que quedaron los palacios y castillos, produjo como necesaria consecuencia la adquisición de lo indispensable y preciso para los usos y necesidades de la vida. En tales circunstancias no podía prosperar ni manifestarse la cerrajería, que como todas las artes suntuarias precisaba para su existencia los beneficios de la paz y las ventajas del orden social. En aquella época de licenciosa violencia, los vandálicos satélites de la Revolución destruyeron obras magistrales, so pretexto de que su existencia recordaba la monarquía. Puertas, verjas y cuantas piezas podían ser causa de admiración, fueron desmontadas y sus partes destruídas ó vilmente enajenadas por los astrosos representantes del terror.

Los enciclopedistas y Napoleón fueron la causa que determinó hondas mudanzas en todos los Estados europeos. Los vientos revolucionarios y los ejércitos napoleónicos agostaron en todas partes lo que constituía la vida de los pueblos, y las artes, cual las industrias, quedaron ahogadas por el humo de los combates y el estruendo de los cañones.

Nuestro país, objeto también de la ambiciosa codicia y rapacidad de las águilas francesas, aniquiladas ya sus iniciativas por los desaciertos de un favorito y la debilidad de un monarca, no podía constituir una excepción. De ahí que el renacimiento haya sido más laborioso y difícil, puesto que muy grande y honda fué la ruina, costando trabajo concebir cómo un país cual el nuestro pudo caer en un aniquilamiento tan completo, y olvidar sus gloriosas tradiciones artístico-industriales hasta el punto de que durante un largo período de tiempo invadió los mercados la producción extranjera y las contadas manifestaciones de la industria española no tuvieran marcado el sello ó carácter nacional, cual antes acontecía.

El corriente siglo presenta dos fases completamente distintas en cuanto á la cerrajería se refiere. La que como consecuencia de la paz determina entre sus beneficios el movimiento artístico industrial, inspirado en extranjeros moldes, y la del Renacimiento moderno, por medio de elementos indígenas. El primero ofrece escaso interés; no así el segundo, puesto que representa una grata y halagadora esperanza. A las Provincias Vascas cabe la gloria de contar con habilísimos artífices que han logrado implantar de nuevo una industria que floreció gallardamente en la décimasexta centuria, cual es la damasquinería, ó sea las incrustaciones de oro y plata en las piezas de hierro y acero, inspiradas las más de ellas en obras ejemplares de la buena época. Innumerables son sus manifestaciones, puesto que los damasquinadores modernos no se limitan á reproducir únicamente piezas de carácter suntuario, sino que aplican también este medio de rico y artístico embellecimiento á los objetos de uso común y frecuente y aun á aquellos que impone la moda. Igual importancia reviste la cerrajería, que ofrece en su nueva vida, como caracteres distintivos, la depuración del buen gusto y la perfección de los trabajos ejecutados hoy, con la gran copia de medios y elementos con que cuentan todas las artes. Nada tenemos que envidiar á las demás naciones.

Excelentes muestras del próspero estado de las dos ramas á que nos referimos y de la inteligencia, habilidad y buen gusto de nuestros artífices, son los hermosos jarrones de hierro, primorosamente damasquinados, que reproducen los grabados números 67 y 68, inspirados uno y otro en las tradiciones de la época del renacimiento de esta industria. Análoga distinción merece el hermoso florero de hierro forjado (fig. 69), obra magistral de la cerrajería catalana, que por sí sola y á falta de otras producciones, basta para asignar á la industria del hierro el alto concepto á que tiene derecho en nuestra patria.

Florenia y Venecia continúan labrando piezas de hierro para el comercio, y aunque su forma parece ajustada á los buenos modelos de otras épocas, no resultan, por lo común, más que caprichosas invencio-

nes ó combinaciones de diversos elementos. Inglaterra presta más interés á los materiales para las grandes construcciones y á los trabajos de fundición, existiendo sólo una ciudad alemana, Munich, en la que todavía se forjan y labran piezas á imitación de los siglos en que tanto floreció la cerrajería. En Hungría hase concentrado el abolengo industrial austriaco; y si bien son en extremo recomendables las piezas que en sus talleres se construyen, éstas no aventajan á las admirables lámparas, flores, verjas y primorosas labores que se ejecutan en España.



Fig. 67.-Jarrón de hierro cincelado y damasquina do obra de D. Plácido Zuloaga



Fig. 68 - Jarrón de hierro damasquinado y cincelado, obra de D. M. Alvarez, de Toledo

Cuanto á nuestra patria se refiere, justo es consignar que Barcelona ha logrado singularizarse y que á sus atrevidas y tradicionales energías débese el renacimiento de olvidadas industrias que se desarrollan hoy, si bien lentamente, bajo la bienhechora influencia del arte. Muestras inequívocas existen en innumerables edificios de carácter verdaderamente suntuoso, y que como el que sirve de morada á D. Eusebio Güell, ostenta en su fachada piezas maestras de cerrajería, inspiradas en otras de los siglos xv y xvi. En España, como en los demás países, se ha comprendido, por fortuna, la necesidad de estudiar y proseguir la labor intelectual y material que el pasado representa, para partir de él, continuando el estilo y procedimiento de las antiguas industrias. Así y sólo así puede resolverse el problema social y económico, fortaleciéndose con el patriotismo y con la riqueza producida por el trabajo nacional con elementos propios. De vital importancia es la solución.

En un país esencialmente artístico como el nuestro, consideramos que no es posible se extinga el recuerdo admirable, que bebiendo la inspiración en lo más profundo de nuestra esencia, produjo creaciones tan sorprendentes, que aun hoy, al cabo de los siglos transcurridos, representan nuestras glorias, nuestros sufrimientos, nuestras aspiraciones, nuestro carácter y cuanto constituye nuestro modo de ser y nuestra nacionalidad.

Podremos haber caído en períodos de postración; pero el arte español no ha muerto, porque es el alma, la esencia de un gran pueblo, que por fortuna cuenta hoy para guiarle con privilegiadas inteligencias: cuenta con artistas y artífices que el mundo respeta, y cuenta con amantes fervorosos de nuestro artístico é industrial renacimiento.

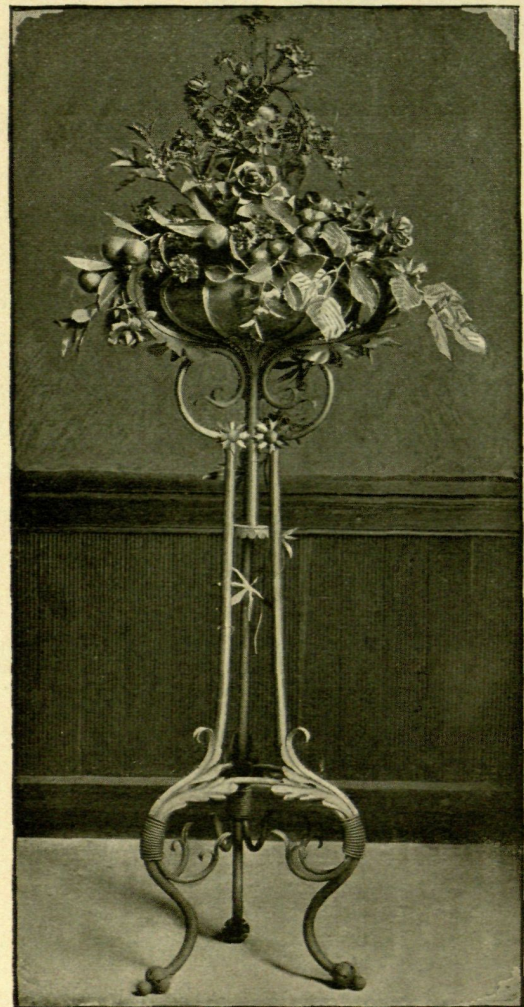


Fig. 69. -Florero de hierro forjado, obra de Concordio González